

V. GANDAU

PREHISTOIRE
DE
SEVILLE

G. B.

PREHISTORIA

DE LA

PROVINCIA DE SEVILLA

POR

FELICIANO CANDAU Y PIZARRO

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS.

CON GRAN NÚMERO DE FOTOGRAFADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO,

DIBUJOS DE D. GUMERSINDO DIAZ INFANTE

Y UN MAPA PREHISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE SEVILLA



SEVILLA

IMP. DE C. SALAS, SAN ELOY, 16
1894

*Restaurado por Antonio Domínguez Pantoja
en Enero de 1972 - "El bastillo"*

marzo 1972

Esta obra es propiedad de su autor.

Sr. D. Manuel Sales y Ferré:

Como testimonio de admiración, de respeto y de cariño, dedico á V. esta mi primera obra. Si algo vale, á V. lo debe, pues en ella solo están sus sabias enseñanzas: acéptela con benevolencia y este será un motivo más de gratitud con que obligará á su antiguo discípulo

Feliciano Candau



ADVERTENCIA

En el Certamen Científico, Literario y Artístico, organizado por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla, y celebrado en Mayo de 1894, dedicó esta culta sociedad un premio al mejor trabajo que se presentase acerca de los *Yacimientos prehistóricos de la Provincia de Sevilla*. No guiado por el deseo de obtener lauros que nunca creí merecer, sino por el de responder á la loable iniciativa tomada por el Ateneo, concurrí á su llamamiento, procurando reunir en mi trabajo, con sujeción á los términos del tema, los datos adquiridos y las observaciones hechas por mí en épocas anteriores, y muy principalmente los recientes descubrimientos llevados á cabo en la Necrópolis prehistórica de Carmona y mis propias investigaciones en el yacimiento de Coronil. La calificación que el modesto trabajo mereció del Jurado no pudo ser para mí más honrosa, bien que fuese debida á la benevolencia de éste, más que al mérito de aquel, y el otorgarme el premio señalado para

el tema fué prueba inequívoca de que había interpretado fielmente los deseos del Ateneo, y había acertado á seguir el camino que este Centro consideraba más conveniente al objeto de constituir brevemente la Prehistoria de nuestra provincia.

Esta consideración me animó á continuar el camino emprendido, á fin de completar, en lo posible hasta el día, aquel trabajo, y en las numerosas excursiones que realicé á diversos puntos, y en las exploraciones que llevé á cabo, logré adquirir gran número de noticias y de datos, que unidos á los anteriores, suman todos los que poseemos referentes á las edades prehistóricas en nuestra provincia. La misma falta de tiempo, que no me había permitido completar aquel trabajo, impidióme entonces tambien ofrecer al Ateneo los dibujos necesarios en obras de esta clase, y que hoy podemos intercalar en el texto.

Tal es, pues, el libro que tengo el honor de ofrecer hoy al público, seguro de que este há de apreciarlo en su justo valor, no como obra fundamental, sino únicamente como elemento utilizable, como resultado de un modesto trabajo de investigación. A nuestra satisfacción bastará la benevolencia del lector y la seguridad de haber contribuido de algun modo al adelanto de tan importantes estudios.

PREHISTORIA DE LA PROVINCIA DE SEVILLA

INTRODUCCIÓN

El progreso que en estos últimos tiempos ha alcanzado la Historia, por la aplicación al estudio de esta ciencia de los métodos de observación y de inducción, no se ha limitado á esclarecer los puntos dudosos, á desvanecer los errores y las leyendas que se admitían como hechos ciertos, ni á darla el carácter de ciencia de que antes carecía: al mismo tiempo que descubrían las leyes que presiden el desenvolvimiento de la vida humana, los modernos historiadores recibían multitud de datos arqueológicos, de singular naturaleza, y sobre ellos fundaban una ciencia nueva que tenía por objeto el estudio de los hechos humanos anteriores á la Historia hasta entonces conocida. Con esto, el progreso fué, además de cualitativo, cuantitativo; no solo se purificó el caudal de los conocimientos históricos, sino que se extendieron éstos por amplísimos horizontes, y, al estudiar la vida de las humanas razas, viéronse surgir otras desconocidas que yacían en el olvido y que habían sido las progenitoras de las actuales.

Dióse el impulso; sabios investigadores se aplicaron con entusiasmo á la tarea de reconstituir esta parte de la historia de la

humanidad, que se refiere á los primeros pasos dados por ella en la senda del progreso, y el resultado de todos los esfuerzos fué el nacimiento de la Prehistoria.

Ciencia nueva é importantísima, por cuanto extiende el saber histórico, incompleta, por cuanto aún no ha llegado á su ideal posible, á la vida del primero ó de los primeros hombres (1), exige el concurso de todas las inteligencias para ir iluminando cada vez más las tinieblas que ocultan los orígenes de la humanidad, y ningún trabajo, que á esto se encamine, es perdido para la ciencia, la cual recoge y armoniza estos materiales, con los que vá construyendo poco á poco su edificio.

Entre los trabajos de esta clase, consideramos de gran interés aquellos que se dirijan á reunir los datos arqueológicos que una región cualquiera puede aportar, y éste es el objeto que nos proponemos al estudiar los yacimientos prehistóricos de la provincia de Sevilla. Claro está, que el resultado que obtengamos vendrá á formar parte muy principal de la gran obra del porvenir, de la prehistoria en la península Ibérica. Cuando esta clase de trabajos se repitan en todas las provincias españolas, aquella obra, que hoy se halla en el deseo, se verá en vías de formación y en adelante solo será cuestión de ir completándola con los nuevos datos que cada día irán aportando los trabajos de investigación.

Pero no hemos de limitar nuestro objeto á una mera nomenclatura de yacimientos; á la descripción de los materiales encontrados, há de seguir un estudio etnográfico, fundado en los restos humanos que hayan podido ser desenterrados; un estudio sociológico, de la civilización de aquellas razas, inducido de los instrumentos por ellas fabricados y fundado en los datos artísticos que de ellas hayan llegado hasta nosotros.

Entre dos extremos principalísimos há de desenvolverse, pues, este trabajo; el primero es esencialmente geográfico, pues á la cita y

(1) Sales y Ferré.—*Prehistoria y Origen de la Civilización*, pág. 36.

descripción del yacimiento; creemos que debe de seguir su indicación en el mapa de la provincia, señalando, con signos convencionales, su importancia y naturaleza, con lo cual se sentará la base de un mapa prehistórico de España; el segundo es etnográfico y arqueológico, pues del estudio de los huesos é instrumentos se há de inducir el carácter de las razas y de las civilizaciones primitivas, con lo que quizás se adelantará algo para resolver algunos problemas que aún se discuten.

Mas, antes de dar comienzo á nuestra tarea, importa sobremanera, al objeto de facilitarla, deslindar el campo en que nos hemos de mover y fijar el plan á que nos hayamos de sujetar en su desarrollo. Para ello expondremos el concepto de la Prehistoria y señalaremos los límites que podemos asignar en nuestra patria á la edad prehistórica, según los escasos elementos con que hasta el día contamos para ello.

El primer extremo se deduce claramente de la palabra empleada para designar esta ciencia nueva, que tanto vale como decir lo anterior á la Historia, indicándose aquí con el nombre de Historia, la ciencia que estudia el desenvolvimiento de la vida humana, según los testimonios que reflexivamente dejaron consignados los hombres de sus propios hechos.

No parece que esta palabra con que designamos la nueva ciencia pudiera dar lugar á duda, ni mucho menos ser combatida, hasta el punto de haberla querido sustituir algunos autores por otra, que á juicio de ellos, expresaría mejor el objeto que constituye su materia propia. Denomináronla Protohistoria, pero las razones en que fundan el empleo de esta palabra, no nos bastan á nosotros para admitirla (1).

(1) El señor Vilanova, en la *Introducción á la Protohistoria*, dice: «En efecto, no es raro advertir que de palabra como por escrito, se cometen inexactitudes que no deben tolerarse, como cuando se aplican los adjetivos pre y prehistórico á lo que en rigor es esencialmente terrestre, en cuyo

Suponer que existe una ciencia que se ocupa de la *primera* historia, trae aparejada la consecuencia de que exista otra, por lo menos, que estudie la *segunda*, y aquí sí que se hacen precisos largos y prolijos razonamientos para convencer de que en el contenido de la Historia caben hacer distinciones de orden y prelación que se oponen á la fundamental unidad que tiene esta ciencia, tanto en el objeto como en el sujeto de su conocimiento.

Si la única razón que aducen en pró de su opinión no es otra que la de evitar las torcidas interpretaciones á que se presta la palabra Prehistoria (1), declaramos que no vemos motivo para la innovación.

Entiéndese por Historia, en su concepto más general y elevado, la ciencia que estudia el desenvolvimiento progresivo y total de la vida humana, bajo el imperio de las leyes universales (2): en este concepto, es claro que la Historia empieza con la vida del primer hombre y su contenido con el primer hecho por él realizado. Antes de este hecho, no hay nada que pueda ser objeto de ninguna ciencia histórica, y en este sentido son igualmente impropias las palabras Pre, Ante ó Protohistoria, no existiendo motivo alguno para dar un nombre especial á lo que, á lo sumo, constituiría el primer capítulo de la

caso debe llamarse geológico. Precisamente esto me obliga á emplear la palabra Protohistoria, de preferencia á las de Prehistoria y de Antehistoria, por cuanto si para evitar las malas y á veces torcidas interpretaciones á que las dos últimas voces se prestan fácilmente, necesitanse largos y prolijos razonamientos, para saber que Protohistoria significa primera historia ó comienzo de la misma, basta un grado ínfimo de cultura.»

(*Hist. Gral. de España* publicada por individuos de la R. A. de la Historia: T. I, *Geología y Protohistoria ibéricas*, por D. Juan Vilanova y D. Juan de Dios de la Radá y Delgado: p. 272.)

(1) El Sr. Vilanova no dá, en efecto, más razón que la expuesta, pues en otro lugar de su obra ya citada, dice: «Ya en la introducción queda indicado el por qué aceptábamos de preferencia la palabra Protohistoria: las que otros llaman Pre y Antehistoria, se prestan á equivocados conceptos, cuya rectificación exige largos y no siempre convincentes razonamientos.» (Ob. cit.: T. I, Part. I, *Protohistoria general*, pág. 301).

(2) Ley del desarrollo, de las edades, de la continuidad ó de la transmisión y del perfeccionamiento. (Sales, *Hist. Univ.*, T. I, págs. 16-17.)

ciencia, y siendo un error llamar histórico á lo que, en rigor, tan solo sería geológico. Así, desde este punto de vista, ambas denominaciones tienen el mismo carácter de impropiedad y ambas tienen que ser desechadas.

Pero la Historia, como todas las ciencias, tiene un contenido ideal, que se deduce de su concepto general, y otro contenido real, que se relaciona con el estado del conocimiento que actualmente tenemos de su materia: en esto precisamente se funda su progreso, pues va acercándose paulatinamente á su ideal, extendiendo su actual contenido, merced á un constante trabajo de investigación. Ahora bien: si el contenido ideal de la Historia parte del primer hecho realizado por el primer hombre, su contenido real no puede empezar sino con el primero de sus hechos que nos sea conocido: aquí vendrán las fuentes de conocimiento histórico á señalar este hecho y aquella cuyas aguas arranquen de más remoto lugar, será también la que marque el principio de la Historia, no como ciencia posible, sino como ciencia efectiva.

Tenemos, pues, como resultado de lo dicho, la existencia de una Historia que podemos llamar real, que arranca de los hechos cuya realización está probada por testimonios indubitables, y cuyo origen encuéntrase en las primeras noticias que han llegado hasta nosotros, bien envueltas en el obscuro velo del mito religioso ó de la leyenda, bien directamente por medio de las inscripciones y monumentos ó ya de un modo claro y patente, en las tradiciones, en los documentos ó en las obras de los antiguos escritores clásicos. Con esto desaparece la impropiedad de la palabra Prehistoria aplicada á la ciencia de los hechos humanos anteriores á esta Historia real, efectiva ó actual; los hechos cuya certeza no se apoyen en aquellos testimonios conscientes, constituyen su materia claramente definida. No quiere esto decir que la certeza de la Prehistoria sea más ni menos débil que la de la Historia, pues en la certeza no caben grados, sino que la de los hechos que son el objeto de aquella, se apoya en los testimonios que los hombres primitivos dejaron de su existencia, de sus costumbres, de su

industria, de su arte, inconscientemente, sin ánimo de que sirvieran más tarde de medios de prueba: estos testimonios son; primero, los restos humanos; segundo, las armas y utensilios de que se valían; tercero, las obras de arte (grabado y escultura), y cuarto, los monumentos arquitectónicos (lugares de habitación y sepulturas). De estas fuentes mudas se induce todo el conocimiento prehistórico y en ellas se funda su certeza.

Si con las reflexiones anteriores, dado el concepto expuesto de la Historia como ciencia efectiva, es perfectamente aplicable la voz Prehistoria á la ciencia que estudiamos; estas mismas reflexiones nos llevan á desechar la de Protohistoria, cuya impropiedad no se salva con la distinción de conceptos señalada, que de ningún modo puede aplicarse á ella: dígase lo que se quiera, siempre su etimología y su sentido propio indicará que trata de una primera Historia. Se dirá que podemos llamar primera á esa parte de la Historia anterior á la por todos conocida, á la que hemos llamado efectiva; pero es el caso, que siempre la denominación será falsa, pues la Historia, cualquiera que sea el concepto bajo el que la estudiemos, es una, y esta unidad, que no puede romperse, excluye la pretendida distinción. ¿Se trata de la Historia como ciencia total, en su concepto más general y elevado?; pues los hechos objeto de la nueva ciencia son sencillamente históricos y tanto la voz Prehistoria como la voz Protohistoria son impropias ó, más aún, inútiles. Se trata de la Historia como ciencia actual y efectiva?; pues entonces los hechos que no hayan entrado aún en sus dominios, nunca serán objeto de una Protohistoria, sino que serán anteriores á la Historia y objeto de la ciencia que definitivamente llamamos Prehistoria (1).

(1) La palabra Protohistoria fué propuesta por Broca para denominar ese período de transición entre la Prehistoria y la Historia en que el testimonio consciente se completa con los restos del hombre y de su industria; únicamente el afán de hacer innovaciones, ha llevado á algunos autores á aplicar á toda la ciencia la denominación que el autor citado aplicaba tan solo á una parte de ella. Pero, ni aun en esta acepción restringida de Broca, aceptamos la palabra Protohistoria, pues, como dice el Sr. Sales

El mismo significado expuesto de la palabra Prehistoria, señala la extensión de su contenido y el que hemos de dar á nuestro estudio, el cual no pasará de aquel punto en el que comiencen los datos que los testimonios conscientes proporcionen. Ahora bien, ¿puede señalarse aproximadamente una fecha en la cual podamos colocar el tránsito de la Prehistoria á la Historia en nuestra patria? Esta pregunta, que no ha podido tener respuesta categórica, con relación á la llamada Prehistoria Universal, mucho menos puede ser contestada tratándose de un país en el que estos estudios son recientes y en el que apenas hay elementos sobre los que asentar una teoría.

Hablando en términos generales, la Prehistoria tiene dos límites: uno anterior y otro posterior: uno próximo, que separa sus dominios de los de la Historia; otro remoto, que divide las regiones de lo completamente desconocido de aquellas en las que empiezan á inducirse conocimientos ciertos de hechos reales. Estos límites son variables, y empleando un tecnicismo matemático, diremos que son funciones de otros elementos también variables, á saber: el límite remoto, de las fuentes mudas antes enumeradas; el próximo, de los testimonios históricos. A medida que los objetos que se encuentren den motivo á nuevas inducciones, el límite posterior irá retrocediendo cada vez más; á medida que nuevos testimonios vayan siendo estudiados, el límite anterior irá apartándose gradualmente, cediendo nuevos territorios á la Historia.

La variabilidad de estos elementos, particularmente de los que influyen en la separación entre la Prehistoria y la Historia, hace que este límite no sea el mismo para todos los pueblos. En efecto, la cultura no se extiende de una manera uniforme, ni todos los pueblos han llegado al mismo tiempo al grado de desarrollo que supone la creación de testimonios históricos; así, mientras que los egipcios comienzan su vida histórica con el reinado de *Menes*, fundador de *Memphis*

(*Ob. cit.*, p. 41): «no vemos razón bastante para considerar aquel período aparte, porque desde que existe el testimonio histórico cierto, la Prehistoria desaparece, ocupando su lugar la arqueología histórica.»

y de la primera dinastía humana, otros han llegado, hasta épocas muy cercanas á nuestras edades, sumidos en la barbarie de la Prehistoria (1) y aun media humanidad vive hoy mismo como vivían los hombres de Cro-Magnon, sin que se les ocurra dejar un testimonio consciente de sus hechos. Respecto al límite más remoto, el resultado es casi el mismo: los descubrimientos realizados hasta el día y las inducciones sacadas de ellos y contrastadas por los Congresos internacionales, han señalado la época cuaternaria como el punto en que científicamente puede colocarse el principio de la Prehistoria; los descubrimientos de Desnoyers en *Saint Prest* y *Val de Arno*, patrocinados por el abate Bourgeois y combatidos por Evans (2), los de Pengelly y los de Nilson, han establecido otro límite vulgar que abarca el período glacial; y por último, los de Bourgeois, Delaunay, Issel, Blake y otros (3) han colocado, por decirlo así, una zona avanzada que entra dentro de la época terciaria, penetrando hasta el mismo período pliocénico.

Así puede verse cómo se van difuminando las sombras de lo desconocido, colocadas en lo más remoto, más allá del mismo conocimiento inducido, hasta entrar en la media luz de la Prehistoria, y así puede verse cómo ha de variar el límite posterior en que nos ocupamos: bastaría que un descubrimiento que no diera lugar á duda, resolviese la polémica, que dígase lo que se quiera, aun está en pie, respecto á la existencia del hombre terciario, para que el horizonte de la nueva ciencia se extendiera, abrazando toda una edad geológica.

Por otra parte; así como antes hubimos de tener en cuenta el diverso grado de cultura que en una misma época tienen los distin-

(1) Los textos y aun las tradiciones de los Suecos, Noruegos y Daneses, no alcanzan á más de mil años de antigüedad, y aun considerando las fábulas llamadas *sagas* como testimonios históricos, no se ampliaría mucho la historia de estos pueblos. G. de Mortillet, *Le Préhistorique*, cap. II, pág. 2.

(2) John Evans—*Les ages de la pierre*: pág. 637.

(3) G. de Mortillet—*Ob. cit.*, pp. 10 y sig.

tos pueblos, así ahora hemos de fijarnos en otra consideración, á saber; que no siendo distinto el organismo del hombre del de los demás animales, el desarrollo y crecimiento de la especie humana está sujeto á las leyes que rigen el de las demás. Lo mismo si admitimos la pareja única primordial, que si aceptamos la pluralidad de gérmenes, tenemos que suponer que el hombre fué extendiéndose poco á poco, con el lento paso con que le permitieran caminar sus victorias en la lucha por la vida, su adaptación al medio, sus aptitudes heredadas, en suma, con arreglo á la esclavitud impuesta por las leyes biológicas. De aquí, que hemos de suponer un límite remoto, ideal, que se referirá al punto ó puntos en que tuvo lugar la aparición primera del hombre, y que irá retrocediendo en los demás países, en relación con la forma en que se fuera realizando el crecimiento y extensión de la especie humana. De esta manera, si suponemos que en un lugar la Prehistoria comenzara en la época terciaria, en el próximo, que estaba deshabitado en este tiempo, comenzaría cuando empezara á poblarse: así, por ejemplo; es cosa generalmente admitida, que las razas de Canstadt y de Cro-Magnon, procedentes de África, emigraron siguiendo la dirección de Sur á Norte, que no llegaron á poblar toda Europa es seguro, y por tanto, es de creer que las nuevas razas de Furfooz ó de Robenhausen, que vinieron de Oriente, encontraron grandes extensiones, nunca holladas por el hombre, en las que se asentaron, y en las que desarrollaron la industria que les era propia: pues bien, es claro, que para estos lugares, la Prehistoria comienza en la época que en Geología se llama de *aluvión moderno*.

Dos colorarios se deducen de estas consideraciones: primero, la superioridad de la clasificación arqueológica y de la antropológica sobre todas las demás; porque, aparte de marcar la primera las evoluciones de la industria, y por tanto de la vida, y la segunda la de la especie humana, traen la superior ventaja de unificar los límites remotos de la Prehistoria. Es, creemos, sumamente expuesto decir, en general, que ésta empieza en la época terciaria, glacial ó cuaterna-

ria; en cambio, es seguro afirmar, que para todas las regiones habitadas por las mismas razas, empieza en la edad eolítica (1) paleolítica, neolítica ó del bronce.

El segundo corolario, consiste en la necesidad de estudiar la Prehistoria por regiones señaladas claramente por accidentes geográficos, de los que pueda inducirse la marcha de las emigraciones de las primitivas razas, y no, como se hace generalmente, estudiándolas por naciones, cuyos límites son, las más de las veces, meramente políticos. Porque, si cada época histórica tiene su geografía especial y no puede estudiarse sino con arreglo á ella, ¿en qué procedimiento lógico se puede fundar el hecho de estudiar la Prehistoria en los modernos atlas geográficos? Es un absurdo, no ya solo tratar de fundar una Prehistoria Universal, como se quiere hacer, sobre la base de los descubrimientos realizados en el centro de Europa, lo es hasta hablar de la Prehistoria de Francia ó de Alemania ó, en general, de los países que no formen regiones completamente determinadas: así, creemos, que la Prehistoria de la península Ibérica, ha de estudiarse en unión de la del Norte de Africa; la de Inglaterra, juntamente con la del Oeste de Francia, y que al hacer estudios más restringidos, se han de fijar, no los distritos ni las provincias actuales, sino las provincias y distritos primitivos, que, sin género de duda, fueron las cuencas de los ríos ó de los lagos, las grandes alineaciones de montañas, los valles y las vegas, en una palabra, las porciones de tierras señaladas por la Naturaleza.

Mirando ahora la cuestión desde otro punto de vista, aún se confirma más esta teoría. Los estudios prehistóricos deben de ser regionales y para establecer en grandes lineamentos, los caracteres que tuvo la cultura prehistórica en una gran región, hay que empezar catalogando, por decirlo así, todos los datos que proporcione el estudio de las más pequeñas regiones, teniendo en cuenta, que en este

(1) Nombre adoptado por Mortillet para designar la supuesta industria terciaria.—*Le préhistorique*, pág. 18.

procedimiento de análisis hay que llegar hasta la minuciosidad, pues debe de considerarse, que la cultura de una pequeña región, tendrá, en la mayor parte de las ocasiones, distinto carácter que la de la región limítrofe y, aun dentro de una misma comarca, la de una estación quizás difiera totalmente de la de la vecina.

Y la razón de esto es clara; hay que representarse al hombre primitivo, haciendo abstracción completa de todas las facultades, cuyo desarrollo sólo pudo conseguir en virtud de la experiencia proporcionada por larga serie de siglos; hay que considerarle en el último grado de animalidad, en el más completo y absoluto salvajismo, aún mayor que el de las actuales razas inferiores; careciendo de facultades representativas, sin conocimiento del orden ni de las relaciones de los hechos y estando desprovisto hasta de esa superior organización especial, que es el carácter distintivo del hombre, por la cual traduce en sonidos articulados su pensamiento y sus impresiones (1), el hombre era solo un grado en la escala zoológica, una variedad de la fauna de aquellas edades y las agrupaciones que formaba eran solo manadas de animales, guiados por el instinto, más bien que por el sentimiento de la sociabilidad. En tal estado, el hombre se limitaba á procurar la satisfacción de sus apetitos, y es claro, que siendo las necesidades las mismas para todos, la situación permanente de ellos había de ser la lucha: lucha contra los animales, á los que tenían que disputar su sustento; lucha contra sus semejantes, de los que tenían que defender los medios de vida adquiridos. El

(1) El estudio de la célebre mandíbula de la *Naulette*, descubierta por Dupont en la caverna de aquel nombre, á la orilla izquierda del *Lesse*, cerca de Dinant (Bélgica), ha hecho apreciar en ella la falta de la apófisis *geni*. Ahora bien; esta apófisis es el punto donde se inserta el músculo que produce los movimientos de la lengua, faltando el cual, no puede haber lenguaje articulado; los animales privados de la palabra carecen de la apófisis *geni*. Se puede deducir, por tanto, que el hombre primitivo no poseía aquella facultad: mas preciso será que nuevos descubrimientos, á más del citado, confirmen esta deducción, que solo puede admitirse, por ahora, como hipótesis muy probable.

primer destello de su embrionaria inteligencia fué, sin duda, el que los llevó á unirse unos cuantos para satisfacer más fácilmente una necesidad común; pero formados los grupos, éstos fueron tan hostiles entre sí como lo habían sido los individuos, y aun los sentimientos que imperaban en la comunidad, no parece que habían de ser muy cariñosos. No precisa la hipótesis de la antropofagia (1) para darse razón de esta lucha constante: fórmanse los grupos, nace la tribu, constitúyense las familias, se forman las ciudades, y la hostilidad continúa siempre, con caracteres más ó menos violentos ó con una significación religiosa, aún en medio de civilizaciones tan poderosas como la helénica.

Resultado: que el carácter peculiar de las primitivas asociaciones humanas fué el aislamiento, y, como consecuencia de ésto, que la evolución de la cultura no puede nunca considerarse totalmente. Cada pueblo, influido por el medio ambiente, por el carácter de sus individuos, por la herencia, realizó una evolución, á veces semejante, pero las más de ellas, totalmente distinta de la que llevaron á cabo los grupos vecinos: éste, asentado á orillas de un lago, próximo á un bosque, sería tranquilo y artista; aquel, situado en una montaña áspera é ingrata, sería cazador, guerrero y enemigo del anterior: en una palabra; hay que considerar á estos grupos completamente separados los unos de los otros, y solo, en último término, relacionados por las líneas muy generales y abstractas, que proporcionan la unidad étnica y la más artificiosa arqueológica.

De todo lo dicho anteriormente, se infiere la inmensa dificultad con que se tropieza, cuando se trata de señalar, ni aun con una aproximación muy remota, los extremos que abarca la Prehistoria de una región; pero esta dificultad se convierte en imposibilidad efectiva, cuando se considera otra circunstancia de índole diversa, á saber; que en el laberinto de estas investigaciones, no hay Ariadna que

(1) M. de Nadaillac.—*Mœurs et monuments des peuples préhistoriques*: páginas 41 y sig.

preste un hilo conductor; que en las lobregueces de estos subterráneos, no hay luz fija que ilumine los millares de conductos que apartan del buen camino. Si adoptamos, en efecto, la Geología como guía y faro de nuestra marcha, tendremos que luchar con el inconveniente, de que esta ciencia, que está aún en sus comienzos, no dá un criterio fijo que pueda servir de norma: la formación geológica de cada región ha obedecido á leyes especialísimas; se ha cambiado la sucesión de los terrenos y hasta de los niveles, en virtud de accidentes exclusivamente locales; los movimientos seísmicos, los efectos de las lluvias y de las inundaciones, hasta el mismo laboreo agrícola, han alterado el orden de las capas, y se hace preciso un estudio muy laborioso para determinar un carácter geológico, que en último término, ha de ser deducido de hipótesis más ó menos lógicas. Si escogemos el criterio antropológico, nos veremos muchas veces expuestos á error, enfrente de los numerosos casos de atavismo que han de presentárenos, ó delante de los ejemplares, más numerosos de lo que se cree, que demuestran la supervivencia entre las posteriores, de las razas primitivas (1). Por último; si nos decidimos por la Arqueología, habremos de vencer no menores dificultades: aparte el que las civilizaciones no se han sucedido en todos los lugares de un modo continuo, sino que entre unas y otras existen lagunas, hiatos, que cierran la puerta á los conocimientos ciertos y la abren á las hipótesis, se encuentran de tal manera revueltos y confundidos los restos de todas ellas, que se hace tarea imposible el calificar los elementos arqueológicos proporcionados por algunas excavaciones. Trozos de sílex tallado, celtas, toda clase de objetos prehistóricos han sido hallados, juntos con objetos de procedencia indudablemente romana; las armas y utensilios primitivos no desaparecieron con el tiempo en que habían sido exclusivamente empleados; cuchillos de sílex y hachas de piedra pulimentada, fueron usados en la edad del bron-

(1) Sales, *Ob. cit.*, pp. 241 y sig.—Mortillet, *Le préhistorique*, p. 148.



ce (1), los egipcios se sirvieron de ellos aun en el imperio medio (2), pasaron, como hemos dicho, á la época romana, sirviendo de armas de combate en tiempos relativamente recientes (3), y hasta, para ciertos actos de culto, llegaron á nuestros días (4); el sílex tallado en pequeñas laminitas aún es empleado en algún instrumento agrícola en ciertas comarcas españolas (5), y por último, hay que tener en cuenta las analogías, y á veces la identidad que existe entre las armas prehistóricas y las que actualmente usan los pueblos salvajes.

Siendo todo esto así, júzguese si podrá intentarse semejante empresa de designar límites á la prehistoria de una región como España, por la que han pasado todas las civilizaciones y en la que tantos pueblos han dejado sus influencias artísticas. Aquí se han de multiplicar las causas de error, y mucho más en nuestra provincia, centro poderoso que ha sido de la cultura de todas las edades.

Pero, dando por irrealizable esta tarea, ¿sería posible señalar un límite práctico, que pudiera servirnos para el determinado objeto de restringir un tanto la extensión del trabajo que emprendemos? No dando á este límite ningun carácter teórico ó científico, sino solo utilitario, creemos que sí. Para el límite más remoto, podemos sin duda referirnos á los hallazgos, contrastados por la severa crítica que preside á los descubrimientos prehistóricos, y de este modo, considerando, de un lado, el cráneo de un individuo de la raza de Cansadt encontrado en el Campo de Gibraltar, y de otro, el yacimiento de San Isidro del Campo en Madrid, explorado por Casiano del Pra-

(1) J. Evans—*Les ages de la pierre*: pp. 139 y 141.

(2) F. Chabas—*Etudes sur l'antiquité historique*: cap. V, pp. 323-398.

(3) Un pasaje de Guillermo de Poitiers demuestra que en la batalla de Hastings, los anglo-sajones combatían con armas de piedra.

(4) Sabido es que en los Oficios de Semana Santa se renueva el fuego en las Iglesias empleándose para ello el pedernal. Acerca de los usos religiosos ó supersticiosos de los sílex, véase N. Joly—*L'homme avant les métaux*: pp. 200 y sig.

(5) Nos referimos al *tribulum* romano, trillo usado en Castilla la Vieja y que está formado por una plataforma de tablas, en cuya parte inferior se insertan multitud de laminitas de sílex.

do y Lartet, podemos determinar aquel límite, geológicamente, por el nivel inferior cuaternario; etnográficamente, por la raza de Cansadt, y arqueológicamente, por el tipo industrial de Saint-Acheul. Para el límite próximo, nos fundaremos en consideraciones de índole especulativa é histórica; y, teniendo en cuenta que los primeros testimonios nos vienen por conducto de los autores griegos y romanos, y que hasta que los pueblos indígenas no se romanizan, no entran sus hechos en el dominio de la historia, lo podemos colocar poco antes de la fundación del Imperio Romano. Esto por lo que hace á nuestra provincia; pues sabido es que la romanización no fué coetánea en todas ellas y que los Cántabros continuaron su prehistoria hasta mucho despues del mismo Augusto.

Otro resultado, á más de éste, hemos conseguido con las consideraciones hechas; á saber: que de ellas deducimos y en ella fundamos el plan que hemos de seguir en el estudio de los diversos yacimientos de la provincia de Sevilla, que es el objeto de este trabajo.

Demostrada la necesidad de estudiar la Prehistoria por regiones, limitadas, en lo posible, por accidentes geográficos, caminaremos en la exposición que hagamos, siguiendo el curso de los ríos, abarcando las grandes llanuras, que fueron cuencas lacustres, ó dirigiéndonos por las grandes alineaciones de montañas. Y cuenta, que este plan que proponemos, no se dirige tan principalmente al trabajo que emprendemos, como á los que posteriormente se emprendan: hasta el día, en efecto, no hay hecho casi nada, y el único carácter que ha de tener este trabajo es el de ensayo, ó cuando más, de elemento que puede servir de base á posteriores y numerosísimas ampliaciones. En el mapa que acompañamos anotaremos cuidadosamente todos los puntos que citemos, y en él podrá seguirse la marcha de nuestra exploración. Este mapa será probablemente el primero que de su clase haya sido hecho en España, y de seguro, el primero de la provincia: por lo demás, ya lo hemos dicho; nuestra obra es sólo un ensayo y el mapa queda abierto á las nuevas indicaciones que posteriormente

han de señalarse, con las cuales se irán llenando los huecos, que por la carencia actual de datos se notan en el mapa (1).

Respecto al método que adoptaremos, ya hemos dicho algo de él; será principalmente crítico y geográfico y atenderemos de una manera más especial, á la inducción de los usos, costumbres, género de vida, en una palabra, á la civilización de aquellas razas, que á la árida descripción de objetos, que después de todo, solo tienen un valor real, en cuanto por ellos se obtienen conocimientos de orden superior. De nada sirve poseer una numerosa colección de objetos prehistóricos, si de ellos no se sacan enseñanzas de cualquier género; á nada conduce describir minuciosamente un arma, un objeto de arte prehistórico, si de esa descripción no deducimos consideraciones de carácter sociológico: la representación de un objeto en dibujo ó en fotografía, no dice nada por sí sola, ni vale, sino en tanto que sirve de referencia en las inducciones á que dá origen.

De esto se deduce, que solo describiremos en la medida que las necesidades críticas lo exijan, no limitándonos en estas descripciones á los objetos, sino tambien ocupándonos en la posición geográfica del yacimiento que estudiemos. Naturalmente, la extensión que demos á las descripciones, y el lugar que dediquemos en el texto al estudio de cada yacimiento, dependerá del número de objetos que en él hayan sido recogidos, y más aún, del interés que tales objetos ofrezcan. En este respecto, desde luego han de merecer toda nuestra atención aquellos lugares, en los cuales se hayan llevado á cabo excavaciones metódicas, ordenadas á un fin científico: los demás solo han de ser objeto de una cita que sirva para fijar su situación en el mapa.

Algo podríamos decir de la clasificación que habríamos de adoptar al hacer estas descripciones; ya nos ocupamos más arriba de esta cuestión, demostrando entonces la superioridad de las clasifi-

(1) En nuestro mapa empleamos la mayor parte de los signos adoptados por E. Chantre en su mapa de la edad del bronce en Francia, publicado en Lyon en 1876.

ecaciones que toman por base la arqueología y la antropología. Desgraciadamente, ninguna de ellas es necesaria al fin que nos proponemos; y decimos desgraciadamente, porque la necesidad mayor ó menor de una clasificación, está siempre en razón directa de la abundancia del material conocido y de su variedad: ahora bien; los pocos descubrimientos que han sido hechos en la provincia, pertenecen á la época neolítica y á la del bronce, apenas si hay un par de ellos que quepan dentro de épocas anteriores, y resultaría hasta poco estético, además de inútil, el hacer grupos y subgrupos, divisiones y subdivisiones, que muchas veces estarían desiertos ó representados por un solo yacimiento. Así pues, al enumerar los objetos procedentes de una estación, solo nos sujetaremos al orden que consideremos más conveniente á la claridad de la exposición: esto no obstante, por vía de resumen de las descripciones que hagamos, insertaremos, á continuación de ellas, varios cuadros sinópticos, en los cuales reuniremos, con arreglo á un criterio científico, todos los materiales que hayamos recogido.

Consta, pues, nuestro trabajo de dos partes, á saber: *Parte descriptiva*, en la que con arreglo al plan adoptado, citamos y describimos los yacimientos y el material de ellos extraídos: *Parte crítica*, en la que exponemos las consideraciones que nos sugieran los elementos proporcionados por los mismos.

PARTE DESCRIPTIVA

No ha sido cosa fácil el poder reunir en este lugar, las indicaciones de los sitios de exploración que existen en nuestra provincia; apesar de ser pocos en número, las pruebas de su existencia andan tan dispersas y, á veces, tan ocultas, que se traduce por un verdadero triunfo el hecho de conseguir un dato ignorado, ó el de poder estudiar un objeto que la casualidad proporcionó. Mirados estos objetos con desprecio, muchos habrán sido hallados y destruidos, no pocas noticias habrán sido desatendidas y muchos yacimientos habrán pasado inadvertidos. Apenas, si en toda la provincia llegarán á dos ó tres los lugares que han sido científicamente explorados: esto no obstante; son de tal importancia algunos yacimientos, ofrecen tan gran número de elementos de estudio y tienen tanto interés los objetos que han proporcionado, que no sería obra inútil la que se escribiera con motivo de cada uno de ellos; no vacilando en afirmar por nuestra parte, que la riqueza arqueológica de estos yacimientos, compensa sobradamente la pobreza de todos los demás de la provincia, de los cuales solo poseemos objetos aislados, que se hallan repartidos entre el Museo del Gabinete de Historia Natural de esta Universidad y en poder de algunos particulares.

Siguiendo el plan que nos hemos propuesto, recorreremos, en primer lugar, la cuenca del Guadalquivir, empezando por el límite de la provincia de Cádiz, y siguiendo su curso, aguas arriba, hasta llegar á la de Córdoba. Este fué el camino que siguieron las primitivas razas, procedentes de África, en su movimiento de avance hacia el Norte de Europa; porque siempre las emigraciones se han realizado siguiendo la dirección marcada por las corrientes de los grandes ríos, en cuya desembocadura se detenían, y cuyas orillas remontaban hasta sus fuentes. En esta forma se realizó la colonización fenicia, así procedieron los Normandos, de este modo penetraron en el interior de las tierras americanas sus antiguos conquistadores, y así hoy llegan hasta las regiones centrales de África los exploradores modernos. En nuestro camino encontraremos varios afluentes que nos han de marcar nuevas sendas, otras direcciones, que habremos de seguir, con arreglo á las cuales, dividimos el suelo de la provincia en cuatro regiones, á saber: 1.^a *Valle del Guadalquivir*, que comprende los puntos situados en sus orillas: 2.^a *Región de las Vegas*, que se extiende por las de Carmona y Osuna hasta el Genil: 3.^a *Cuenca de la Ribera de Huelva*, que ocupa la parte Nordeste de la provincia, y 4.^a *Cuenca de la Ribera de Huelva*, que situada al lado de la anterior, avanza por el terreno montuoso de Sierra-Morena.

1.ª REGIÓN

VALLE DEL GUADALQUIVIR

LEBRIJA

En los alrededores de esta Ciudad, en el sitio llamado el *Alamillo*, encontróse, hace algunos años, un esqueleto humano completo y, juntamente con él, dos cuchillos de sílex, un hacha de bronce, una punta de lanza y dos largas agujetas del mismo metal, y, por último, tres vasijas de barro, dos de ellas muy toscas, la otra más acabada, pero todas hechas al parecer á mano, con fondo curvo y sin ninguna clase de adorno. Algunos de estos objetos fueron examinados por nosotros mismos, y de labios del Sr. Quiroga, ilustrado vecino de aquella población, recogimos algunos interesantes detalles que no dejaré de citar. Son muy frecuentes, según este señor, los hallazgos, en todo aquel término, de huesos llamados de *gigantes*; los campesinos los desentierran, los admiran, vuelven á reunirlos y á cubrirlos de tierra, ó los esparcen, y del hallazgo no queda pronto ni aún el recuerdo. Es interesante esta noticia, porque la hemos de ver repetida en muchos puntos, en los cuales nos han de hablar de estos gigantes (Mairena y Carmona), ó nos han de señalar sus sepulturas (Morón y Cazalla de la Sierra).

Otro dato de importancia es el hallazgo, en la misma altura donde se encuentra el antiguo castillo de la ciudad, de varias armas de sílex. Por último, recientemente hemos tenido ocasión de exami-

nar una preciosa hacha, de 8 centímetros de longitud, de bordes planos y muy bien pulimentada, que proveniente de Lebrija, posee el Sr. D. Joaquín Hazañas.

Con tan escasos elementos, se hace difícilísimo juzgar de la importancia de esta estación prehistórica. Los objetos encontrados en el *Alamillo* prueban la existencia de una sepultura, no de una necrópolis; pero, si admitimos la realidad de los repetidos hallazgos de huesos humanos, tendremos que suponer la existencia de numerosos enterramientos esparcidos en la llanura. Ahora bien, ¿dónde moraban las tribus ó grupos á que, en vida, pertenecieron estos muertos? Para contestar á esta pregunta, preciso es hacerse cargo de la disposición topográfica de la localidad.

Hállase Lebrija recostada en la falda de una colina de bastante elevación, unida á otras muchas, que van sucediéndose hasta llegar á la Sierra de Gibalbín, de la que son los contrafuertes: á un lado se extiende un fértil valle; al otro la llanura inmensa de la marisma, por donde corre perezoso el Guadalquivir. Si no dudamos del dicho del Sr. Quiroga, si efectivamente en la cima del monte se han encontrado trozos de sílex tallados, la cuestión se resuelve por sí sola: en esta colina vivió alguna tribu durante la edad del bronce, y en su cima construyó indudablemente sus moradas. En ningún otro sitio pudo vivir, en efecto: el río, que en aquella época ocupaba toda la extensión de la marisma, hoy desecada, llegaba hasta las mismas faldas del monte, y sus crecidas, entonces enormes, no permitirían al hombre vivir sino en lo más alto, á donde estuviera libre de los riesgos de la inundación. De este modo, con el río á sus plantas y el valle al lado, pudo la tribu desarrollarse en la abundancia y en un bienestar relativo: podríamos forzar la inducción, hasta decir, que las agujas encontradas, que son objetos de adorno, demuestran aquel bienestar y que los huesos y las armas indican, que eran gentes robustas y guerreras. Mas en esta estación, como en otras muchas, los elementos faltan, y hemos de ser muy parcos en emitir juicios que no habrían de pasar de la categoría de hipótesis.

Desde Lebrija, ningún yacimiento se señala en las orillas, cosa muy natural, si se atiende á que, durante la época prehistórica, el río estendía sus aguas por toda la llanura que forma su cuenca: así, los primeros lugares en que han sido hallados algunos objetos aislados, están ya próximos á Sevilla, en los puntos que citamos á continuación.

TORRE DE LOS HERBEROS

Se levanta esta torre sobre una pequeña altura, á la orilla izquierda del río, frente á Coria y á poca distancia de Dos-Hermanas. Ya hace algún tiempo que el Sr. Machado, antiguo catedrático de esta Universidad, había señalado en aquel sitio la existencia de objetos prehistóricos, que dejó sin describir y que nadie se cuidó de desenterrar. No hubiéramos podido confirmar la anterior noticia, si la casualidad no nos hubiera llevado á la finca que en Dos-Hermanas posee D. José Lamarque de Novoa; allí, en el pequeño Museo que este señor ha formado con toda clase de objetos curiosos, hallamos una preciosa hacha de diorita, de unos 20 cents. de longitud y que, según leímos en su tarjeta, había sido hallada en la *Hacienda de la Corchuela*, al lado de la Torre. Ni más noticias pudimos recoger de este yacimiento (1), ni más importancia tiene que su situación especial, colocado como estaría, en el centro del río primitivo, del que, quizás, fuera una isleta, y en relación con otro yacimiento situado en la orilla opuesta.

(1) No le falta, sin embargo, la correspondiente leyenda del *tesoro*, que vá siempre unida á todas las ruinas de antiguos monumentos.

CORIA DEL RIO

Tambien se halla colocado en una altura, llamada hoy *Cerro de San Juan*, y, tan pobre como el anterior, solo ha proporcionado dos pequeños cuchillos de sílex (1) y un celta cilíndrico, de 9 centímetros de longitud (2).

SEVILLA

La capital de la provincia no ha sido muy afortunada, en lo que respecta á la posesión de restos prehistóricos: una ciudad tan rica en vestigios de otras civilizaciones, solo ha podido, hasta ahora, proporcionar, una pequeña astilla de sílex, tallada, al parecer, que fué encontrada en los alrededores de la *Fuente del Arzobispo* (3).

Pero si en ella nó, en sitio muy próximo se conserva un monumento de la época del bronce, tan importante y tan perfecto, que constituye una joya arqueológica de inapreciable valor y única quizás en el mundo. Nos referimos al monumento conocido vulgarmente con el nombre de *Cueva de la Pastora*, situado en

(1) Museo de Historia Natural. N.º 414.

(2) Museo del Ateneo y Sociedad de Excursiones.

(3) Citamos este objeto, porque figura en la colección del Museo de Historia Natural (N.º 205), clasificado como astilla de sílex tallada, no obstante el considerar muy dudoso, por lo menos, su carácter prehistórico.

CASTILLEJA DE GUZMAN

Ocupa este lugar la cima de una de las muchas colinas, que con el nombre de *Cerros de Santa Brígida*, forman parte de la cadena de alturas que limitan al Noroeste, por frente á Sevilla, el valle del Guadalquivir. En el año 54 ó 55, al cavar la tierra con objeto de plantar una viña, en un cerrito situado á 1 kilómetro al Norte del lugar, tropezóse con una gran piedra, enterrada á cerca de un metro de profundidad: levantada que fué esta piedra, apareció un largo conducto subterráneo, que terminaba en un pequeño espacio circular. Se estaba, pues, en presencia de un *túmulo* prehistórico, con todos los caracteres propios de esta clase de construcciones.

En la figura 1.ª, presentamos el corte y el plano de este importante monumento, y en ella puede verse la disposición que ofrece. Consta de dos partes perfectamente determinadas: el corredor, largo de unos 28 metros, y la rotonda ó espacio circular que lo termina, de un diámetro aproximado de 2 m. 70 cm. Las paredes, que están formadas con pequeñas lajas de piedra esquistosa, superpuestas horizontalmente sin cemento de ninguna clase, presentan la notable particularidad de hallarse inclinadas, de suerte, que el corte vertical, perpendicular al eje del corredor, es un trapecio, cuya base mayor, correspondiente al suelo, mide 1 m. y 25 cm., mientras que la menor solo tiene 75 cm: el techo, cuya altura varía entre 1 m. 60 cm., y 1 m. 90 cm., está constituido por enormes cantos, algunos de los cuales miden cerca de 2 m. de largo. En el promedio del corredor, á una distancia de la entrada de 14 m., distínguese una puerta dolménica, formada por tres grandes monolitos groseramente tallados, que dejan un espacio de 1 m. 40 cm. de alto por 60 cm.

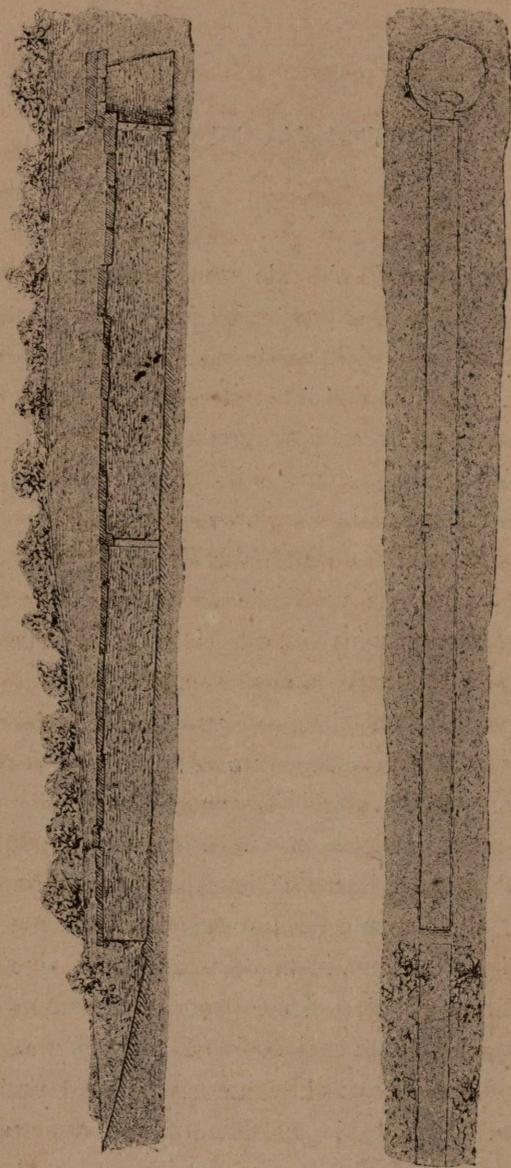


FIGURA 1.^a—Corte vertical y plano del túmulo llamado *Cueva de la Pastora* en Castilleja de Guzmán.

Escala de 3'8 mm. por metro.

de ancho, y otra igual hállase al final de aquel, sirviendo de entrada á la rotonda.

Difícil es señalar el destino de la puerta situada en el medio del corredor, y cuanto respecto á ella se diga, no serán sino hipótesis más ó menos aceptables: podrá suponerse que aquella fué la primitiva entrada del corredor, que en un principio solo tendría la mitad de la longitud, que posteriormente alcanzó, por causas desconocidas para nosotros. Admitiendo lo que probaremos á continuación, esto es, que el monumento que nos ocupa fué lugar de enterramiento, es posible que primeramente se dedicara á conservar los restos de algún jefe poderoso, para lo cual se construyó la rotonda y el corredor, hasta la puerta, y que después, quizás al utilizar el mismo monumento para enterrar algún otro cadáver, se prolongara, en honor de éste, el corredor. Otra hipótesis pudiera ser, la que explicara la existencia de la puerta en cuestión, suponiendo, que así como la rotonda fué el lugar donde se colocó el cadáver del jefe, la parte del corredor comprendida entre éste y la puerta, sirvió para depositar los cadáveres de los servidores que debían acompañarle en la otra vida (1).

Al final del corredor, hemos dicho, una puerta dolménica dá entrada á un pequeño espacio circular, que es la parte más interesante del monumento, por los especiales caracteres que ofrece. Lo mismo que las del corredor, las paredes de la rotonda están formadas con lajas de piedra, pero la construcción es aquí más esmerada y los materiales son más escogidos: la inclinación que hicimos notar en las de allí, preséntase también en estas muy marcada, dando á la construcción la forma de un tronco de cono de 2 m. y 70 cm. de altura, pero las generatrices de este cono, no son rectas, sino curvas, de modo que vienen á constituir una especie de bóveda rudimentaria, una cúpula cónica, obtenida de un modo imperfectísimo. Otra

(1) Acerca del origen de esta costumbre, véase, más adelante, el artículo en que nos ocupamos de las sepulturas del Ronquillo.

circunstancia, que no debemos dejar de señalar, es, que en tanto que la base inferior es perfectamente circular, como se vé en la figura, la superior es elíptica, por causa de la inclinación más acentuada de las generatrices correspondientes al eje menor: por último; un enorme canto de granito de 2 m. 75 cm. de largo y de 50 cm. de grueso, sirve de techo á la cámara, haciendo el oficio de clave de la bóveda (1).

Tal es la disposición del monumento, que orientado aproximadamente de Este á Oeste, se halla cubierto por una no muy espesa capa de tierra, que forma un pequeño otero sobre la misma colina. Ningún objeto se encontró en su interior al ser descubierto, y ésto dió lugar á peregrinas hipótesis, de las que, por absurdas, no nos ocupamos; pero, basta fijarse en la descripción que hemos hecho, para comprender que se trata de un enterramiento, y de un enterramiento suntuoso, á juzgar por la magnitud de los materiales empleados, por la longitud de la galería y por la perfección de la mano de obra. Si alguna duda quedara, bastaría á resolverla el hallazgo de restos humanos, que en el año 88 hicimos, en unión de D. Carlos del Río y de D. Antonio Seras, en el suelo de la rotonda y en la parte del corredor próximo á ella (2).

De los antecedentes expuestos deducimos, en primer lugar, la existencia, durante la edad prehistórica á que haya de referirse este monumento, de una tribu rica y poderosa, que habitando la orilla derecha del Guadalquivir, reservara para sus muertos las alturas á

(1) Este monolito, así como otros grandes cantos que están en la techumbre del corredor, debieron haber sido traídos, nadie sabe á costa de cuanto trabajo, desde Gerena, donde se hallan las más próximas canteras de granito. La piedra que formaba el techo de la cámara, hallábase levantada cuando pudimos medir sus dimensiones; hoy ha vuelto á ser colocada en su primitiva posición, y gracias á la solicitud del Sr. D. Anselmo R. de Rivas, tan importante monumento está perfectamente cuidado y en condiciones de poder ser estudiado con comodidad.

(2) Los objetos encontrados en esta exploración fueron depositados en el Museo del Ateneo.

donde no llegaban las mayores crecidas del río. Del poderío de la tribu podrá juzgarse, teniendo en cuenta que éste se revela en los monumentos que construye, y que habrá muy pocos que excedan en magnificencia al de Castilleja. Esta misma suntuosidad y la desmesurada longitud de la galería, son reveladoras del rango eminente que ocupó el muerto, para el cual se erigió este túmulo; sin duda era algún jefe poderoso y temido, pues siempre el respeto que produjo el vivo se traduce en monumentales construcciones para el muerto. El hecho de no haberse encontrado nada en el interior de la cámara, al tiempo de su descubrimiento, no quita nada á esta inducción; el hallazgo de huesos humanos, anteriormente citado, prueba claramente que fué empleada en el objeto para que se construyó, y, á lo sumo, aquel hecho indicaría, que este enterramiento fué profanado y saqueado en épocas muy posteriores, ó quizás, en no muy apartada de la en que se erigió, por las gentes de otra tribu enemiga.

Pero, no es esta la inducción más importante que nos permite hacer los caracteres descritos; hay otras circunstancias más salientes y, desde luego, de un valor inestimable para la historia del arte y que á continuación analizamos.

Si bien este monumento, en sus líneas generales, presenta formas dolménicas perfectamente marcadas, en la distribución de su planta, en las grandes piedras que forman la techumbre, en las puertas trilíticas y en toda la disposición general, por las cuales puede referirse á la época neolítica, hay otros detalles que no pueden ser atribuidos á esta civilización, y que exigen, para ser explicados, de la comparación con otros artes y otras civilizaciones: son éstos, la inclinación de las paredes de la galería, el aparejo de estas mismas paredes y, sobre todo, la forma acapulada de la cámara sepulcral (1).

(1) Estas cámaras, tanto en los dólmenes al descubierto como en los dólmenes con corredor, son casi siempre rectangulares. Véase G. et A. de Mortillet.—*Musée Préhistorique*: Pl. LVIII.

*La misma pl.
en piedra
encontrada en
Nevados -
- las hay
circulares en
Portugal -*



Veamos si hay algún arte de algún pueblo, que presente estas formas y procedimientos arquitectónicos.

No precisa forzar mucho la imaginación, ni entrar en el terreno de las hipótesis, para encontrar en el arte griego primitivo el modelo de estas formas, que aquí, un tanto imperfectas, se señalan. En efecto; si estudiamos los llamados *tesoros* de Mycenas y de Orchomena, encontraremos en ellos los mismos elementos notados, si bien con caracteres de superior perfección. Presentan estos tesoros, galería y cámara funeraria, de paredes construidas con pequeñas piedras, superpuestas sin cemento alguno; la cámara circular es abovedada, de forma aproximadamente parabólica, y está compuesta por una serie de lechos horizontales de piedras, dispuestas en anillos, los cuales van estrechándose más y más, hasta el vértice, en que está colocada una gruesa piedra á guisa de clave: tal es la disposición que claramente se observa en el *Tesoro de Atrea*, que representamos en la figura 2.^a, para que puedan notarse las semejanzas que con él

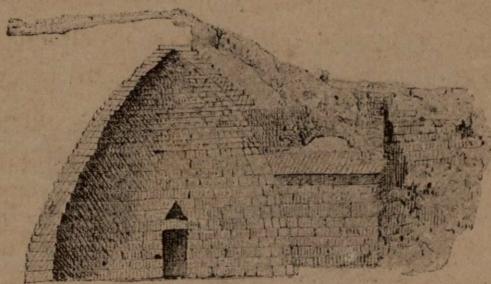


Figura 2.^a—Corte vertical del *tesoro* de Atrea en Mycenas.

guarda el Túmulo de la Pastora (1). Aparte de la magnitud y de la imperfección de la mano de obra, pudiéramos decir que el túmulo

(1) Véase V. Laloux.—*L'architecture grecque*, pág. 29 y sig.

de Castilleja es la reducción de este tesoro de Mycenas: aun si nos fijamos en la forma de la cámara, circular en la base, elíptica en la parte superior, veremos en ella la inexperiencia y torpeza de aquellos artífices, que conocieron el procedimiento para construir bóvedas por anillos horizontales, pero no tuvieron la habilidad necesaria para mantener una curvatura constante en todos los lechos, resultando, por esta causa, una construcción deforme, aunque conservando los caracteres helénicos del modelo.

El corolario que de aquí se deduce, no puede ser más lógico. El monumento que estudiamos es un túmulo prehistórico, erigido en una época en que el arte primitivo griego podía ejercer su influencia en la más atrasada civilización indígena. Ahora bien; es sabido, que hácia el siglo VIII, a. de J. C., los griegos de Mileto, Samos y Focea, impulsados por su espíritu activo y emprendedor, iniciaron un movimiento de expansión, que llevó sus colonias á los extremos más remotos del mundo entonces conocido: llegados á España, trajeron consigo los elementos de su arte, entonces en formación (1), y entre ellos, las formas de aquellos *tesoros* que desde el XIII se construían en el suelo de Grecia. Los indígenas de España, que aún á la llegada de los griegos, enterraban á sus muertos en dólmenes, ó empleaban las demás construcciones características de la época neolítica, se apropiaron estos elementos, más en armonía con su arte; los tradujeron, por decirlo así, á su cultura, y el todo dió por resultado el monumento que estudiamos, en el que se ven confundidos, elementos de carácter marcadamente neolítico, con los primitivos helénicos ya citados, rudos y toscos, conforme podían ejecutarlos aquellas gentes (2).

Entra, pues, la estación en plena edad del bronce: probablemente, las paredes de la cámara funeraria estarían recubiertas con

(1) Los órdenes llamados *clásicos* no aparecen hasta el siglo VII antes de J. C.

(2) En todo lo que llevamos dicho nos hemos atendido á las enseñanzas de nuestro sabio maestro D. Manuel Sales y Ferré.

*me parece que
no - la de
etape du neol
don enterrés ces
món modelos
grecos -
La Cueva era
antigua de
muertos al siglo
XIII*

láminas de éste ó de otros metales, á semejanza de como lo estaban las de los tesoros de Mycenae. Mas, si no se han encontrado en su interior vestigios de esta ornamentación, en cambio, en el exterior del túmulo, halláronse 24 flechas de bronce (3), que pueden resolver de plano la cuestión.

El hecho de la existencia de este magnífico túmulo, no sería prueba suficiente para deducir la de una tribu poderosa, ni para dar hoy á estos lugares el título de estación importante, si á esto no se uniera la existencia de otras sepulturas pequeñas, hoy destruidas, y que se descubrieron en aquella misma colina. Hállanse construidas estas sepulturas, con láminas de pizarra, que cierran espacios circulares ó elípticos de 2 m. 25 cm. de diámetro, y de ellas fueron extraídos, no há mucho tiempo, algunos objetos muy dignos de estudio: son éstos, dos hachas de piedra, una de 24 y otra de 12 cm. de longitud, que presentan la particularidad de no tener pulimentados sino la mitad ó el tercio correspondiente á su parte útil, y una magnífica hacha de cobre de 20 cm. de longitud, 5 de latitud media y 12 mm. de grueso, de forma semejante á la que, extraída del yacimiento del Coronil, representamos en la figura 52: además, tales caracteres ofrecen algunas de las alturas que se elevan por todos aquellos sitios, que no sería aventurado afirmar, que si no todas ellas, la mayoría, guardan en su interior monumentos sepulcrales análogos al túmulo de la Pastora. Puede observarse, en efecto, con toda claridad marcada, la línea de separación entre la colina natural y el otero artificial que oculta la construcción, y en una de ellas, cuyo perfil se dibuja perfectamente desde la carretera de Santiponce y desde el mismo camino que conduce á Castilleja, la división se vé tan clara, que se adivinan las proporciones y la orientación del núcleo constructivo, como las formas del cuerpo se marcan bajo un ropaje talar.

Tal es la estación importantísima de Castilleja de Guzmán: notable por el monumento que ofrece, lo será aún más, cuando algu-

(3) 12 de ellas se guardan en el Museo Arqueológico Provincial.

nas exploraciones conduzcan á nuevos hallazgos de túmulos, y sobre todo, cuando se encuentre el yacimiento correspondiente á esta necrópolis, cuya situación es desconocida, y que indicará el lugar en que moraban los constructores de estos túmulos.

Bastando las notas que preceden, al objeto que nos proponemos en esta parte de nuestro trabajo, continuamos nuestra excursión río arriba, siendo el primer punto que ocupe nuestra atención, la confluencia del Viar con el Guadalquivir.

CANTILLANA

En este lugar nos detendremos, con el objeto de hacernos cargo de una noticia dada por el Sr. Machado (1) y que no ha tenido confirmación. Decíase que en la confluencia del Viar con el Guadalquivir, á poca distancia de Cantillana, existían restos de un *palafitto*, agregándose, que en una cueva muy conocida en el lugar, y distante dos leguas de él, se observaban señales de haber sido habitada por el hombre, y aún se veían algunas líneas grabadas en sus paredes, como signos de un alfabeto primitivo. Pues bien; con ánimo de confirmar tan interesante dato arqueológico, se llevó á cabo una excursión por el ilustrado catedrático de esta Universidad D. Salvador Calderón y por varias entendidas personas, y aunque la época era la más apropiada para observar los restos más insignificantes que hubieran quedado del supuesto palafitto, pues era en pleno verano y el Viar estaba casi seco, nada pudieron ver y ninguna de las excavaciones que practicaron dió resultado. Otro tanto ocurrió con el exámen que hicieron de la gruta referida, pues esta era meramente una oquedad abierta en la roca arenisca, habitada frecuentemente

(1) En un artículo publicado en la *Revista de Filosofía y Ciencias*: Año I.

por los pastores, y no existían en ella caracteres de escritura ni signo alguno, que después de todo, aun en el caso de que hubieran sido vistos por el Sr. Machado, más naturalmente pudieron haber sido atribuidos á los moradores actuales, que á los primitivos, muy problemáticos, puesto que la gruta, según todas las señales, es de formación reciente.

No insistimos más en este asunto, y no ofreciéndonos Cantillana ningún objeto prehistórico ni ningún otro indicio más cierto, aparte del que resulta de su situación especial, entre dos ríos, que lo harían apto para el establecimiento de un grupo de gentes importante, pasamos á citar los últimos puntos que nos restan, de los que ocupan el valle del Guadalquivir.

ALCOLEA DEL RIO

Las excavaciones que fueron practicadas recientemente en este lugar, por el notable arqueólogo Mr. Arthur Engel, solo dieron por resultado, el hallazgo de un percutor cilíndrico de piedra pulimentada, de 11 cm. de longitud (1).

LORA DEL RIO

Situada también en la orilla derecha, solo ha proporcionado dos puntas de lanza de cobre, una de 7 y otra de 6 cm. de longitud (2).

(1) M. del At. y S. de Ex.

(2) M. Hist. Nat.—N.º 203

PEÑAFLOR

En este lugar, realizó, hace algún tiempo, un descubrimiento importante el Sr. D. Antonio Meneses, á cuya bondad debemos los detalles que á continuación exponemos.

Entre Peñaflor y Puebla de los Infantes, hay una gran extensión de terreno micáceo primitivo, cubierto por una capa de arcilla pliocénica; el tránsito por la vereda que pone en comunicación ambos pueblos, hendió la capa de arcilla, que al poner al descubierto el lecho inferior, hizo aparecer en él algunas vetas cobrizas: estudiadas éstas, y siguiendo la dirección que marcaban, dióse bien pronto con un filón de mineral, tan rico, que daba un 70 por 100 de cobre. Procedióse á la explotación de la mina, y en los trabajos sucesivos, pudieron notarse ciertos socavones hechos en la masa mineral, que hacían sospechar, que el yacimiento pudiera haber sido explotado en épocas remotas. Sin embargo, de este punto no se hubiera podido pasar, si en cierta ocasión no se hubieran hallado, en uno de aquellos socavones, los huesos pertenecientes á dos esqueletos humanos y, junto á ellos, dos martillos de piedra. Se estaba, pues, en presencia de los restos de dos de aquellos primitivos mineros.

De los dos esqueletos, ninguno pudo ser completado, pues los huesos, á causa de la acción del agua, se deshacían al ser tocados y solo pudieron recojerse algunos, entre ellos un cráneo completo, que merced á su situación especial, estaba, por decirlo así, cuprificado, pues, á semejanza de lo que ocurre en la petrificación, el fosfato de cal se había transformado en fosfato de cobre, dando á los huesos un color verdoso, como si estuvieran hechos de láminas oxidadas de aquel metal (1).

(1) El cráneo y uno de los martillos pueden verse en el M. de Hist. Nat.—N.º 164.

Ahora bien; que estos restos son prehistóricos, lo prueba, además del hallazgo de los martillos, que tienen aquel carácter, el método de explotación empleado en la mina, que no puede ser más primitivo. Se limita á practicar una excavación; siendo de notar, que la naturaleza del mineral es tal, que puede fácilmente arrancarse hasta con un palo de madera dura: al hacer este socavón, no se adoptaban precauciones de ninguna clase, por lo cual, no serían poco frecuentes los hundimientos. Uno de estos ocasionó, sin duda, la muerte de los dos individuos, cuyos son los restos de que tratamos, los cuales fueron sorprendidos en su trabajo por el derrumbamiento.

Esta es la hipótesis más lógica, pues no cabe suponer que fuesen fenicios los mineros de Peñafior, dado que éstos conocían procedimientos de explotación más perfeccionados y científicos, y no se limitaban, como hacían éstos, á beneficiar solamente el mineral rico y fácil de extraer.

Como quiera que acerca de este asunto hemos de decir algo más adelante, no insistimos más en él por ahora. Por lo demás, Peñafior no nos dá, que sepamos, más datos que los anotados, y siendo éste el último punto del valle del Guadalquivir, limítrofe ya á la provincia de Córdoba, pasamos á describir los yacimientos situados en la segunda de las regiones en que hemos dividido el suelo de nuestra provincia.

2.^a REGIÓN

LAS VEGAS

En esta, más que en ninguna, existen yacimientos y estaciones de importancia, y el interés que ofrece su estudio es tanto mayor, cuanto que solo en ellos han sido realizadas excavaciones metódicas, que han proporcionado materiales abundantes y de gran valor arqueológico, como veremos á continuación.

CARMONA

A esta ciudad, una de las más populosas y ricas de la provincia, parece haberse recogido todo el movimiento de investigación, merced á los trabajos de la Sociedad Arqueológica allí fundada, y á los esfuerzos de exploradores, que como los Sres. Fernández, Bonsor, Peláez y otros muchos, tantos materiales han logrado extraer de las excavaciones que han llevado á efecto en varios puntos de los alrededores de la ciudad.

Ya los dos primeros citados señores, habían desenterrado una necrópolis romana, única en España, y motivo de gloria para Carmona, y ahora, en estos últimos tiempos, el Sr. Peláez ha conseguido des-

cubrir otra necrópolis prehistórica, que convenientemente explotada, ha sido mina abundantísima de riquezas arqueológicas. Con ellas se ha fundado el primer museo local, no menos importante por el número de los objetos reunidos, cuanto por el valor científico de muchos de ellos, y que examinaremos algo detenidamente, pues han de ser base de importantísimas inducciones.

Mas, para proceder metódicamente, estimo más conveniente describir y estudiar primeramente el lugar de explotación, dejando para despues el exámen de los objetos extraídos.

La necrópolis de que se trata, hállase situada á 4 kilómetros al ^{oeste} Sudeste de la población, en una pequeña altura, á la izquierda de la carretera general de Madrid, formando una elevada meseta, que se limita al lado opuesto por hondo tajo de roca arenisca, y á derecha é izquierda por los predios llamados del *Soldado* y *Acebuchal*. En toda la extensión de la meseta, se levantan pequeñas eminencias, conocidas vulgarmente con el nombre de *motillas*, en número bastante crecido, las cuales ocultan en su interior huesos humanos y toda clase de restos de una primitiva civilización. Desde aquella eminencia, la vista se pierde en las vaguedades del lejano horizonte; la fértil vega andaluza se desarrolla como lago inmenso de aguas terrosas, dormidas, petrificadas, y su vasta extensión se vé cerrada, allá lejos, por el rocoso círculo de montañas, cuyo perfil destácase sobre el cielo con líneas confusas y formas indecisas. En aquel sitio encantador, adonde traen las áuras todo el perfume de las flores de la vega y adonde llegan primero los rayos del sol que nace; en la roca terciaria que forma el subsuelo, cavaron los hombres de muy apartadas edades las sepulturas para sus muertos y erigieron los túmulos, que hoy abren otros hombres, para arrancar á los restos petrificados que encierran, el secreto de su vida.

Muchos han sido excavados, y desde luego, pueden dividirse en dos grupos; unos, en los que se recojen objetos de sílex, huesos grabados y trozos de vajilla mezclados con huesos humanos, y que no dan ni un solo objeto de metal; y otros, en menor número, en los

cuales los restos humanos aparecen calcinados, y de los que se han extraído los ejemplares de cobre y oro con que cuenta el Museo.

La construcción de ambas clases de túmulos es muy semejante, aunque, sin género de duda, pertenecen á distintas épocas. Unas veces, en la roca arenisca de la meseta se abría una cavidad rectangular, que constituía la verdadera sepultura, en la cual se colocaba el cadáver; el interior de la cavidad se rellenaba de arena fina, se cubría con un gran montón de piedras pequeñas, y el todo se ocultaba con una capa de tierra de bastante espesor: otras veces, en vez de excavar la sepultura en la roca, se formaba la cavidad con piedras, que en algunos túmulos se ven unidas con barro, y sobre ellas se construía el montículo. Como detalle curioso, que se repite constantemente en todos los túmulos, citaremos el hecho de que sobre las piedras que forman sus núcleos, está siempre colocada una capa de 5 á 10 cm. de espesor de una tierra amarillenta, distinta de la rojiza, propia de la meseta, y que tenían que trasportarla de la parte inferior del tajo.

Obedeciendo á la costumbre practicada en todos los enterramientos primitivos, costumbre nunca olvidada porque tenía su fundamento en creencias religiosas, que ya en esta época empezaban á desarrollarse, todas estas sepulturas tienen su orientación al Este, aunque con la inseguridad propia de aquellas gentes, que solo podían tomar por punto de mira, aquel por el cual el sol aparece.

Por último; encuéntrase, en la parte exterior de cada enterramiento, una ó varias piedras de forma especial, que reproducen toscamente las formas de todo el cuerpo ó de la cabeza de un animal, y obsérvanse en muchos de ellos, señales de hogueras que ardieron sobre los túmulos, antes de que fueran cubiertos con la espesa capa de tierra que forma su exterior.

Nada diremos de dimensiones, que no pueden ser seguras, á causa del desorden con que se ofrecen las distintas partes que en estas construcciones hemos señalado, debido á la acción de muchos agentes, de los que, el principal es, sin duda, el tiempo; baste saber;

que la magnitud de los túmulos varía, como debía de variar la categoría del muerto, en cuyo honor hubo de levantarse cada uno (1).

Desde la base de la meseta, se extiende en suave declive, abriéndose hacia la vega, un campo lleno de grandes trozos de roca, desprendidos de la altura, y en el cual se recogen, á centenares y sin gran trabajo, objetos de sílex tallado; allí se ven, en dos sitios algo apartados el uno del otro, restos de construcciones, formadas con enormes piedras (2). Este campo y estas construcciones y las grutas que, sin duda, hubieron de abrirse en la cortina de rocas, y cuyas entradas aún se pueden señalar, apesar de estar cegadas, fueron el lugar de habitación de los hombres que erigieron para sus muertos los túmulos ya descritos. Aquí es en donde ha de encontrarse el filón más rico de objetos, con los cuales ha de obtenerse el conocimiento perfecto de las costumbres y género de vida de aquellas gentes, y han de tener plena confirmación las deducciones, que del estudio de los materiales hallados en las sepulturas, hagamos.

Hecho el estudio y la descripción del lugar, pasemos á ocuparnos de los objetos extraídos de él. Forman éstos, como hemos dicho, una colección numerosa, por todo extremo interesante, y en ella se

(1) No obstante esta dificultad, el Sr. Peláez há podido señalar las dimensiones de algunos, en esta forma:

Número	Diámetro	Altura
1	17 m.	2,50 m.
2	9 »	2 »
3	13 »	2 »
4	14 »	2,50 »
5	19 »	2,50 »
6 (túmulo blanco)	5 »	5,40 »
7	19 »	2,50 »
8 (túmulo de D. Modesto)	30 »	7 »

(2) No nos referimos á los restos de construcciones dolménicas que allí señalan algunos y que, como dijimos antes, no son más que grandes piedras caídas de lo alto del tajo.

señalan grupos perfectamente separados, algunos de los cuales, pueden considerarse como notas distintivas de este yacimiento.

Desde luego há de observarse, respecto á los objetos de sílex, el número excesivo de pequeños y finos buriles de punta aguzada,



Figura 3.



Figura 4.



Figura 5.



Figura 6.

que constituyen la base de la colección. Los hay triangulares, como los representados en las figuras 3 y 4; fuertes y gruesos, figuras 5 y 6,



Figura 7.



Figura 8.

como para obrar sobre objetos duros; otros de formas especiales, figuras 7 y 8, que presentan una punta prolongada y fina, unida á

un grueso núcleo muy apropiado para ser manejados con comodidad; algunos muy delgados y curvos, figura 9; otros pequeños y

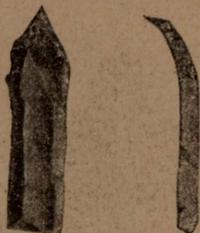


Figura 9.



Figura 10.

esmeradamente tallados, figura 10, apropiado para ejecutar obras de gran delicadeza, y por último, muchos, figuras 11 y 12, que tanto



Figura 11.

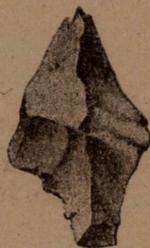


Figura 12.

pueden ser considerados como buriles desgastados, como pudieron servir de pequeños raspadores.

Muy abundantes son también los raspadores, ofreciendo gran variedad en formas y tamaños: las figuras 13 y 14, son muestra de

los más generales, y el que representa la figura 15, ofrece caracteres muy notables, provisto como se halla de una prolongación á manera de mango.

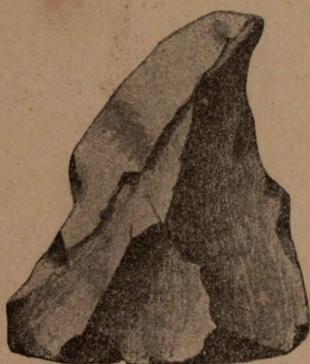


Figura 13.

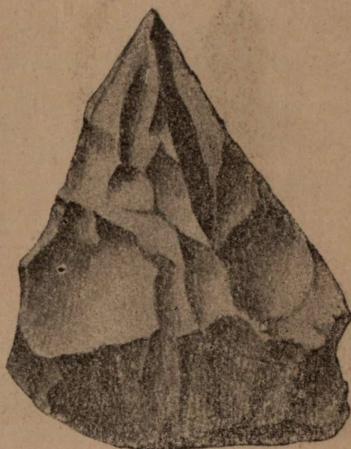


Figura 14.



Figura 15

Otra multitud de objetos completa la industria de sílex de Carmona, y entre ellos son muy frecuentes, cuchillos, de los cuales presentamos uno como modelo en la figura 16; todos son, en efecto, de forma análoga á la de éste y sólo varían en la longitud y grueso de la lámina.

Otros instrumentos muy curiosos los constituyen delgadas sierras muy bien trabajadas, figura 17; hay muchos, informes, que parecen restos de fabricación, porción de astillas y de núcleos, y,



Figura 16.



Figura 17.

por último, algunas, no muchas, puntas de flechas, unas del tipo que representa la figura 18, y otras con aletas ó prolongaciones en su base como la de la figura 19.



Figura 18.



Figura 19.

El carácter principal de esta industria de sílex, revelado en los

objetos que hemos citado, es la tosquedad relativa de la talla. No hay entre todos ellos, ninguno en el que se presente esa talla delicada, esa minuciosidad y esmero que convierten á muchos de los que admiramos en los museos prehistóricos, en verdaderas obras maestras de paciencia y de labor. Aquí no hay, por decirlo así, lujo en el retallado: el objeto se modela para un fin útil, y una vez obtenido éste, se acepta, sin emplear en él más trabajo; cuando se quiera una punta aguzada, no importará que las otras partes del instrumento sean deformes; cuando se desee una arista cortante, únicamente á conseguirla se aplicará el esfuerzo; así vemos, que todos los buriles tienen una punta perfectamente útil, conseguida con todo esmero y hasta con delicadeza, y el resto es de formas abigarradas y extrañas; y lo mismo decimos de los demás instrumentos.

Esto revela, que la de sílex, no fué en Carmona una industria final, sino una industria que servía de instrumento de trabajo para otra industria, que, en orden á la división del trabajo, podemos llamar de segundo grado.

Cual fuera esta industria á la que servían los objetos de sílex y en la que pudo emplearse la actividad de los carmonenses, nos lo dicen gran número de grabados en hueso, que constituyen otra de las notas características del yacimiento que estudiamos.

Distínguense estos grabados por la verdad y la soltura en la ejecución que revelan: el asunto está bien comprendido y bien tratado, y dentro de la infantil inexperiencia del arte, no puede pedirse más vida ni más realidad á lo representado. El motivo es en todos ellos, á lo menos, en los que han podido recojerse, la representación de un animal. Unas veces, aparece éste aislado, como puede verse en la figura 20, que retrata á una especie de gacela ó antílope de formas esbeltas y de cuernos retorcidos, y otras acompañado de animales de su misma especie. No hay verdadera composición en estos dibujos: los animales, casi siempre, van colocados uno detrás de otro como en la figura 21, pero ya en este respecto revela un gran ade

lanto el dibujo de la figura 22, donde se altera el orden de colocación, y aún se añade, con los troncos de árboles indicados en él, un rudimento de paisaje.



Figura 20.—4/5

En estos tres dibujos se nota desde luego la seguridad del trazo y la limpieza de la línea, que prueban una gran práctica artística; la perspectiva falta, es claro, pero el movimiento está perfectamente señalado y, aunque todos los objetos se hallan en un mismo plano, no hay esos entrecruzamientos de líneas que indi-



Figura 21.—4/5

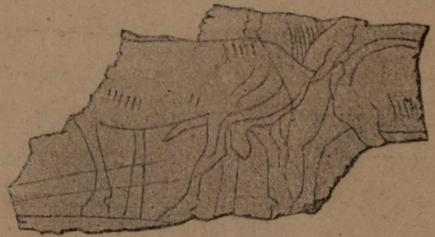


Figura 22.—4/5

can lo que debía estar oculto, esas posiciones violentas y falsas, ni esas desproporciones que se ven en otros dibujos prehistóricos. Para hacer ver con más claridad el perfeccionamiento que revelan estos de Carmona, reproducimos en la figura 23 el grabado conocido generalmente con el nombre de *caza del bisonte* (1), que escojemos entre



Figura 23.—1/3

las otras obras de arte pertenecientes al período artístico más floreciente de *Madelaine*. La diferencia entre este dibujo y aquellos, no puede ser más notable: el artista de Laugerie-Basse parece que se inspiró solo en el recuerdo, el de Carmona parece que se inspira en el natural; aquel no tiene idea de la realidad, éste la copia; la proporción, que allí es desconocida, guía aquí el trazado, y por último, la ejecución es ahora tan delicada y la labor tan fina, cuanto antes era basta y grosera.

Aunque la dificultad que ha habido para recojer estas plaquitas de hueso de las tumbas, y aun para fijarlas, de modo que pudieran conservarse y ser estudiadas, han hecho que sean pocos los grabados con que cuenta la colección Peláez, todavía, además de los anteriores, hay algunos tan notables como los que representan las figuras 24 y 25; en la primera, figúrase un pez colocado entre otros dos, de los que sólo se vé la cola de uno y la cabeza de otro, según el orden de colocación, tan empleado por los artistas primitivos, en

(1) Grabado en un bastón de asta de reno y proveniente de *Laugerie-Basse* (Dordogne); colección E. Massenat.

rosario ó en *procesión*; y la segunda, reproduce un trocito de hueso en el que ha quedado grabada la cabeza y parte del cuerpo de un ave, preciosa muestra de trabajo fino y esmerado.

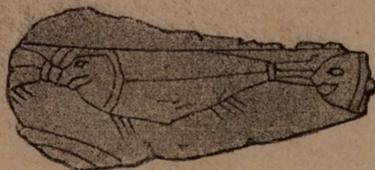


Figura 24.



Figura 25.

Como vemos, los asuntos artísticos son proporcionados casi exclusivamente por la fauna; pocas representaciones tenemos de flora, y éstas con carácter de secundarias; así, en la figura 22, se pueden ver troncos de árboles entre los cuales pastan los animales; en la figura 26, que á continuación insertamos, se reproducen dos flores de

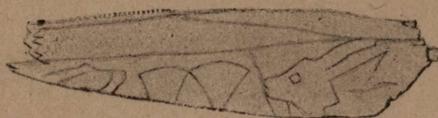


Figura 26.

loto, colocadas entre dos cabezas de antilope en actitud de morderlas, y en algún otro grabado se dibujan otras formas vegetales poco notables.

Por último; pertenecen á este grupo algunos objetos importantísimos, que estudiamos aparte, porque no pueden ser incluidos en-

tre las obras de arte indígena descritas, sino que han de considerarse como productos de artes extrañas. Dos de estos objetos los reproducimos en las figuras 27 y 28, para que pueda verse lo delicado de su trabajo y lo característico de su factura. Son dos pequeñas



Figure 27.—4/5



Figura 28.—4/5

placas de hueso, en una de las cuales, se dibuja el perfil de un rostro humano, y en la otra, que se halla calcinada, el de un carnero, obtenidos por medio de calados y recortes de líneas limpias y perfectamente dibujadas. Á primera vista resaltan en estos objetos caracteres muy especiales: la cabeza de la figura 27, hállase cubierta con el tocado egipcio y su perfil parece copiado de las pinturas y grabados que adornan las paredes de los *mastabas* de Memphis; la nariz recta y los labios gruesos; el torso de anchos hombros, colocado de frente; todos los caracteres indican, que estamos en presencia de un objeto artístico de procedencia egipcia: la cabeza de carnero, que á manera de ménsula, sostiene una pequeña cornisa, ofrece por su parte formas asirias, tan claramente acusadas, que parecen arrancadas de los toros alados que adornaban los palacios de *Khor-sabad* y de *Koyoundjik*. Se presentan, pues, aquí, aunque parezca extraño, dos objetos que se refieren directamente á artes orientales, objetos que nada hace creer sean de fabricación indígena, y cuyos

caracteres conducen á suponer, por el contrario, que fueron traídos de los mismos lugares de origen; mas ésto, que parece extraño á primera vista, tiene, á juicio nuestro, una explicación natural, que resultará de la consideración que hagamos de la época á que se refiere el yacimiento en que aquellos objetos han sido encontrados, y que daremos al hacer su estudio crítico.

Otro grupo, quizás el más notable de todos los del museo y desde luego el más completo, es el de la vajilla. Pocos han sido los objetos de barro que se han logrado intactos ó han podido reconstruirse con trabajo, pero éstos, de escaso mérito, no han de ocupar nuestra atención: el estudio que hagamos, ha de tener por objeto los muchos trozos de vasijería labrada que han sido recojidos, en los cuales se puede seguir, casi paso á paso, toda la evolución y el desarrollo del adorno. El motivo de decoración es siempre la línea recta, que ora es un trazo continuo, ora es quebrada, en forma de zig-zag, ya se presenta aislada, ya en combinaciones elementales, en que alternan líneas rectas y en zig-zag, ó en que se busca el efecto artístico por medio de transversales dirigidas todas en un mismo sentido ó cruzadas. Desde la sencilla alternancia de fajas longitudinales y transversales, figura 29, y desde la grosera labor de líneas en zig-zag de

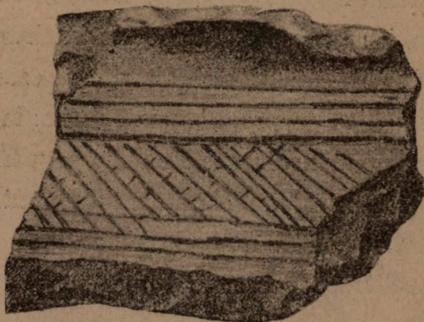


Figura 29.

la figura 30, se pasa á motivos algo más complicados; bien combinando en la faja de transversales la dirección de las líneas, de modo



Figura 30.

que formen redes romboidales, figura 31, bien intercalando el zig-

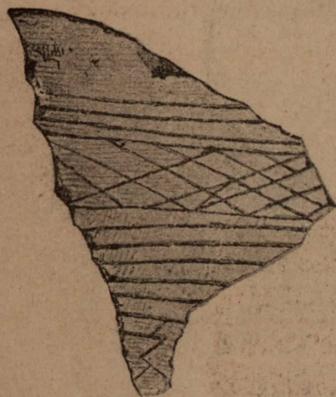


Figura 31.

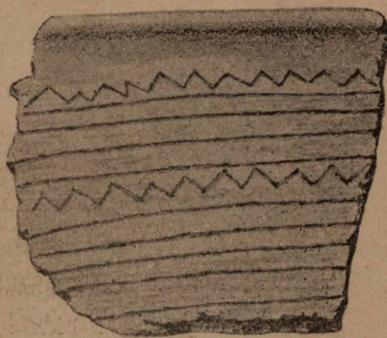


Figura 32.

zag entre las fajas longitudinales, como se ve en la figura 32. Otro

adelanto muy notable representan las figuras 33 y 34, en las que se ve aplicado, de un modo rudimentario, el principio del claro-oscuro,

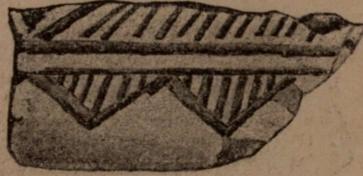


Figura 33.

obtenido con muy buen sentido, en estos dibujos, por medio de fajas lisas ó en luz, bien rectas ó en zig-zag, que alternan con otras raya-



Figura 34.

das en sentido transversal ó perpendicular. De la línea continua se pasa por evolución, á la línea discontinua ó de puntos; y ahora, con

este nuevo elemento, se repiten los mismos motivos ornamentales y se emplean otros nuevos, dentro también de una más esmerada ejecución; así, en la figura 35, aparece la línea recta y el zig-zag, y en

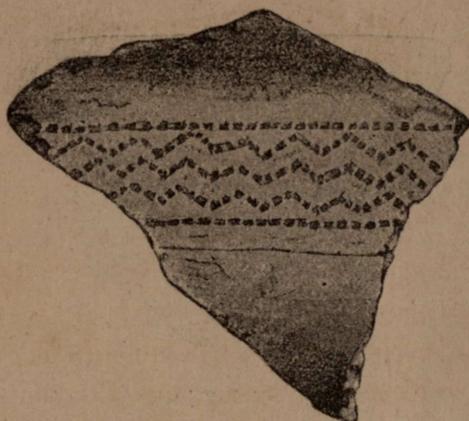


Figura 35.

las 36 y 37, se aplica á estas combinaciones rectilíneas el principio del claro-obscuro, obtenido, del mismo modo que anteriormente, alter-

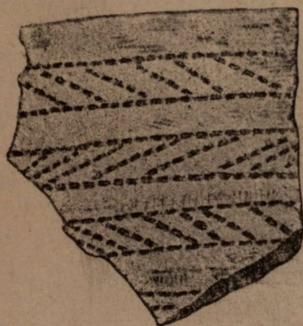


Figura 36.

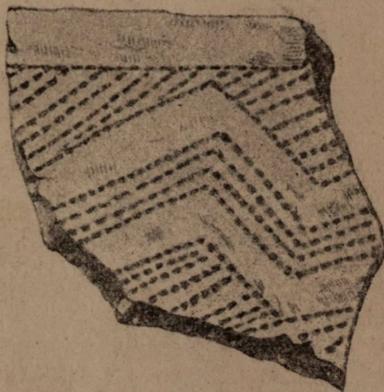


Figura 37.

nando fajas rectas, lisas, con otras de líneas punteadas transversales, figura 36, ó gruesos zig-zags en luz, con zig-zags y transversales en sombra, figura 37. De aquí se pasa al empleo de ornamentos poli-

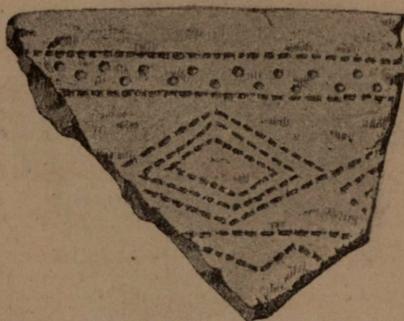


Figura 38.

gonales y á la transformación de la línea discontinua en puntos aislados perfectamente redondos, hechos, al parecer, con punzón, y artísticamente combinados. En la figura 38, se ven estos dos ele-



Figura 39.

mentos muy bien tratados: los puntos, colocados simétricamente, conservan aún la dirección en zig-zag, y á los rombos lisos se ha conseguido darles relieve, por medio de las fajas de puntos, que los circunscriben siguiendo sus perímetros. Por último; la figura 39 presenta otro elemento, conseguido por la combinación de dos sistemas de líneas perpendiculares entre sí, que forman una red cuadrada: las líneas, que han profundizado en la arcilla, han dibujado una especie de ajedrezado en relieve, ó mejor, una faja de puntos semejantes á las conocidas con el nombre de *puntas de diamante*.

Basta lo dicho para asegurarse de la importancia que realmente tiene esta colección, para estudiar, como decíamos antes, toda la evolución que han seguido las líneas ornamentales, pues en los numerosos trozos que la forman, se va pasando de un elemento artístico á otro, hasta llegar al empleo de la línea circular. Cerca de treinta son los ejemplares que constituyen la colección; siendo de notar, que en cada uno de ellos, varía la decoración, de modo que puede asegurarse, que no hay museo prehistórico que pueda presentar una tan notable como la reunida en Carmona. Distínguense, en efecto, las composiciones, por su mayor gusto y variedad, respecto á las que ofrecen las demás estaciones neolíticas y de transición descubiertas en la Península, tales como la Gerundia, los Toyos, Tres Cabezos, la Pernerá, Segóbriga, Tarragona, Sabroso y Campos, y hasta resultan dichas composiciones superiores á las que exornan los vasos de Argar, apesar de ser considerados éstos como el prototipo de los de la edad metálica, por la belleza y sentimiento de su galbo (1); y aun podemos asegurar, que ninguna estación del extranjero ha proporcionado tan abundante y variado material, pues si bien en algunos museos se estudian colecciones numerosas, los trozos tienen procedencias diversas.

Es, pues, la nota característica de la cerámica carmonense, la

(1) A. F. Casanova.—*Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de S. Fernando*: año XIII, pág. 314.

variedad, así como la del grabado fué la perfección: la mano de obra no es muy esmerada, y aunque se observa un gran adelanto desde los trozos representados en las figuras 30 y siguientes, hasta los que se reproducen en las 36 y 39, tanto en la factura, cuanto en la naturaleza de la pasta, no llegan, sin embargo, á presentar todavía la regularidad en la línea, la simetría y la esmerada ejecución que revelan otros ejemplares pertenecientes á estas mismas épocas, en las que aún el torno era desconocido. Parece, que estos eran objetos de comercio, en los que el adorno no era esencial, y aún es posible que la misma abundancia de pedidos y la falta de tiempo, impidiera á los artífices poner gran cuidado en ejecutar estos detalles de ornamentación: hoy mismo los alfareros no se esmeran mucho al adornar los objetos vulgares que fabrican, y, apesar del torno que emplean, no brillan estos adornos ni por el gusto ni por la regularidad y simetría de la línea. Por lo demás, creemos que el pueblo que grababa en hueso dibujos tan bellos como los examinados anteriormente, era capaz de hacer también en la cerámica verdaderas obras maestras; y no hay duda que las hizo, y que quizás ellas hubieran sido la base de la fama que pudo tener la industria de Carmona, y como resultado de ella, del comercio, cuya existencia lógicamente hemos inducido de la abundancia de restos (1).

(1) Opónese, sin embargo, á esta inducción el hecho de haber sido encontrados todos estos restos de vasijas, en sepulturas. Sabido es, en efecto, la costumbre, siempre observada por estas gentes primitivas, según la cual, habíanse de colocar al lado del muerto sus mejores vestidos, sus armas más bien fabricadas, los más escogidos alimentos y los más ricos objetos de uso doméstico: teniendo en cuenta esta costumbre, parece lo más seguro inducir, que los referidos ejemplares de vajilla, recogidos de las tumbas, son las mejores obras de la cerámica carmonense prehistórica. Sin embargo, no podemos decidirnos por ésto, que pugna abiertamente con el sentimiento artístico tan desarrollado, con el adelanto industrial que revelan los grabados antes descritos. De todos modos, la cuestión no puede resolverse tan fácilmente y tiene que estar pendiente de los nuevos descubrimientos que puedan hacerse en adelante, y sobre todo, de los que se leven á cabo en los lugares de habitación que anteriormente señalamos.

Los hombres que allá en la obscuridad de los tiempos, poblaron esta comarca y fabricaron los objetos que acabamos de estudiar, no han dejado solamente los restos de su industria ocultos entre la tierra que los alimentó y que cubrió sus sepulturas; también legaron á las edades actuales documentos de más valor, pues que dejaron sus propios huesos, con los cuales podemos hoy reconstituir aquella raza y determinar su lugar en la serie de las que pasaron por nuestro suelo. Ahora bien; los caracteres de los numerosos cráneos recogidos, permiten afirmar, sin género de duda, que pertenecen á razas superiores, tales como las de Cro-Magnon, y aún diríamos á las de Furfooz, si no fuera porque hay datos seguros, como veremos más adelante, para poner en duda la permanencia de estas últimas en nuestra España, y hasta para negarla en absoluto.

Para terminar el exámen de este notable museo, citaremos gran número de hachas, martillos y raspadores de piedra pulimentada, fabricados con trozos de diversas rocas. Según el Sr. Calderón, «la mayoría proceden de núcleos de diabasa, hay algunos instrumentos de diorita, otros de porfiritita y pórfido piroxénico, de fibrolita, de eclogita, exactamente igual á la hallada en el Pedroso (1), y un hacha de serpentina» (2): ninguna de estas rocas existe en esta región y solo proporciona algunas de ellas la Sierra Morena; en este hecho, pues, podemos fundarnos, para suponer la existencia de un comercio activo que uniría á Carmona con los centros productores de aquellas substancias. Lo mismo podemos decir de los objetos de adorno encontrados en algunos túmulos, tales como un collar de conchas horadadas y sobre todo, de algunos pequeños trozos de minerales que han sido recogidos: son estos minerales (1), una limonita terrosa,

(1) S. Calderón: *Eclogita del Pedroso*: (*Anales de la Soc. Esp. de Hist. Nat.*: T. XVII.)

(2) Cabrera y Diaz.—*Una excursión á los yacimientos prehist. de Carmona*.) *A. de la S. E. de H. N.*: Serie II, T. III: pp. 104 y sig.)

(1) Cabrera y Diaz: *Id. id.*

que tiñe de color pardo; ocre, que lo hace de rojo; malaquita, de color verde claro y que en las partes mezcladas con la limonita dá por trituración un polvo pardo verdoso; un lignito negro y bastante ligero, que produce un color sombra, y algún trocito de cinabrio, de calcosina y de hematites: como quiera que ninguno de estos minerales se dán en la localidad, su existencia es señal indudable de la del comercio; y en cuanto á su uso, la corta cantidad en que se encuentran, su misma variedad, así como el hecho de ser todas sustancias colorantes, demuestran que fueron empleados en el tatuaje con que, sin duda, aquellas primitivas gentes adornaron sus cuerpos.

Como objetos por todo extremo curiosos del museo, citaremos las piedras que afectan formas de animales, en que ya nos ocupamos más arriba, y que, como allí dijimos, fueron halladas, una en cada túmulo. Son trozos de arenisca, groseramente desbastados, sin pulimento, y en algunas de ellas, solo una muy buena voluntad puede ver el perfil de un animal, que suele, á lo [sumo, ser fantástico: no obstante, en las figuras 40 y 41, que damos á continuación, sin

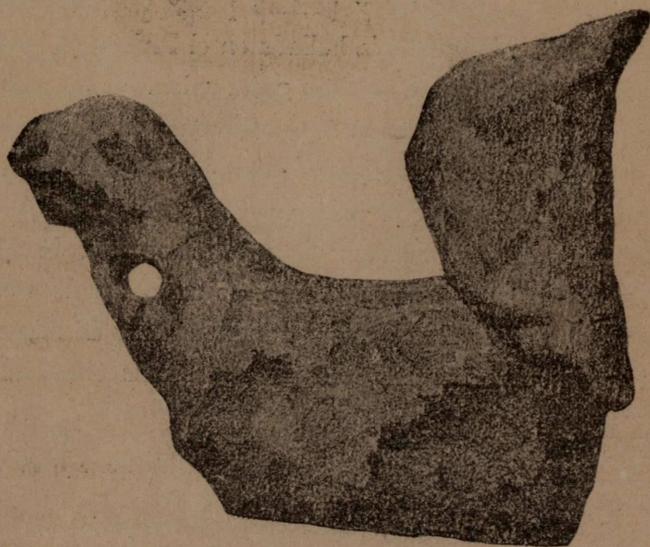


Figura 40.

duda alguna, se ha querido representar, una gallina en la primera y la cabeza de un camello en la segunda; la representación es tosca, pero las señales de la labra han quedado marcadas, y las formas que se obtuvieron no pueden confundirse con las abigarradas que sue-



Figura 41.

len proporcionar las concreciones, tan abundantes en esta clase de terrenos. Á la misma idea que llevó á los constructores de los túmulos carmonenses, á colocar en ellos sendas piedras de las citadas, obedeció también la disposición de seis piedras fusiformes, de 20 á 24 cm. de longitud, que fueron halladas en la cima del túmulo más grande de los excavados: estas seis piedras formaban en círculo alrededor de otra, que se levantaba en el centro, á manera de pequeño *menhir* rodeado por un *cromlech*. Cuál fuera esta idea y qué representara la costumbre, ya tendremos ocasión mejor para verlo.

Por último; cerramos la especie de catálogo que del museo he-

mos formado, con los varios objetos de cobre que las exploraciones han proporcionado (1). Son éstos, un hacha parecida á las que más adelante estudiaremos halladas en el Coronil, puntas de lanza y de flecha, anzuelos y arpones, agujas y clavos, broches, alguno de los cuales está chapado de oro, brazaletes y otros muchos objetos de adorno y de uso diverso. En suma, una pequeña colección, no muy abundante, pero variada, que demuestra lo adelantada que estuvo la industria del cobre en Carmona.

De la rápida descripción que hemos hecho, resulta determinada la época á que pertenece este yacimiento. Su industria abraza dos periodos; el neolítico y el del bronce, pudiendo ser considerado como de transición entre ambos y ofreciendo circunstancias muy notables que plantean un problema por todo extremo interesante.

Habíamos señalado, como una de las notas distintivas del museo, la abundancia de los buriles de punta y los dibujos en hueso que con ellos se grabaron: esto demuestra la existencia de un arte muy extendido, como formando el carácter propio de la tribu carmonense, carácter que se refiere al período de *Madelaine*, dentro de la época cuaternaria. Junto con este dato, tenemos cráneos humanos pertenecientes á individuos de raza cromagnana, y ambos datos constituyen uno de los elementos del problema. El otro se deduce de la industria completamente neolítica que en el museo se ha recogido, á la cual pertenecen las armas pulimentadas, los restos de vajilla, y sobre todo, el hecho de haber encontrado todos estos objetos en una necrópolis. Como quiera que este mismo problema se ha de presentar en otros yacimientos de la provincia, déjamos su resolución para la Parte Crítica, limitándonos aquí á apuntarlo, por ser éste el lugar en que más claro se encuentra.

(1) Ensayados estos objetos en el laboratorio de la Universidad de Sevilla, se ha visto que el material empleado en su fabricación es, como hemos dicho, cobre puro, sin mezcla de estaño y con muy poco hierro.

No es solamente esta necrópolis el sitio de donde se han extraído objetos prehistóricos en Carmona: por el contrario; son tan numerosos los yacimientos en sus alrededores, que no dudamos, que al querer citarlos todos, dejemos muchos olvidados.

Ocupará el primer lugar por su importancia, el descubrimiento realizado en el sitio llamado *Las Cumbres*, de una sepultura que presentó caracteres muy notables. En una excavación rectangular practicada en la roca, hallóse el esqueleto, descansando sobre una capa de guijarros muy bien colocados, y á su lado recogieronse una vasija grande y dos pequeñas, todas muy toscas, de fondo curvo y hechas á mano, y un largo cuchillo de sílex: el cráneo ofrece caracteres muy primitivos, y ya que no sea de la raza de Canstadt, se debe suponer un caso de atavismo (1). De este mismo lugar procede también una punta de lanza de cobre y una cruceta (2), un trozo de sierra adornada con una línea en zig-zag y otros varios objetos (3).

Del cerro que forma el túmulo llamado de *Ranilla*, aún sin explorar, procede un magnífico martillo, como de dos decímetros de longitud, que no presenta señales de haber sido usado (4); y del sitio conocido con el nombre de *El Picacho* un cuchillo de sílex (5).

En la *Higuerilla*, encontróse hace poco una especie de pozo con un ensanchamiento en su parte inferior, donde habían sido coloca-

(1) El cráneo y algunos de estos objetos se hallan en el Museo de la Sociedad Arqueológica de Carmona: véanse, para lo referente á este hallazgo, las actas de esta Sociedad, publicadas en «*La Verdad de Carmona*» (10 de Agosto 1888).

(2) Ambos objetos están en poder de D. Manuel Sales Ferré.

(3) Los posee D. Claudio Cadena, vecino de Carmona, así como también algunos de la sepultura antedicha.

(4) Museo de la Sociedad Arqueológica de Carmona.

(5) Museo Historia Natural. Núm. 414 c.

dos varios cadáveres, cuyos huesos no pudieron recogerse, á causa del mal estado de conservación en que se hallaban; pero este dato aislado nada puede decirnos acerca de la época del enterramiento, que por la forma pudo ser romano, y solo á título de información lo citamos aquí.

En las llamadas *Cuevas del Judío*, existen muchas que han sido habitadas desde la más remota antigüedad: una de ellas, explorada por el Sr. Peláez, proporcionó gran cantidad de vestigios romanos, debajo de los cuales, constituyendo un lecho inferior, halláronse porción de restos prehistóricos de la misma clase que los extraídos de la necrópolis.

Próximas á estas grutas, hay unas canteras, que sin duda explotaron aquellas gentes, pues en sus inmediaciones fueron enterrados, en pequeños y modestos túmulos, los que en ellas trabajaron: algunos, abiertos por Mr. Jeorges Bonsor, presentaron una excavación, donde el cadáver fué colocado, cubierta por una capa de guijarros, y el todo protegido por el correspondiente montículo de tierra.

Los dos más importantes descubrimientos, han sido realizados no hace mucho tiempo: el primero consistió en la exploración de un túmulo de 18 m. de diámetro en la base y 4 m. 50 cm. de altura, próximo al sitio llamado *Cuevas de la Batida*, á dos kilómetros de la población. Halláronse en la parte exterior de este túmulo, 16 hornos de forma elíptica, de 1 m. 75 cm. en el eje mayor y 1 m. 25 cm. en el menor, por 80 cm. de altura, contruidos todos de mampostería recubierta con una capa de arcilla, y provistos de su correspondiente chimenea, en forma de embudo, con el ensanchamiento hacia el exterior. Para qué pudieron servir estos hornos, nos lo dicen los

huesos humanos carbonizados que en el interior de ellos se encontraron. Eran hornos crematorios de cadáveres; presentando la notable particularidad, de que en ellos no se ha encontrado la menor partícula de carbón y sí impregnada la ceniza, de una sustancia grasienta. Del objeto para qué fueron contruidos, se deduce la época á que pertenecen, pues sabido es, que hasta la del bronce, no aparece la cremación: ahora bien; aquí se repite el problema que notamos en la necrópolis, á saber; que los objetos encontrados en este túmulo pertenecen á la industria neolítica, pues son taladros y cuchillos de sílex pulimentado, conchas de varias clases y trozos de vajilla, en tanto que ningún objeto de bronce ha podido ser extraído. Este problema ha de tener la misma solución que más adelante hemos de dar al anterior, á saber; la supervivencia de la industria perteneciente á una edad, en la siguiente, de la cual se encuentran señales en la costumbre supradicha y en la clase de la vajilla, que está hecha á torno.

Todos estos hornos y los objetos citados, encuéntranse en los dos tercios superiores del túmulo; el tercio inferior ha sido también explorado, proporcionando restos que, al parecer, deben ser incluidos en otra época. Bajo una capa de piedras, que cubría otra espesa de arena, hallóse un esqueleto humano, en mal estado de conservación, siendo de notar el desmesurado grosor de los huesos del cráneo y la tosquedad de las armas de sílex tallado que junto á él se encontraron (1).

El segundo descubrimiento ha resultado de la metódica exploración llevada á cabo por Mr. Georges Bonsor, en el túmulo de la *Aleantarilla*, á poca distancia de Carmona y cerca de la llamada

(1) En lo que llevamos dicho de este túmulo, nos hemos atendido á los informes proporcionados por el mismo explorador, Sr. Peláez, y al artículo publicado por éste en «*La Andalucía Moderna*» de Sevilla, de 25 de Julio del 93.



Huerta de Abajo. Está formado el túmulo por una excavación rectangular, cubierta por un montón de tierra vegetal; sobre ésta, colocóse una gruesa capa de un barro arcilloso compacto, y tan duro, que las raíces de los árboles no han podido atravesarlo, y el todo cubrióse con otra capa de tierra vegetal, hoy plantada de olivos. Practicada una galería subterránea, llegóse hasta el centro del montículo y en él se observó inmediatamente la existencia de abundantes residuos de carbón, que llenaban toda la excavación rectangular y que estaban mezclados con huesos humanos y restos de tejidos completamente carbonizados: sobre este informe montón, había dispuesta una capa de infinitos trozos de vasijas, al parecer rotas entonces, y sobre ella, un lecho de piedras pequeñas. Ningún objeto se ha extraído de esta sepultura, aparte de dos vasijas enteras, hechas á torno, de fondo plano y con asas, y otra, que reconstituida, se asemeja á una ánfora romana, con el fondo terminado en punta, aunque presentando una forma cilíndrica y cuello ancho, á diferencia de aquellas que son cónicas y de cuello alargado (1).

Tanto este túmulo como otros más pequeños, que en muchos puntos de los alrededores se han explorado, lo mismo que el hallazgo de los hornos antes citado, nos demuestran claramente lo estendida que estuvo la cremación en esta comarca durante estas épocas. Vemos, que apesar de cambiar las costumbres, aún abandonado, ó poco empleado el enterramiento, sobre todo para los jefes ó personajes poderosos, las formas de los monumentos sepulcrales no variaron, y siguieron construyéndose túmulos, lo mismo que se construían en la edad neolítica: aún no se había pensado, según parece, en recoger las cenizas y huesos calcinados del muerto en una urna, sino

(1) El túmulo descrito ha sido explorado en el mes de Marzo de este mismo año, cuando ya nuestro trabajo estaba casi concluido. Por esta razón no podemos hacer su estudio, con toda la extensión que merece un descubrimiento tan importante, que podría, por sí solo, ser objeto de una extensa monografía.

que se limitaban á levantar el cerro de tierra y piedras, inmediatamente sobre la hoguera.

El túmulo de Alcantarilla, pertenece á la misma clase que la de alguno de los citados en la necrópolis y que los más pobres del *Judio*, más su importancia es mayor, no solo por sus grandes dimensiones, sino por el hallazgo de las vasijas y restos de vestidos (1), y sobre todo, porque nos lleva á suponer la existencia de una nueva costumbre que sería observada en estos lujosos funerales. Hemos dicho que el montón de restos resultante de la hoguera, estaba cubierto por un lecho formado de innumerables trozos de vajilla, y que todas las señales hacen creer, que fueron rotas en el lugar, al tiempo de la construcción. Bien pudieron ser llevadas, con víveres y perfumes, por los acompañantes, y arrojadas á la hoguera como ofrenda hecha al muerto: de todos modos, este es el único túmulo en que tal circunstancia se presenta, y de desear es, que nuevos datos, vengan á confirmar la existencia de esta costumbre supuesta, en la cual, á ser cierta, se vería el origen de algunas otras seguidas en los funerales griegos y romanos.

Cuanto llevamos dicho, nos confirma en la idea de que esta comarca fué un poderoso centro de población prehistórica, de la que hemos recogido muchos restos y de la que aún quedan ocultos abundantísimos materiales, con los que quizás se pueda llegar á recons-

(1) Debemos á la bondad del Sr. Bonsor la relación detallada del descubrimiento hecho por él, y á su galantería la posesión de algunos de los trozos de tejidos encontrados.

Demuestran éstos, un notable perfeccionamiento en la industria; los tejidos son muy delicados, y las costuras que en ellos se observan, denotan un trabajo habilísimo, como si se hubieran empleado los instrumentos actuales. La materia de que están hechos, debe suponerse que sea vegetal, pues ninguna materia animal puede, al carbonizarse, conservar la relativa consistencia que presentan estos trozos. Algunos de ellos, y sobre todo los trenzados que se han recogido, están hechos al parecer de fibras de esparto.

tituir totalmente la poderosa civilización artística que en ella se desarrolló.

No solo en los alrededores de Carmona existen los túmulos descritos. Es esta ciudad la última de las poblaciones levantadas en una línea de alturas llamada *Alcor*, que empezando en Alcalá de Guadaira, se extiende de Sudoeste á Nordeste, limitando la extensísima vega que se dilata hasta los primeros escalones de las sierras de Morón y Algodonales: en todas estas colinas, de formación terciaria, hállanse huesos fósiles de animales pertenecientes á la fauna de aquellas edades, y, lo que importa más á nuestro objeto, vestigios indudables de la permanencia en épocas prehistóricas, de numerosas poblaciones.

ALCAUDETE

Próximo á Carmona, entre esta ciudad y Mairena, puede observarse desde la misma vía férrea un enorme túmulo, cuyas dimensiones hacen suponer, que sirvió de sepultura á un jefe de tribu poderoso. El túmulo no ha sido explorado, y aún guarda en su interior los restos que le fueron confiados hace centenares de siglos; tal vez, la espesa capa de tierra ocultará un núcleo constructivo; la regularidad y aun la proporción de sus líneas lo hacen suponer. De todos modos, sería de gran utilidad para la ciencia el que, venciendo las grandes dificultades que á ello se oponen, se llevara á cabo una metódica exploración del monumento.

MAIRENA DEL ALCOR

Ofrece el término de esta población multitud de restos de todas las edades, que afortunadamente para la ciencia, no son despreciados, merced á la solicitud y constancia con que un entendido vecino

de aquel pueblo, D. Felipe Méndez, los recoje y clasifica en el pequeño museo que con ellos ha formado. Muy numerosos son los objetos prehistóricos reunidos, y entre ellos los hay de verdadero valor arqueológico, tanto por la naturaleza de algunos, cuanto por las enseñanzas que proporcionan.

La colección de hachas, compuesta de diez ejemplares, presenta gran variedad respecto á dimensiones, formas y materia de que están fabricadas: las hay desde 4 hasta 15 cm. de longitud, unas de bordes planos, y con el corte ya recto, ya curvo, de basalto, de diorita, de serpentina, de fibrolita y hasta de piedra caliza. En este grupo figuran también, tres grandes picos de 18, 20 y 22 cm. de longitud, una preciosa azuela de 5 cm. cuyo corte presenta un bisel simple, y en él incluimos una pequeña hacha de bordes planos, figura 42, que ofrece la notable particularidad, rarísima en el continente (1),

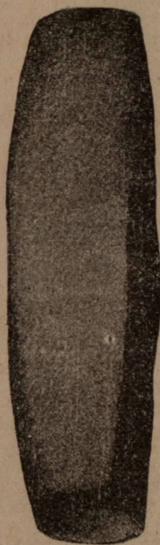


Figura 42.

(1) John Evans.—*Les âges de la pierre*: pág. 128. Esta forma es muy frecuente en Irlanda.

de tener un corte en cada extremidad, y otro instrumento de piedra muy curioso y único por su forma en toda la provincia: semeja, como puede verse en la figura 43, un cuchillo de carnicero, de hoja



Figura 43.

muy ancha, y está provisto de un mango, tallado en el mismo trozo de roca, que lo hace apropósito para ser usado á mano ó para poderlo fijar cómodamente en la extremidad de un palo.

La mayor parte de estos instrumentos están perfectamente pulimentados, y en muchos de ellos, como en el cuchillo últimamente citado, se notan señales de haber sido muy usados, reveladas por el desgaste de su corte.

En otro grupo figuran, tres percutores cilíndricos, cinco piedras-martillos de forma esférica, muy perfecta en una de ellas, análogas á las que más adelante citaremos, procedentes del yacimiento del

Coronil, (véase la figura 62), y otros tres martillos, muy notables por sus grandes dimensiones. Esta última clase de objetos, muy abundantes en todas partes (1), tienen, como puede verse en la figura 45, la forma de un cilindro, cuyas extremidades terminan en casquetes esféricos y en el promedio de su longitud, alrededor del cilindro, está tallada una hendidura, que servía para asegurar en ella la cuerda ó trozo de piel con que se sujetaba, en la forma indicada por la figura 44.

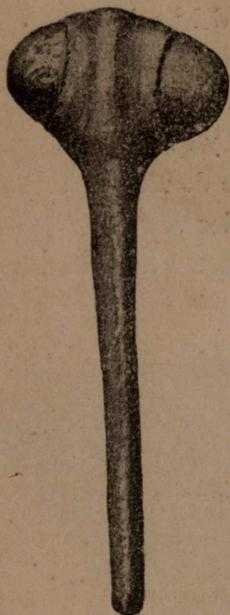


Figura 44.

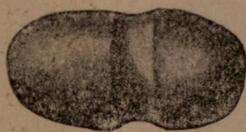


Figura 45.

(1) Algunos autores consideran que los tales objetos eran contrapesos, destinados á la pesca con redés ó á otros usos desconocidos. Esta opinión la fundan en el enorme peso de las piedras y en que casi ninguna de las halladas ofrece señales de desgaste, que indiquen haber sido empleadas en golpear. No obstante, el hecho de haber sido encontrados muchos de ellos, en minas de cobre, y el hallazgo en los palafittos del lago de Génova, de otros que aún tenían un mango fuerte, hacen que desechemos la primera opinión.

Las dimensiones de los de Mairena son, como hemos dicho, notables; llegando á ser enormes en uno de ellos, que mide 40 cm. de longitud por 20 de diámetro.

Por último; citaremos cuatro pulimentadores, una piedra cónica destinada á moler granos, y un molino de forma muy curiosa: es una piedra rectangular de 25 cm. de ancho y cóncava en su longitud; en la parte superior, está provista de un apéndice cónico, que forma parte de la misma piedra, y que serviría para mantenerla inclinada: otro molino, de forma circular, fué hallado hace algún tiempo por D. Fernando Coca, antiguo médico del pueblo, de unos 2 dm. de diámetro, á juzgar por el trozo que se conserva.

Quédannos por examinar dos objetos, que son sin duda algunos de los más importantes de la colección, y que, por su naturaleza y caracteres especiales, han de ser objeto de un estudio algo más detenido por nuestra parte. Trátase de dos vasijas de barro, representadas en las figuras 46 y 47, de una forma tan original y tan nueva,



Figura 46.

que no conocemos ninguna otra á ellas parecida. Solo un exámen muy detenido, puede convencer de que están hechas á mano, tan delicadamente trabajadas y tan bien calibradas están sus delgadas paredes; el barro fino que constituye la materia de que están hechas,

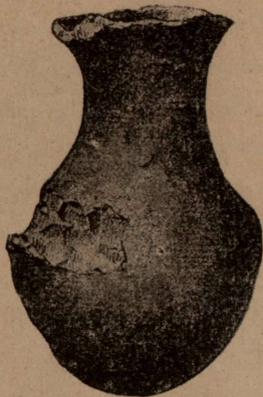


Figura 47.

presenta una superficie suave, puede decirse pulimentada, y la cocción les ha dado un color de siena obscuro. Como puede verse en las figuras, una de las vasijas en cuestión, es una copa de forma elegantísima, de curvas tan bien trazadas como pudo dibujarlas la cerámica griega, una especie de cáliz, ó mejor, un cráter ancho, colocado sobre un pie y que solo ofrece la particularidad, muy digna de tenerse en cuenta, de que el borde superior se presenta vuelto hacia el interior del vaso. La otra vasija, tiene el fondo semi-esférico y un cuello no muy estrecho, que se ensancha aún más hacia la boca.

Lo primero que poderosamente llama la atención, es la forma especial de la copa, que se separa por completo de las formas generalmente usadas en vasijas de barro de la edad del bronce, por lo que, á primera vista, parece no ha de poder ser incluida en esta in-

dustria, apesar de que á ello nos conduce el hecho de su perfecta construcción y, por otra parte, el estar hecha á mano. La cerámica de la edad del bronce, en efecto, emplea el fondo cónico ó curvo y, por más que representa un gran adelanto sobre la neolítica, en la calidad de la pasta, en la elegancia de las formas y en el uso de la cocción, nunca llega á ofrecer obras tan perfectas como la que nos ocupa: sin embargo, la duda que pudiera presentarse, se tiene que resolver colocando la obra dentro de aquella edad, quizás en sus últimos tiempos, pero siempre en una época en que el torno aún no había sido descubierto. He aquí pues la cuestión: ¿cómo se explica la existencia de esta forma, completamente extraña á la industria regional? Si estudiamos la cerámica oriental, no dejaremos de encontrar alguna vez la forma en cuestión, particularmente en objetos de barro pertenecientes á la industria caldea y asiria; así, en la figura 48, representamos una copa hallada en una tumba de la necrópolis



Figura 48.

de *Warka* (1), que tiene gran analogía con la que hemos descrito de *Mairena*. En la cerámica griega abundan estas copas anchas de líneas elegantes, que usaron los helenos, juntamente con otra multitud de formas artísticas, como herencia de las artes orientales. Tiene esta

(1) Véase Perrot et Chipiez.—*Hist. de l'art dans l'antiquité*.—T. II, pág. 711.

copa, pues, carácter oriental, y no sería aventurado afirmar que, bien en los objetos de comercio, bien como enseñanza, pudo llegar hasta la región que estudiamos esta forma anormal.

Pero la cuestión tiene otro aspecto aún más interesante. Las figuras 49 y 50, representan dos objetos de barro hallados en una



Figura 49.



Figura 50.

tumba de *Golasecca*, al Sur del lago Mayor, en la llanura de *Somma* situada en la extremidad NO. de Lombardía. Los objetos que de esta necrópolis de *Golasecca* (1) han sido extraídos, permiten referirlos á la civilización etrusca de *Vilanova* y las circunstancias en que fueron hallados los han clasificado como objetos de uso funerario. «Las tumbas, dice Mortillet (2), no contienen esqueletos ni osamentas enteras; no se recojen más que pequeñísimos fragmentos de huesos quemados, encerrados en vasos. La incineración era evidentemente un uso general en el país durante esta época.»

«En cada tumba se encuentra comunmente un vaso grande, que contiene fragmentos de huesos mezclados con cenizas. Una vasija

(1) Explorada en 1824 por Gio-Battista-Giani, más tarde por M. B. Biondelli y recientemente por G. de Mortillet. Véase su obra *Le signe de la Croix avant le Christianisme*: páginas 99 y sig.

(2) *Ob. cit.*, pág. 105.

más pequeña, en forma de copa ancha, cubre la urna; al lado hay un vaso accesorio, generalmente muy pequeño...» Una de las copas que sirvieron de cubierta á las urnas y uno de los vasos accesorios, son los reproducidos por las figuras 49 y 50.

Á primera vista se nota la analogía de formas entre estos objetos de Golasecca y los de Mairena, y esta analogía hace que podamos afirmar que éstos sirvieron á los mismos usos que aquellos. Ningún otro empleo que el supuesto pudo tener, en efecto, la copa de Mairena, pues el reborde de la boca impedía que sirviera para usos domésticos, no siendo apto ni para beber ni para servir de soporte á otro vaso de fondo curvo: es, pues, ó una cubierta de urna funeraria, como lo son las copas de Golasecca, ó un receptáculo destinado, él mismo, á contener las cenizas del muerto: esto último es lo que nos parece más probable. Respecto al vaso pequeño, la identidad, más que la analogía, con los de las tumbas lombardas, hace patente su uso, como para ser colocado junto á la urna, lleno de líquido, en obsequio del muerto.

Estos hechos que hemos estudiado, traen aparejada una consecuencia lógica, á saber; que las formas artísticas de los objetos que nos ocupan no son indígenas, sino importadas. Pudieron, seguramente, ser traídas por los fenicios á nuestra región, sacándolas de las artes orientales donde abundaban; pero la consideración de los barros etruscos de Golasecca, nos señala claramente quienes fueron los intermediarios en esta importación, y prueban la existencia de las relaciones comerciales que, sin duda, hubieron de ligar á los habitantes prehistóricos de Mairena con los Etruscos. Nada tiene esto de extraño, y la inducción que hacemos se acuerda perfectamente con el poderío del imperio etrusco y con las empresas marítimas que llevó á cabo: no hemos de creer, en efecto, que un pueblo que llegó á poseer la brillante cultura, que hoy empieza á ser estudiada; que dominó casi toda Italia; que fué el aliado poderoso de los cartagineses; que fundó colonias y llenó con sus naves la cuenca occidental del Mediterráneo, dejara de seguir alguna vez el fácil camino que el

Guadalquivir le brindaba. Del mismo modo que los fenicios, remontaron, sin duda, su curso y en las orillas dejaron, con los objetos de su comercio, influencias artísticas que los naturales recojieron. Así, pues, se explica la identidad de formas artísticas antes señalada; así tiene confirmación la hipótesis que respecto al uso probable de aquellos objetos expusimos, y así se dá razón clara del carácter oriental que presentan, dado que este mismo carácter es el que informaba el fondo de toda la civilización etrusca.

Aunque los objetos que hasta aquí llevamos estudiados, no han sido recogidos en un sitio determinado, sino que proceden de todo el término de Mairena, no faltan en él lugares bien característicos, que revelan claramente haber servido de habitación á los hombres prehistóricos. Nos referimos á las llamadas *Cuevas de Santa Lucía*. Al Oriente de Mairena, á la mitad de la distancia que separa este pueblo del Viso, se levanta una pequeña cortina formada por la roca arenisca del alcor, en la cual hállanse excavadas cinco grutas no muy grandes, que hasta hace poco han sido habitadas, y que, aun destruidas en parte como se hallan, ha de considerarse necesariamente, por sus caracteres, que fueron practicadas por los hombres primitivos. Construidas en un sitio perfectamente abrigado en medio de aquellas feraces colinas, no les faltaba agua abundante, que siempre se señala en las proximidades de toda estación prehistórica. Hoy no se sabe donde brota el manantial; pero debió de existir, y muy copioso, cuando los romanos consideraron conveniente traer sus aguas, por medio de un acueducto, hasta un lugar situado poco más allá de las cuevas, en donde tendrían una explotación agrícola. Aún se distinguen las ruinas del acueducto; las filtraciones del manantial forman delante de las cuevas una fuentecita de aguas excelentes, y en el sitio de la *villa* romana, se ven los restos de una fortaleza árabe y de una capilla cristiana.

Los habitantes de las grutas descritas, poseían una civilización análoga á la que fundaron los que vivieron en Carmona, y á la de

los que en otros puntos no muy lejanos, establecieron sus moradas: esto se deduce de los objetos encontrados, y de la forma que afectan los monumentos que dedicaron á sus muertos. No lejos del lugar donde están situadas las cuevas, en el olivar llamado *Los Toruños*, propiedad también de D. Felipe Méndez, se levantan doce eminencias de formas redondeadas, que son otros tantos túmulos de la misma naturaleza que los explorados en Carmona. Los hay de todas dimensiones, y entre ellos, dos son notabilísimos por su magnitud y por la regularidad con que están contruidos. Ninguno ha sido abierto todavía, y aún están intactas las riquezas arqueológicas que deben de guardar en su interior. De desear es que pronto se pongan éstas á disposición de la ciencia, que quizás con ellas pueda decidir la cuestión que antes planteamos.

GANDUL

De la misma clase que los túmulos citados en Mairena, son los que existen en este punto. Un grupo de ellos, dominado por otro, cuya silueta se destaca perfectamente sobre el horizonte, se observa á la izquierda del camino de hierro que conduce á Sevilla, en la extremidad de las colinas que guardan los restos de una *villa* romana. Otro grupo de túmulos más pequeños, hállase al lado opuesto de la vía, casi enfrente de los primeros. Ni unos ni otros han sido explorados, y así continuarán hasta que el amor á estos estudios lleve á algún explorador desinteresado á abrirlos, ó hasta que los que están obligados á impulsar y á favorecer el desarrollo de la ciencia, concedan á estos trabajos la atención y la protección que reclaman.

ALCALÁ DE GUADAIRA

Si bien ningún resto prehistórico se ha encontrado, la lógica induce á suponer que estas tierras no pudieron por menos de haber estado habitadas. En la capa de *diluvium* rojo, que en todas las hondadas cubre el lecho de caliza pliocénica ó *crag*, se ha hallado un diente fósil que prueba, por lo menos, que eran habitables estos lugares.

En toda la inmensa llanura que avanza hacia el Sudeste, nada encontramos hasta llegar á la extremidad meridional, donde existen varios notables yacimientos, que estudiamos á continuación.

MORÓN

En este punto se nos ofrecen algunos importantes elementos de estudio, refiriéndose el primero á un yacimiento situado en la *Sierra de Pozo Amargo*, á tres leguas hacia el S. de la ciudad, y próximo á las fuentes del *Guadaira*, donde se han encontrado gran número de hachas pulimentadas (1). D. Antonio J. Placer, en carta publicada por un periódico de esta capital (2), se ocupó en este yacimiento, emitiendo la hipótesis de que los cimientos de muros que allí se distinguen, pudieran ser restos de construcciones prehistóricas. El estu-

(1) El propietario del terreno, Conde de Miraflores de los Angeles, posee 10, y otras 2 están en poder de D. Antonio J. Placer.

(2) *La Andalucía Moderna*, 16 Julio 1893.

dio detenido que hemos hecho de estos lugares, nos ha convencido, de que en la Sierra de Pozo Amargo no hay más restos prehistóricos que los celtas citados, que, según parece, se encuentran en gran número: las sepulturas allí descubiertas son romanas, á juzgar por su construcción y por los objetos que proporcionan (1), y si á esto se añade, que muy próximo al sitio hay una copiosa fuente de agua sulfurosa, se confirmará más nuestra creencia, de que los arranques de muros son solo restos de construcciones romanas. Sabemos, en efecto, que los romanos aprovecharon todos estos manantiales de aguas medicinales, en muchos de los cuales levantaron grandes edificios (2), y es muy probable que este de Pozo Amargo, fuera también explotado por ellos, habiéndonos dejado, en prueba de su paso por estos sitios, algunas sepulturas en las inmediaciones, y el suelo lleno de trozos de vajilla de barro fino.

No queremos con esto negar la posibilidad de que en aquel sitio pudiera haber existido una población prehistórica: por el contrario; la situación de la montaña, punto el más culminante de toda la sierra, desde el cual se divisa la inmensa extensión de tierras comprendida, desde Carmona al Norte, hasta el mismo Peñón de Gibraltar, al Sur, es un dato que lo hace suponer, la proximidad de una fuente abundantísima de aguas excelentes y la inmediación de una gruta natural, que la falta de medios nos impidió explorar por completo, puede hacerlo sospechar, y la existencia de armas neolíticas en aquellos contornos, lo prueba; lo que únicamente afirmamos, es que los restos de construcciones que allí existen, no son prehistóricos, sino romanos, que á estos hay que atribuir, tanto éstas construcciones

(1) En ninguna de ellas se han encontrado hachas de piedra, como se dice en la carta citada, sino pequeñas fibulas y ánforas; y muchas están construidas con ladrillos romanos, algunos trozos de los cuales tuvimos ocasión de ver.

(2) Una de estas suntuosas construcciones son, por ejemplo, los baños romanos de Alange (provincia de Badajoz), notables por más de un concepto.

como las sepulturas descubiertas y los restos de vasijas que por todas partes se encuentran.

El segundo de los elementos que ofrece Morón es ya indiscutible y de una importancia excepcional, por cuanto quizás sea el único que de su clase existe en la provincia. Está situado en la dehesa de *San Pedro*, distante una legua de Pozo Amargo, y en el sitio llamado *Los Llanos*; es un *cromlech*, formado por un círculo de piedras de 20 m. de diámetro, muchas de las cuales aún están empotradas en la tierra; en el interior de este círculo se notan claramente las señales de otra construcción, que siguiendo la dirección de su diámetro, forma una especie de galería, que se extiende, desde la circunferencia hasta más allá del centro, en una longitud de 14 metros; las paredes de esta galería, que á la entrada solo se separan un metro próximamente, van apartándose, hasta que su separación llega, al final de ella, á dos metros, formando así la planta, un trapecio alargadísimo (1).

Tenemos, pues, un cromlech con sepultura dolménica en el interior. La particularidad de este monumento y lo que le dá importancia, es que el dólmen se prolonga, formando una galería, aunque sin señalarse claramente la distinción entre cámara y corredor, propia de la edad del ^{cohu} bronce, y que está al descubierto, como lo estaban los dólmenes neolíticos. Vemos, pues, en este monumento caracteres neolíticos, y elementos que más tarde se han de desarrollar en la edad del bronce, y que nos hacen afirmar que pertenece á la época llamada de transición entre una y otra edad.

Á la misma época se refiere la que el vulgo llama *sepultura del gigante*, situada en la misma dehesa de *San Pedro*, en la colada del *Cañuelo*, no lejos del cromlech estudiado. Es ésta, un sepulcro

(1) Con esto se rectifica la noticia que de este monumento se dió en la misma carta antes citada, en la que se dice, que el diámetro del cromlech es solo de 4 m. y que en su interior hay restos de *varias* sepulturas de forma cuadrangular.

Dehesa de San Pedro.

Los Llanos -

Tomba à galería

construido con grandes piedras, que cierran una cavidad de 3 m. 30 cm. de largo, por 80 cm. de ancho, de forma también trapezoidal. En aquellos mismos sitios se ven restos de otras sepulturas análogas á la del *gigante*; sobre un cerro próximo se notan restos de una construcción megalítica muy destruida, y hasta no sería muy extraño, que algunos pequeños oteros, que por allí se elevan, encerraran construcciones sepulcrales. Por último; en la dehesa de la *Párraga* aún están enhiestas varias piedras, restos de un dólmen, cuya cubierta se halla esparcida por el suelo.

De ninguno de estos monumentos se ha extraído objeto alguno, que pudiera venir en ayuda de las inducciones á que aquellos dan lugar; estos sepulcros han sido multitud de veces profanados por los buscadores de tesoros, y gracias pueden darse, porque aún se hayan conservado los restos estudiados. Ignoramos si habrá sido extraído de alguno de estos sitios un hacha de doble bisel, con una cara plana, que procedente de Morón se conserva en el Museo del Gabinete de Historia Natural (1).

CORONIL

Á dos kilómetros de esta villa; en una pequeña altura próxima á la fuente y al castillo ruinoso llamado de la *Aguzadera*, al hacer las cajas para plantar una viña, aparecieron algunos fragmentos de huesos humanos, y con ellos, trozos de sílex tallados y restos de vajilla tosca. Habiendo llegado á nuestros oídos la noticia del hallazgo, procedimos á explorar toda la colina, y el resultado de las escavaciones, que durante el verano de 1891 llevamos á cabo, fué satisfac-

(1) Núm.º 207.

torio, más bien que por el número de los objetos hallados, por el interés que ofrecen algunos de ellos (1).

Ocupan el primer lugar, los objetos de metal, representados por tres hachas enteras y la mitad de otra: en las figuras 51 y 52, repro-

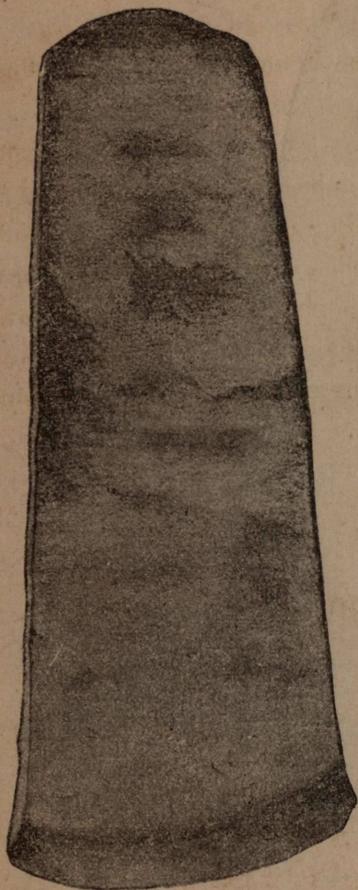


Figura 51.—4/5

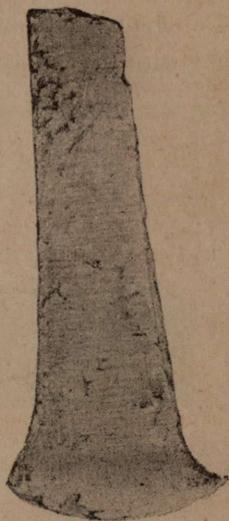


Figura 52.

(1) La mayor parte de los objetos encontrados, y todos los que se citan á continuación, se hallan depositados en el M. del At. y S. de E.

ducimos dos de ellas, para que pueda verse la forma especial que afectan, que es por todo extremo notable (1). Hállanse desprovistas estas hachas, de los bordes rectos, aletas y talones que representan



Figura 53.—4/5

(1) Esta forma, que en las comarcas que estudiamos se encuentra alguna que otra vez empleada, es excepcional fuera de ellas, hasta el punto de que, en la numerosa colección del museo prehistórico de *Saint-Germain*, cerca de París, solo vimos siete hachas de cobre parecidas á estas del *Coronil*, y entre ellas una sola casi igual. Esta fué hallada en *Brest* y está marcada con el N.º 8657, (Vitrina 18, Sala 4.^a)

sin duda un gran adelanto en la fabricación de tales objetos, y si comparamos la forma de la mayor de ellas, con la del hacha de piedra pulimentada, figura 53, encontrada en el mismo yacimiento, tendremos en que no hay entre ambas más diferencia, que la consistente en la diversa clase de material empleado respectivamente en la fabricación de cada una de ellas. Preséntase aquí, sin duda, el tránsito del uso de la piedra al del metal; y se presenta, como no podía ser por menos, copiando en la nueva materia las formas antiguas, de las que no se apartan en lo esencial, y que sólo varían, en consecuencia y con arreglo á las cualidades de la nueva substancia, disminuyendo el grueso del instrumento. Esta es, pues, la forma más primitiva, el dato primero necesario para la evolución que, á partir de aquí, se llevará á cabo. Como más adelante hemos de volver sobre este asunto, nos limitamos en este lugar únicamente á señalar el hecho, dejando el sacar sus consecuencias, para cuando nos ocupemos en algunos extremos referentes á esta edad de los metales.

En este mismo grupo de objetos figuran, además, un trozo de sierra, representado por la figura 54, perfectamente hecha de una



Figura 54.

lámina delgada y calibrada con mucha regularidad; un cincel de sección cuadrada, de aristas vivas y boca muy estrecha, y tan bien fabricado, como si estuviera hecho de ayer; otro más pequeño y delgado, figura 55, roto y desgastado por el uso en su parte superior y de corte ensanchado, y algunos otros fragmentos sin importancia.

Dos observaciones tenemos que hacer respecto á estos objetos: es la primera y principalísima, la naturaleza del metal empleado en su fabricación, que del análisis escrupuloso á que fué sometido en el Laboratorio de esta Universidad, resultó ser, como los de Carmona,



Figura 55.

cobre naturalmente puro; y la segunda, la perfección de la mano de obra, que revela grandes conocimientos industriales, los cuales sólo pudieron ser adquiridos por una gran práctica: particularmente el hacha representada por la figura 51, la sierra y el cincel cuadrado, parecen acabados de salir de nuestros talleres; tal es la tersura de sus superficies, la limpieza de sus aristas y, en una palabra, lo acabado de la fabricación.

Después de los de metal, vienen los objetos de sílex tallado, que forman un grupo numeroso, aunque no ciertamente muy variado. Así como en Carmona se caracterizaba este grupo por la abundancia extraordinaria de buriles, aquí se distingue por el gran número de cuchillos de doble filo. Todos ellos tienen la misma forma, exactamente igual á la que presentan los cuchillos citados en Carmona

(véase la figura 16), á saber; una cara inferior plana, y la parte superior compuesta de un lomo plano y dos biseles longitudinales, que ofrecen una sección trapezoidal. Del modelo que damos en la figura 56, diferéncianse los demás tan sólo en el tamaño, que varía desde

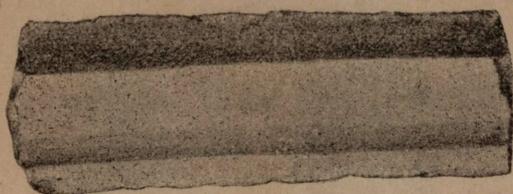


Figura 56.

el mayor que hemos recogido, de 29 cm. de longitud, hasta las delicadas laminitas de la figura 57: la ejecución, si no es muy esmerada,

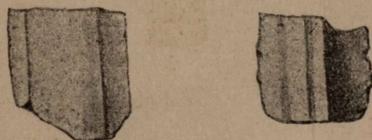


Figura 57.

es por lo menos eminentemente práctica; no hay retalla, y los filos han sido obtenidos, de una vez, por el desprendimiento de una larga astilla longitudinal: por esta razón, y como variante única del tipo uniformemente seguido, citamos el cuchillo que representa la figura 58, el cual, como se vé, tiene una arista superior dentada, y retalla-

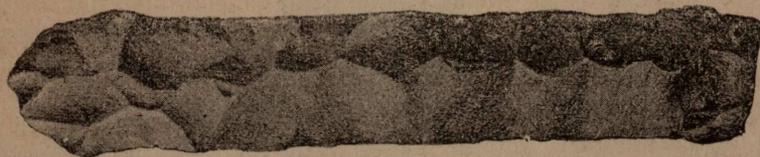


Figura 58.

dos los biseles. Los objetos de talla más fina, son cuatro puntas de flecha, dos de las cuales están representadas en las figuras 59 y 60,



Figura 59.



Figura 60.

que como puede verse, nada tienen que envidiar, en lo que se refiere á la minuciosidad y delicadeza de los retoques, á las más notables obras del período de *Solutré*. Por último; complétase este grupo, con



Figura 61.

una especie de buril, que se rompió al ser extraído; y con innumerables astillas, restos de fabricación.

La industria neolítica, ó de la piedra pulimentada, hállase representada en este yacimiento, por pocos, pero notables ejemplares, á saber: un magnífico pico de 20 cm. de longitud; un hacha, la representada antes en la figura 53, muy bien labrada y finamente pulimentada; otras dos, no tan bellas, y una preciosa azuela, figura 61, con el corte formado por un sólo bisel. Además, hemos recojido porción de trozos de otras tantas hachas, y gran número de martillos ó percutores esféricos; uno de éstos, el representado por la figura 62,

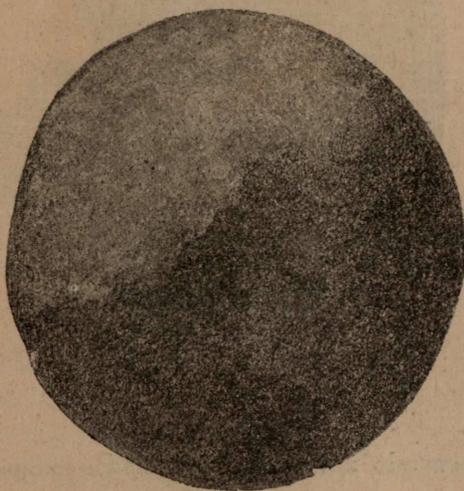


Figura 62.

exactamente igual á otro de los citados en el artículo de Mairena, es notable por la regularidad de su forma, presentando claramente señalada, la depresión central producida por el uso.

Muy abundante es también el yacimiento en restos de vajilla, que por todas partes se descubren sin gran trabajo: desgraciadamente, hállanse completamente destruidos, hasta el punto que sólo dos vasijas hemos conseguido enteras. Una de ellas está representada por la figura 63, en la cual puede notarse la tosquedad con que está fabricada; á la pasta grosera, modelada á mano, en la que no

se observa la menor señal de haber sufrido cocción, y que está sencillamente secada al sol, se ha dado una forma completamente primitiva; se ha copiado en ella, sin duda, la que presentan las cáscaras de algunos frutos que, secas, sirvieron en un principio para con-

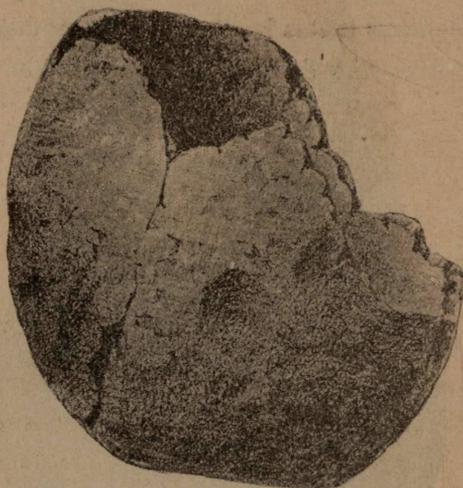


Figura 63

tener líquidos, cuando aún eran desconocidas las propiedades de la arcilla. El primer receptáculo hubo de ser, en efecto, este que la Naturaleza por sí sola proporcionaba: después; cuando la observación del hombre pudo apreciar aquellas cualidades de la arcilla, ocurrió lo que ocurrió en todos los órdenes de la actividad; esto es; que el hombre copió en sus obras las formas naturales que hasta entonces le habían servido, formas, que bajo la acción del tiempo y el imperio de la experiencia, fueron evolucionando y separándose cada vez más del modelo primitivo (1); así vemos, pues, que todas estas vasijas

(1) Así, las construcciones dolménicas tienen su origen en las cavernas, que sirvieron de habitaciones y de sepulturas, y las formas arquitectónicas nacen de este germen natural: la columna nace de la estalactita ó de

prehistóricas tienen, como la citada anteriormente, el fondo curvo, son generalmente pequeñas y sus superficies no presentan ningún adorno. Otra de las vasijas está representada en la figura 64; es

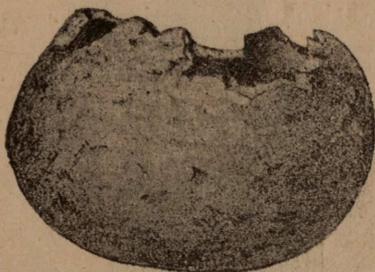


Figura 64.—4/10

de arcilla blanquecina, y no obscura como la anterior, no cocida, modelada también á mano, de fondo curvo y ensanchada en la panza, parece que ha de estrecharse mucho en la boca. Un ejemplar notable, que desgraciadamente no hemos podido obtener completo, representa la figura 65; en el trozo que se dibuja puede verse el adelanto industrial que revelan su forma y su factura, razón por la cual no podemos referirlo á la misma época que los anteriores, sino á tiempos mucho más avanzados, siendo quizás contemporáneo de los más modernos instrumentos de cobre que hemos descrito. Á esta misma época creemos pertenecerá también una vasija, que con mucho trabajo pudimos reconstruir, uniendo sus innumerables trozos, en forma de patera honda muy bien modelada, de paredes finas y

los troncos de los árboles: los primeros instrumentos tuvieron su origen en las astillas que la Naturaleza proporcionaba, y en otro orden de ideas, en el orden espiritual, no tendríamos que esforzarnos mucho para demostrar que casi todas las creencias, theogonias, ritos y supersticiones, tienen su punto de partida en los mismos fenómenos de la Naturaleza. Esta tesis, en lo que se refiere á la arquitectura, la desarrollamos en nuestra Memoria acerca de *«La arquitectura griega y sus precedentes en la egipcia y asiria.»*

de fondo también curvo. Por último; entre la multitud de fragmentos de vajilla que hemos recojido, de distintas clases de barro, de espesor variable, de color diverso y de múltiples formas, solo hemos



Figura 65.

podido obtener dos pequeños trozos, los representados por las figuras 66 y 67, con adornos lineales. El carácter de la ornamentación en el

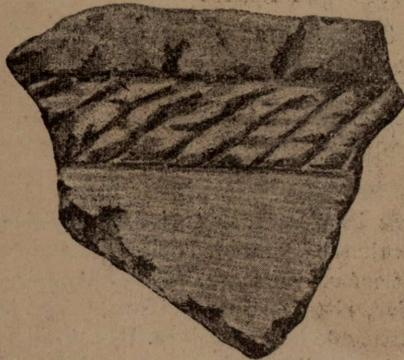


Figura 66.

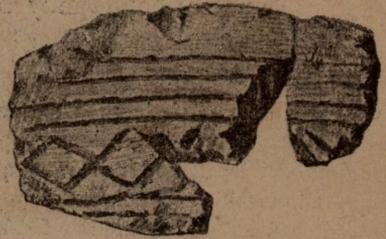


Figura 67.

de la figura 66, es la tosquedad; la faja de transversales está aún peor tratada que las transversales y los zig-zag que vimos en los trozos de vasijas de Carmona (figuras 29 y 30), apesar de ser esta la ornamentación más primitiva: el otro fragmento, figura 67, está trabajado ya con más esmero, la pasta es más fina, las líneas tienen más limpieza y más regularidad y pueden ser comparadas con las que adornan otros trozos de Carmona (véase la figura 34), observándose en él el elemento romboidal aislado, empleado como motivo fundamental de ornamentación.

Bastantes restos humanos han sido extraídos de las excavaciones; más, por desgracia, ningún cráneo completo hemos podido obtener; siendo esto tanto más de lamentar, cuanto que solamente en este hallazgo habría de fundamentarse el conocimiento que pudiéramos tener, de la raza á que pertenecían los moradores primitivos de esta comarca. No obstante, algo podemos inducir de algunos trozos hallados y entre ellos, principalmente, de los representados por las figuras que insertamos á continuación. La 68, reproduce un fron-

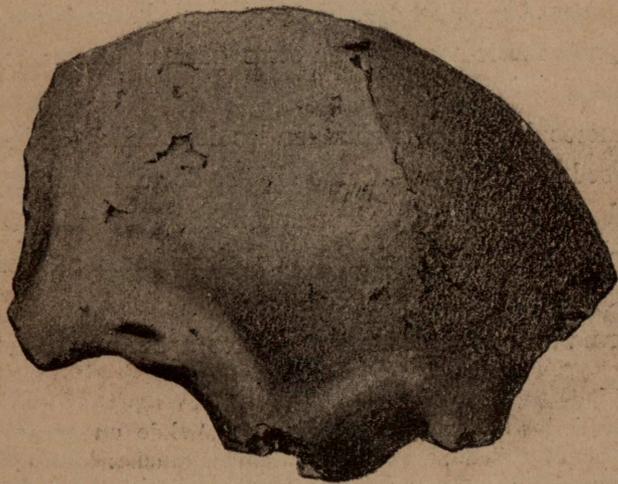


Figura 68.—4/5

tal de bastante espesor, que presenta arcos superciliares muy desarrollados: la mandíbula de la figura 69, es robusta; de poco proгна-



Figura 69.

tismo dental; muy abierta en su parte posterior, y con el hueso de la barba rudimentario; y la tibia, figura 70, es platicnémica, lo mismo que un trozo de otra tibia que no se dibuja. Como vemos, algunos de estos huesos ofrecen caracteres atávicos de la raza de Canstadt, y á ella los referiríamos, si otras consideraciones no lo impidieran, permitiéndonos, á lo sumo, este hecho, deducir la existencia de una influencia, más fuerte aquí que en otras partes, de caracteres étnicos anteriores.

En huesos de animales abundan los de caballos (1); los hay de buey, de roedores y de aves. Como objetos de adorno citaremos porción de colmillos de jabalí y algunas conchas de regular tamaño y, por último, consignaremos el hecho de encontrarse señales de hogueras y restos de carbón y de cocina.

La forma en que todos estos objetos aparecen, denota clara-

(1) Uno de los hallazgos más curiosos, fué el de un cráneo humano junto con el de un caballo, cuyos restos abundan mucho: desgraciadamente ni uno ni otro pudieron extraerse, pues los huesos húmedos, se deshacían al ser tocados.

mente que se trata de una necrópolis, y la naturaleza de ellos indica que la edad á que pertenece es la del bronce, probablemente en sus comienzos, dada la abundancia de instrumentos neolíticos. Los enterramientos, aun entrando dentro de la misma clase que los de Car-



Figura 70.

mona, son más sencillos y pobres; los túmulos no se señalan con claridad, y se componen de una excavación, en la que se colocaba

el cuerpo, y que luego se llenaba con pequeñas piedras recubiertas de una capa de tierra. Esto es lo que puede deducirse, con trabajo, de la observación: ha debido, en efecto, ocurrir un movimiento de tierras en esta colina, producido quizás solamente por la acción de las lluvias, que ha destrozado todas las sepulturas, impidiendo que ninguna aparezca completa; así, en cualquier sitio en que se cave, aparecen una gran cantidad de piedras pequeñas, y al mismo tiempo que se extraen éstas, van extrayéndose también objetos de los antes indicados, los cuales se presentan, tanto á flor de tierra, como á metro y medio de profundidad.

Aun dejando para la tercera parte la crítica de este yacimiento, hemos de apuntar aquí algunas reflexiones que nos sugiere su estudio. En primer lugar; creemos que no cabe atribuir á otra raza que á la de Cro-Magnon, la construcción de esta necrópolis, fundándose este juicio en los caracteres de los huesos encontrados y principalmente en la forma platicnémica de las dos tibias: con esto se presenta aquí, lo mismo que en Carmona, el problema de armonizar la existencia de una raza con la de una industria estraña á ella, empresa que ya dijimos procuraríamos llevar á cabo más adelante.

Otra deducción sacamos, encaminada á inducir el lugar de habitación de estas gentes, hasta ahora completamente desconocido: en este punto solo cabe hacer hipótesis, más ó menos admisibles, según se funden en consideraciones más ó menos lógicas. Ahora bien; teniendo en cuenta la tendencia de estos hombres primitivos á vivir en las proximidades de ríos ó de fuentes, y á no apartarse mucho del lugar de enterramiento de sus muertos, que siempre los colocaban en las alturas, suponemos que las moradas de esta tribu, se levantarían en sitio cercano á la fuente ó á un arroyo que próximo de allí corre. En uno de estos dos puntos, no muy distantes de la necrópolis, ha de encontrarse la estación, y en ambos han de procurarse hacer convenientes exploraciones.

Además de todos los objetos citados, han sido hallados, en otros sitios del mismo término, porción de hachas pulimentadas y en el

lugar llamado el *Portichuelo*, no lejos del pueblo, un largo cuchillo de sílex (1).

Tan rica como es en yacimientos la vega de Carmona, tan pobre es la de Osuna, en la cual solo podemos anotar tres y aun éstos de escasa importancia.

SAUCEJO

Solo ha proporcionado un hacha de diorita de grandes dimensiones, 26 cm. (2); que fué hallada en el cortijo de *San Pedro*.

OSUNA

Únicamente hemos comprobado, procedente de esta ciudad, la existencia de un bonito celta, de corte en bisel simple (3).

El tercer punto que de esta parte de la región que nos ocupa anotamos en el mapa es

(1) Entre los objetos prehistóricos, que procedentes del Coronil, hállanse depositados en el Museo del Ateneo, figuró hasta hace poco, una pequeña concha taladrada que fué recojida en el barranco de *Mamola*, á las puertas de la villa, y que había sido clasificada como objeto de adorno. Una exploración detenida que hice en aquel sitio, me mostró la existencia de un banco de ostreas, situado en la misma cima de la colina; algunos de estos fósiles recojidos por mí, estaban también horadados, pero el taladro era efecto de una natural descomposición de su materia. Es, pues, muy probable, que el agujero de la concha antes citada, sea también natural: por esta razón no citamos este objeto como prehistórico, y por lo mismo, lo hemos retirado de la colección.

(2) M. Arq.^o Nacional. N.^o 230.

(3) M. Hist. Nat. N.^o 75.

LORA DE ESTEPA

Las noticias seguras que de este lugar hemos conseguido, son algo confusas, pues la naturaleza del yacimiento exige un trabajo de investigación, no fácil de llevar á cabo y no menos costoso.

Trátase de una mina primitiva, excavada en la montaña, al Este de la población, y que se introduce á mucha profundidad en el seno de la roca, presentando gran número de pozos, galerías y rotondas (1).

Muchas excavaciones se han practicado en diferentes partes de la mina y el resultado de ellas, además de observar el procedimiento de explotación empleado, ha sido el hallazgo de restos de procedencia árabe, otros de procedencia romana (2) y gran número de armas de piedra pulimentada, hachas, martillos, trozos de sílex tallado, alguna vasija y restos de otras muchas (3).

(1) El descubrimiento de esta mina se llevó á cabo hace muchos años, y tiene ciertos caracteres novelescos que lo hacen interesante en sumo grado. El vecino de aquel pueblo, D. José López, hacia los años 50, fué una noche secuestrado é introducido para ocultarlo, por un pozo estrecho que conducía á un hueco subterráneo, donde le dejaron abandonado, mientras que los bandidos practicaban las diligencias necesarias para obtener la cantidad pedida por su rescate. Al día siguiente, en medio de la obscuridad que por todas partes le rodeaba, pudo observar la luz del exterior, penetrando por un hueco situado en la profundidad de la cueva: orientándose por aquella claridad, y exponiendo mil veces su vida, pudo ganar, la que para él fué puerta de salvación, pues por ella escapó de manos de sus secuestradores. Pasado algún tiempo, quiso el mismo D. José López volver á visitar el tenebroso lugar de su encierro, y ya con elementos suficientes, practicó una exploración, mediante la cual pudo convencerse que se trataba de una gran mina; denunciada ésta, dedicóse á realizar excavaciones, y uno de los resultados de estos trabajos, fueron los hallazgos prehistóricos que se mencionan en el texto.

(2) Consisten unos y otros en candiles de barro, alguna vasija de forma especial y multitud de trozos de vajilla.

(3) Algunos de estos objetos, estudiados por nosotros, están en poder de D. José Criado, del cual hemos adquirido las noticias anteriores referentes al descubrimiento de la mina de Lora de Estepa.

Este es el hecho, y la deducción que de él sacamos no puede ser más lógica; es una mina en la que trabajaron gentes prehistóricas en la edad del bronce; que siguió explotándose por los romanos y cuyo mineral aun los árabes utilizaron. La noticia de que en algunos sitios de la mina se presentan estalactitas, no dice nada en contrario, pues bien pudo arrancar la mina, ó alguna de sus galerías, de una gruta natural, ó haberse formado la estalactita posteriormente. De todas maneras, es este un yacimiento interesante, y la indicación que de él hacemos se avalorará más, cuando puedan llevarse á cabo en él ordenados trabajos de investigación.

Con esto terminamos la Región de las Vegas; ningún otro punto, que sepamos, ha proporcionado resto alguno prehistórico, aunque es de creer que las alturas que forman los valles del Genil, del mismo Corbones y de sus afluentes, estarían pobladas por tribus, relacionadas con el centro carmonense. Por hoy, sin embargo, no pasa esto de ser una hipótesis muy probable.

3.^a REGIÓN

CUENCA DE LA RIVERA DE HUELVA

Se han señalado en esta región algunos yacimientos, que demuestran lo numerosas que eran las tribus que la habitaron: apenas hay lugar, del que no tengamos noticias de la existencia de celtas y otros objetos prehistóricos; mas, en un trabajo como el presente, no caben sino las indicaciones perfectamente demostradas y confirmadas, bien por la propia observación, ó por testimonio autorizado y seguro. Por esta razón, solamente citamos á continuación los tres únicos yacimientos de los que hemos conseguido datos indudables.

GUILLENA

De este lugar procede un magnífico pico de piedra pulimentada, encontrado en la dehesa de la *Lapa* y que hoy se conserva en el naciente Museo Municipal (1).

(1) Gestoso: *Sevilla monumental y artística*: pág. 7.

RONQUILLO

Entre este lugar y Castilblanco, se encuentran las dehesas de la *Serrana* y *Canillas*, en cuyo linde común está el sitio conocido con el nombre de *Cerro de los entierros*, que ofrece una sepultura megalítica por todo extremo interesante. Pertenece á un tipo intermedio entre el dólmen de la época neolítica y el dólmen de corredor, propio de la edad del bronce; siendo por esta razón muy digno de estudio este ejemplar, que como vemos, es semejante al cromlech estudiado en Morón. Forma su planta un trapecio, cuyos lados paralelos miden 1 m. 45 cm. el mayor, y 85 cm. el menor; la longitud total de la construcción es de 7 m. y 15 cm., y su altura de 1 m. 25 cm.: su estructura es megalítica; las paredes están formadas por grandes piedras verticales, sobre las que se apoyan otros enormes monolitos, que forman la techumbre, algunos de los cuales tienen 2 m. 15 cm. de largo por 1 m. 15 cm. de ancho.

Siguiendo la costumbre general en los enterramientos de esta época, la construcción estaba oculta por un otero artificial de tierra; pero el tiempo ha deshecho esta obra, poniendo al descubierto el núcleo y permitiendo que la sepultura fuera excavada y explotada, hasta el punto de que, por más investigaciones que se han hecho, no se ha podido conseguir un solo objeto.

Esta que hemos descrito, como la mejor conservada y más característica, no es la única de su clase: próximas al sitio de su emplazamiento, pueden verse otras más destruidas; una análoga se encuentra en la dehesa de la *Serrana*, y otra en el barranco llamado de los *Junciales*.

Ninguna indicación más proporciona esta necrópolis, de cuya época solo podemos juzgar por las sepulturas descritas; no obstante,

son sus formas tan características, que aquella se deduce por sí sola, fijándose claramente, como ya dijimos, en la época de transición entre la edad neolítica y la del bronce.

En efecto; las formas del arte no aparecen de repente, sino que son resultado final de la evolución que experimentan las formas anteriores; ahora bien; tenemos dos extremos de la serie, á saber; el dólmen sencillo y el dólmen con corredor: para pasar de uno á otro, preciso fué pasar por los grados intermedios, uno de los cuales lo constituyen los túmulos de Canillas y las citadas sepulturas de Morón: del dólmen trilítico, se pasó al compuesto de varias piedras; la costumbre de sepultar la construcción bajo tierra facilitó el aumentar su número, y cuando se quiso que el enterramiento sirviera, no solo para el cadáver del jefe, sino también, quizás, para los de sus esclavos y mujeres, que habían de acompañarle en la otra vida, hubo que agrandar sus proporciones y marcar en la construcción un sitio preferente para el muerto en cuya memoria se levantaba. Entonces nació por sí sola esta forma que analizamos, evolución natural del túmulo dolménico. De aquí, á separar el cadáver del jefe de los de sus servidores y prisioneros, solo faltaba un paso, que lo había de dar una civilización más adelantada; la que corresponde á la edad del bronce: en esta edad aparece perfectamente distinguida la cámara sepulcral, casi siempre cuadrada ó rectangular, del corredor que se extiende más ó menos, y esta forma ya se empleará constantemente, aunque desaparezca la causa que la hizo nacer; que esta es la regla constante en la evolución artística; y así, la sepultura servirá para contener un solo cadáver, y seguirá teniendo cámara y corredor, siendo la construcción más ó menos grandiosa, según la importancia y el poderío del jefe.

La última evolución de esta forma prehistórica, la hallamos en el túmulo de Castilleja antes descrito, en el que las influencias extrañas han aportado elementos nuevos, tales como la forma circular de la cámara y los demás entonces analizados. Á partir de aquí, este arte desaparece; con las razas históricas vienen nuevos sistemas de

construcción, obedeciendo á nuevas creencias y á otras direcciones del pensamiento; mas la idea madre de la construcción sepulcral prehistórica, la que les llevó á ocultar á sus muertos bajo espesa capa de tierra, no se borra por completo; por esto los egipcios levantan túmulos de piedra en sus pirámides y mastabas y excavan palacios subterráneos para sus muertos; los persas dan por sepulcro, á Darío y á sus sucesores, las rocas de *Nakche-Rousten* y de *Takte-djemchid*; los khetas horadan las montañas de *Gherdek-Kaiasi* (1); los hebreos levantan el *monolito de Siloam* y entierran á sus Patriarcas en las cavernas del valle de *Hinnom* (2); los griegos construyen sus *tesoros*; los romanos siguen excavando sus monumentos funerarios en la tierra (3), y aun cuando el cuerpo era reducido á cenizas, en ella depositaban la urna que las contenía; y por último, aun en la actualidad, la suntuosa sepultura se construye bajo tierra. La idea podrá tener diferente explicación; revestir variadas formas, y representar cosa distinta, pero siempre es una misma, que empezando en nuestros días, va apareciendo al través de todos los siglos y de todas las civilizaciones.

CASTILLO DE LAS GUARDAS

Próximos á este pueblo, se hallan los únicos y verdaderos yacimientos de diorita y de serpentina que existen en la provincia (4); natural es, por tanto, que este lugar sea rico en restos prehistóricos, puesto que en él están los depósitos de los materiales que, casi ex-

(1) Perrot et Chipiez.—*Histoire de l'art dans l'antiquité*, T. V.

(2) E. Babelon.—*Manuel d'archéologie orientale*, pág. 251.

(3) Como puede verse en la necrópolis romana del mismo Carmona.

(4) Estas rocas fueron analizadas por D. Salvador Calderón.

clusivamente, se empleaban en la fabricación de armas en esta edad neolítica; efectivamente, gran número de celtas se recogen por todos aquellos contornos (1); mas de ellos no hemos podido observar ninguno, y sólo á título de noticia segura consignamos tal hecho.

Como vemos, pocos elementos ofrece esta región; y aparte de la necrópolis situada cerca del Ronquillo, no hay dato de importancia que pueda ser citado: hay, sí, presunciones de grandes riquezas arqueológicas, pero estas presunciones no bastan á fundar en ellas una anotación geográfica, pues en el mapa nos proponemos incluir tan solo, los puntos sobre los cuales no quepa discusión; por esto no anotamos á Castilblanco, aunque sabemos que en su término se encuentra abundancia de celtas, y pasamos en silencio algunos otros lugares de los que no tenemos noticias seguras.

Quédanos, pues, por estudiar, la última de las regiones en que hemos dividido el suelo de nuestra provincia.

(1) No citamos unos restos situados en la dehesa de *Quinto*, que muchos han calificado de dólmen trilitico, porque no presentan caracteres bien definidos y al parecer solo se trata de la entrada de una gruta, que bien pudo haber servido de habitación, pero en la que ninguna investigación se ha llevado á cabo.

4.^a REGIÓN

CUENCA DE LA RIVERA DE HUEZNA

En esta región los yacimientos son ya más numerosos, si bien proporcionan solamente objetos aislados, y no construcciones, que son, como se ha podido notar, las fuentes que más caudal de inducciones aportan.

PUEBLA DE LOS INFANTES

Ya mas arriba citado, con motivo del hallazgo de restos humanos en el camino que conduce de este pueblo á Peñafior, tiene su lugar en esta región, por el hecho de haberse hallado gran número de martillos de piedra (1), algunos de los cuales presentan un mango de la misma materia.

(1) Uno de ellos, examinado por nosotros, se halla en poder de don José Criado.

PEDROSO

Aunque en este lugar es seguro que la población debió de haber sido muy numerosa, á causa de su disposición topográfica, sin embargo, de ella no ha podido conseguirse, hasta el día, más que un bonito raspador de fibrolita pulimentada (1) y un celta con bisel simple, de tremolita, de siete centímetros de longitud (2).

CONSTANTINA

De aquí poseemos algo más interesante, á saber; un cuchillo de sílex de 10 cm. de longitud, encontrado en la gruta del *Robledo* (3), y decimos esto, porque ya vemos cuán poco abundantes son los objetos de sílex tallado, con relación á los de piedra pulimentada. También háse hallado un celta cilíndrico, de 10 cm. de longitud, cerca del puente situado entre Constantina y Cazalla (4).

CAZALLA DE LA SIERRA

Los yacimientos de este pueblo han proporcionado mayor número de objetos, aunque todos pertenecientes á la clase de celtas,

(1) M. de Hist. Nat., N.º 68.

(2) Museo Arqueológico Nacional, N.º 326.

(3) M. de Hist. Nat., N.º 210.

(4) Id. id. id., N.º 126.

tan conocidos y tan abundantes en toda esta comarca. Los instrumentos que hemos analizado, son los siguientes:

Un celta cilíndrico, de 10 cm. de longitud.	(M. de Hist. Nat. N.º 121)
Otro id. id., roto en su base, de 13 cm. id.	(id. id. » 116)
Otro id., sección rectangular y bisel oblicuo, 9 cm.	(id. id. » 120)
Otro id., corte en doble bisel, 11 cm.	(id. id. » 122)
Otro id., corte oblicuo, 7 cm.	(id. id. » 64)
Otro id., sección rectangular, 11 cm.	(id. id. » 96)

Además tenemos que citar un magnífico pico de diorita, perfectamente pulimentado, de unos 40 cm. de longitud, encontrado por D. Félix Zabalza (1).

Respecto á monumentos pertenecientes á estas épocas, poco pudimos hallar en la excursión que á estos lugares dirigimos, encaminada á estudiarlos. Hablábannos de construcciones dolménicas, levantadas en las mismas fuentes de la Rivera de Huezna, cuya existencia no pudimos comprobar; teníamos también noticias de que en la huerta llamada de *Los Nogales*, junto á aquella corriente de aguas, y en el camino que conduce á San Nicolás del Puerto, había señalado D. Carlos Cañal la existencia de un dólmen; pero en el exámen detenido que hicimos sobre el terreno, no pudimos reconocer ningún carácter tan determinado que hubiera podido llevarnos también á hacer aquella afirmación. Casi en el mismo lecho de la corriente, nótase, es cierto, un montón informe de grandes piedras: disponiendo de una muy buena voluntad, podrá verse, sobre todo en la parte opuesta al río, alguna regularidad en la disposición de estas piedras; pero en todo caso, tal hacinamiento podría tener de dique para contener á las aguas en sus avenidas, todo lo que le falta para ser monu-

(1) Hoy se halla en poder de Mr. de Pontsevrets, profesor en Paris, por donación de D. A. J. Placer.

mento sepulcral. Desde luego, no admito que pueda ser dólmen, lo que de ningún modo tiene este carácter, y, por otra parte, el sitio en que está colocado, tampoco permite considerar á aquel montón de piedras como monumento sepulcral. Se levanta, como hemos dicho, casi en el lecho del río, y es probable que con frecuencia se viera rodeado por sus aguas; ahora bien; si en todas partes hemos visto á los hombres de estas edades, reservar para sus muertos los lugares que ofrecían más seguridad para la conservación de sus restos; si túmulos, dólmenes y sepulturas se colocaban siempre en los sitios más elevados, aun cuando no existiera peligro inmediato de inundaciones, obedeciendo quizás á creencias acerca de la otra vida, esta sola consideración nos llevará á negar el carácter de sepulcral atribuido á esto, que no negamos pueda ser una construcción, obra del hombre. El destino que tuviera esta construcción, lo ignoramos, y aun debemos mirarnos mucho antes de considerar prehistórico lo que bien pudieran ser restos de una construcción romana ó árabe, destinada á aprovechar en alguna forma las aguas de la corriente, bien para mover algún molino, bien para regar alguna huerta.

No lejos de este sitio que hemos estudiado; en el llamado *Valle de la Paloma*, y en lo alto de un enorme y empinado cerro, examinamos unas sepulturas, de las cuales nos habían hablado. Conocidas con el nombre tan común de *sepulturas de los gigantes*, no ofrecen ningún carácter notable; son pequeñas cavidades formadas con lajas de piedra, capaces para contener un cuerpo solamente, y según afirman, proporcionaron al ser descubiertas, algún hacha de piedra y restos de vajilla.

Por último; no existen los dólmenes que en aquel lugar señalaban algunos, ni hay en aquellos agrestes sitios restos de construcciones, que, á creer á los campesinos, solo se observan en los lejanos cerros de *Las Berracas*.

GUADALCANAL

Entre este punto y el anterior, á distancia de tres leguas de cada uno de ellos, hállase situada la célebre *Cueva de Santiago*: en un tajo casi perpendicular, por cuya base corren las aguas de un riachuelo, se abre la entrada á bastante altura, y á ella se llega por empinada cuesta formada, por los detritus de la montaña: la abertura natural, bastante ancha, vése redondeada artificialmente, en forma circular, á manera de medio punto, y por ella se penetra fácilmente á una extensa explanada; tanto sus paredes, como la enorme bóveda que la cubre, presentan señales evidéntísimas de haber sufrido la acción del trabajo humano, ensanchándola, quizás, ó haciendo desaparecer las asperezas de la superficie; en todas partes se notan los efectos de aquel primitivo trabajo, y en muchas, las rugosidades y aristas producidas por las lajas de piedra arrancadas, están rellenas ó alisadas por concreciones estalactíticas, que han tenido tiempo de formarse desde que la cueva dejó de ser habitada.

Este carácter de habitación del hombre primitivo que asignamos á la cueva, se revela simplemente á la primera ojeada, y hasta puede considerarse la explanada que hemos mencionado, como punto céntrico de la vivienda; dado que allí debió de estar el hogar, cuyo humo se escapaba por una abertura que aún existe, practicada en la bóveda. Á la explanada concurren y de ella parten, conductos que se introducen profundamente en la montaña; uno de estos conductos, el único practicable, es extensísimo y ofrece grandes espacios, terminándose en un gran depósito de agua, producto quizás de las filtraciones del arroyo.

Por la ligera descripción que hemos hecho, se comprenderá la importancia de la caverna, y las grandes esperanzas que hace con-

cebir, de que sea una mina abundante de riquezas arqueológicas. Una exploración completa y bien ordenada de esta vivienda prehistórica, había de producir, con seguridad, grandes resultados; pero, desgraciadamente, el trabajo es difícil y costoso; la afición á estos estudios, aún no se ha despertado en nuestro país; las corporaciones que podrían prestar su valioso concurso á estas investigaciones, aún no se han penetrado de la gran importancia que tienen, y habrá que esperar á que un hombre generoso tome á su cargo la empresa de descubrir los materiales científicos, que á no ser así, permanecerán ignorados.

Y que habrían de ser en gran cantidad, lo demuestra el hecho de que sin haber practicado trabajo alguno, como no haya sido el excavar un poco la superficie del suelo, han podido recojerse objetos de sílex muy curiosos; á saber; dos cuchillos de 7 cm. de longitud cada uno (1); un trozo informe, así como astilla tallada (2), y una punta muy semejante á las del tipo de Moustier (3).

Otra estación muy curiosa, no menos digna que la anterior de un detenido exámen, tuvimos ocasión de anotar en la exploración que hicimos de esta comarca. Al N. E. de Guadalcanal, en dirección opuesta á la cueva de Santiago, y próximamente á una legua de la población, hállanse las célebres y antiguas minas de plata llamadas de *Pozo-Rico*, hoy agotadas; no lejos de allí brota una fuente de riquísimas aguas, que dá su caudal á un arroyuelo inmediato, y muy cerca de este manantial, llamado *Fuente de la Cueva*, se levanta una colina, en la que puede verse una notable gruta prehistórica. Es esta de dimensiones reducidas y formada por un pequeño espacio circular, de unos 9 metros de diámetro; á la izquierda, hállase practicado un hueco estrecho, al que se llega por un corredor, ó mejor dicho, por un conducto angosto, y á la derecha, el espacio circular se de-

(1) Museo de Hist. Nat.—Números 76 y 119.

(2) Id. id. id.—Núm.º 111.

(3) Id. id. id.—Núm.º 72.

forma, penetrando un poco en la masa pétreo de la colina; la entrada de la gruta está perfectamente trabajada en una superficie vertical, presentando un arco de medio punto en el dintel y jambas rectas. Tanto en la bóveda, que se eleva poco, como en las paredes y en el hueco de entrada, se ven los caracteres necesarios para atribuir al hombre el trabajo que revelan: pudo haber sido una oquedad natural, pero no cabe la menor duda, después de haberla visto, de que el hombre la habilitó para que sirviera de vivienda, desbastando sus paredes, regularizando, hasta cierto punto, la superficie de la roca, y haciendo practicable la abertura de entrada. Hemos dicho que la bóveda era poco elevada, más esto no es cierto en absoluto: lo que pasa, es que el suelo de la gruta está aterrado; los detritus de la bóveda, la tierra y los materiales traídos de afuera por los vientos; causas, cuyos efectos se han ido acumulando durante siglos, han extendido una espesa capa sobre el suelo: en dos sitios diferentes dispusimos una excavación, con los escasos elementos de que disponíamos, y á metro y medio de profundidad aún no dimos con la roca. Una exploración detenida y completa en esta gruta, había de proporcionar algún objeto curioso, y mayor resultado se obtendría, si los trabajos se dirigieran á descubrir la entrada de otra gruta análoga á la descrita, que indudablemente debe de existir en la misma colina, cerca de esta, y cuya entrada se marca perfectamente, por más que al presente se halle cegada.

Al salir del *Coto de Val de Fuente*, donde se encuentran estas grutas, puede seguirse, para regresar á Guadalcanal, el *Carril de Carboneros*; el que se dirija por este camino, al llegar á la linde que separa la dehesilla de *Viñuela*, del pago de *Magrao*, se detendrá, sin duda alguna, delante de una enorme piedra horizontal que se levanta, mal sostenida por otras verticales no tan grandes: esta es la *Piedra corcobada*, que calificará de dólmen á la primera ojeada. Tal creemos, en efecto, que es, pues no consideramos natural la colocación de aquel monolito, en sitio en el que nada se ofrece parecido, y en el que la roca, que no escasea, forma una masa continua, oculta por

la tierra vegetal, sin presentar los enormes trozos sueltos que en otros lugares, como en Carmona, por ejemplo, dan lugar á errores.

Para terminar el estudio que dedicamos á Guadalcanal, falta hacernos cargo de lo que dejó publicado el Sr. D. Miguel de Torre (1), referente á hallazgos hechos en la *Sierra del Agua*, no lejos de la población. «Enfrente de Guadalcanal, leemos en el citado artículo, y en dirección de Noroeste á Sudeste, se destaca un prolongado cerro, algo inferior en altura al que domina aquella población y cuya estructura, de calizas compactas, forman bancos salientes dispuestos en hilera, los unos sobre los otros, desde su base hasta su cima. Aquella montaña prolongada, se conoce con la denominación de *Sierra del Agua*, y tanto en ella como en toda la inmensa extensión de terreno que corre desde Cazalla, por San Nicolás del Puerto, al Este, y en dirección al Viar, al Oeste, encuéntranse grandes cavidades, grutas ó cavernas, en las que se han recojido abundantes pruebas de que en la edad prehistórica fueron lugares de habitación».

Una de ellas, la llamada *Cueva de San Francisco*, aislada en un cerro al Nordeste y cerca de la población, fué explorada hace ya bastante tiempo por vecinos de Sevilla y de Sanlúcar, que iban guiados por la sospecha de que allí pudiera existir un filón cobrizo; pero si el filón no se encontró, halláronse en cambio dos esqueletos humanos envueltos en una espesa capa de estalagmita. Posteriormente, en la excursión dirigida por el Sr. Machado, de la que fué crónica el artículo que nos ocupa, hiciéronse en ella algunas investigaciones, que no obstante haber sido muy superficiales, dieron por resultado el hallazgo de «restos de vasija tosca y no cocida, fragmentos de huesos humanos, alguna cantidad de carbón y una punta de sílex tallado».

Pues bien; con objeto de comprobar las noticias referidas, exploramos con detenimiento la *Sierra del Agua*, y he aquí el resul-

(1) Miguel de Torre.—*Excursión geológica á Guadalcanal*, en la *Revista de Filosofía y Ciencias* de Sevilla: T. III, N.º 2.º, págs. 82-88.

tado de nuestras modestas observaciones. No dudamos que en ella hayan podido existir grutas ó cavernas que sirvieran de habitación al hombre primitivo; pero creemos muy difícil que hoy puedan conservar los caracteres que en la de Santiago y en la de la Fuente hemos señalado: la llamada *Cueva de los Machos*, la del *Agua*, las *Cuevas de la Jayona*, todas las que se abren en la masa de aquella Sierra, y que fueron visitadas por nosotros, son simplemente minas abandonadas, que hoy se explotan, y respecto de las cuales no puede afirmarse que fueran lugares de habitación: la importancia que alguna pudo tener, la perdió al ser convertida en mina, y la que fué mina en la antigüedad, hoy ya no ofrece materia de estudio para nosotros. No sabemos en qué consisten las pruebas que obligan á considerar, á las cavidades que pudieron existir, como viviendas prehistóricas: lo que sí sabemos, es que la llamada *Cueva de San Francisco* no es tal cueva, sino una mina agotada, en la que nos cuesta mucho trabajo creer que hubieran podido encontrarse por aquellos excursionistas, los objetos citados en la crónica (1). El hallazgo de los esqueletos es muy probable que sea fantástico: de una parte, el suelo de la mina no es estalagmítico, y de otro, es muy extraño que de un tan importante descubrimiento nadie haya vuelto á hablar una palabra (2):

(1) No tratamos con esto de poner en duda la veracidad y la buena fe del malogrado autor de esta crónica; pero sí nos será permitido suponer que pudo haber habido equivocación al calificar de prehistóricos aquellos objetos hallados, que bien pudieron haber sido modernos. Á esto nos lleva, en primer lugar, el estudio que hemos hecho de las cuevas; en segundo lugar, el carácter de inexactitud que, como ha podido verse en el curso de la obra, hemos descubierto en todas las observaciones, que respecto á estos asuntos, ha hecho el Sr. Machado: ningún dato prehistórico proporcionado por este sabio naturalista, ha podido ser aprovechado; muchas veces hemos perdido el tiempo en comprobar noticias que han resultado imaginarias, y ha costado mucho trabajo y grandes incomodidades el querer asegurarse de hechos, que luego no tuvieron realidad más que en la fantasía de aquel señor. El resultado de esto ha sido, el que hoy nos veamos obligados á no admitir nada de lo que han dejado consignado, tanto él como los que seguían sus inspiraciones.

(2) La especie de que algunos ingleses que iban con los exploradores,

quizás de los huesos de algún animal caído y muerto en la mina, formara la imaginación popular dos esqueletos humanos; esto ha sucedido con frecuencia.

En resúmen; á nuestro entender, la Sierra del Agua no es punto á donde puede dirigirse con fruto una exploración, y las noticias que de sus cuevas han llegado á nosotros deben ser acogidas con reserva.

ALANÍS

De este punto procede un percutor ó martillo, en forma de celta cilíndrico sin bisel, de 12 cm. de longitud por 5 cm. de diámetro (1), y un fragmento de hiperita verdosa pulimentada, de 7 cm. (2).

SAN NICOLÁS DEL PUERTO

De aquí se han recojido un hacha de diorita compacta de 12 cm. (3); tres celtas casi cilíndricos, uno de ellos de 16 cm., otro plano de 11 cm. y un trozo de 10 cm. (4). Tambien tiene igual procedencia, un objeto muy curioso y único que de su clase ha podido conseguirse en toda la provincia, á saber; una pesa de telar, cuyos tres

enviaron los esqueletos al Museo Británico, no la hemos confirmado; pues en contestación á nuestra pregunta, se nos dijo desde allí, que en el citado Museo no se tenía noticia de tal donativo.

(1) M. de Hist. Nat., N.º 206.

(2) Museo Arqueológico Nacional, N.º 292.

(3) M. Arqueológico Nacional, N.º 221.

(4) M. de Hist. Nat., Números 117, 63, 65, 118 y 106.

ejes miden respectivamente 14, 9 y 7 cm.: la pesa, de forma ovoidea, está labrada en arenisca antigua y presenta dos pequeños agujeros en los extremidades del eje menor (1).

Queda con esto terminada la revista que nos proponíamos hacer en la parte descriptiva, de los yacimientos existentes en la provincia: ya antes lo hemos dicho, é insistimos ahora en lo mismo; no hemos colocado aquí sino aquellos puntos, en los cuales sabemos positivamente que se han realizado hallazgos; de otra multitud de ellos, de los cuales tenemos noticias, no nos hemos ocupado, dejando para los que vengan detrás, la tarea de confirmarlas, mediante excursiones á ellos dirigidas y excavaciones en ellos practicadas. Es esta labor costosa y larga, en la que todos se deben empeñar, pues al llevarla á cabo, habrán hecho un servicio á la gran obra del porvenir, á la reconstitución de la Historia patria.

Conforme, ahora, con lo que más arriba dejamos dicho, reunimos á continuación todos los datos de que hemos hecho mención, en varios cuadros sinópticos, que además de facilitar el estudio, servirán como de resúmen de esta parte descriptiva y vendrán á ser una especie de catálogo de las riquezas prehistóricas de nuestra provincia.

CUADRO 1.º

EDAD NEOLÍTICA.—YACIMIENTOS Y LUGARES DE HABITACIÓN

Región	LOCALIDAD	LUGAR DEL YACIMIENTO	OBJETOS ENCONTRADOS.	Dimensiones.	Museo ó colección donde están depositados.	Números.	
VALLE DEL GUADALQUIVIR	Dos-Hermanas.	Torre los Herberos .	Un hacha de piedra pulimentada.	20 cm.	D. José Lamarque		
	Coria del Río	Cerro de San Juan. {	Un hacha cilíndrico.	9 »	Ateneo.	414	
			2 cuchillos de sílex.		Gab. Hist. Nat.		
	Sevilla	Fuente del Arzobispo	Una astilla de sílex ?	4 »	» » »	205	
Alcolea del Río.		Un percutor cilíndrico.	11 »	Ateneo.			
VEGAS	Carmona.	El Picacho	Un cuchillo de sílex.		Gab. Hist. Nat.	414-c.	
		Cuevas del Judío.	Instrumentos de sílex, hachas de piedra pulimentada y restos de vajilla.		D. Juan Peláez.		
		La Ranilla	Un martillo de piedra (hallado en el interior del túmulo).	20 »	Sociedad Arqueológica de Carm.ª		
REGIÓN DE LAS	Mairena del Alcor. {	Cuevas de Sta. Lucía	Sin explorar.				
			Hachas, cuchillos de sílex, restos de vajilla, etc., etc.		D. Felipe Mendez.		
	Morón.	Sierra Pozo-Amargo. {		Un molino pequeño.		D. Fernando Coca	
				12 hachas de piedra pulimentada.		D. Andrés Villalón y D. Antonio J. Placer.	207
			Un celta de doble bisel y una cara plana.		Gab. Hist. Nat.		
	Coronil.	Portichuelo.	Cuchillo de sílex.				
Saucejo	Cortijo de San Pedro.	Un hacha de diorita pulimentada.	26 »	Arq.º Nacional.	203		
Osuna.		Un hacha de corte en bisel simple.		Gab. Hist. Nat.	75		
CUENCA DE LA RIVERA HUELVA	Guillena.	Dehesa de la Lapa.	Un pico de piedra pulimentada.	30 »	Museo Municipal.		
	Castillo de las Guardas.		Numerosas hachas.				

Región	LOCALIDAD	LUGAR DEL YACIMIENTO	OBJETOS ENCONTRADOS.	Dimensiones.	Museo ó colección donde están depositados.	Números.	
LA RIVERA DE HUEZNA	Pedroso	Un raspador de fibrolita pulimentado.	Gab. Hist. Nat.	68	
			Un hacha bisel simple, de tremolita.	7 »	Arq. ^{co} Nacional.	326	
	Constantina.	Gruta del Robledo.	Un cuchillo de sílex.	10 »	Gab. Hist. Nat.	210	
			Puente entre Constantina y Cazalla.	Un hacha cilíndrico.	10 »	» » »	126
	Cazalla de la Sierra.	Un hacha cilíndrico.	10 »	Gab. Hist. Nat.	121	
			Un id. id., roto en la base.	13 »	» » »	116	
			Un id., sección rectangular.	11 »	» » »	98	
			Un id. id. id., bisel oblicuo.	9 »	» » »	120	
			Un id., corte en doble bisel.	11 »	» » »	122	
			Un id., bisel oblicuo.	7 »	» » »	64	
	Guadalcanal.	Grutas de Val de Fuente.	Un pico muy bien pulimentado.	35 »	Mr. Poncevrets.		
			2 cuchillos de sílex.	7 »	Gab. Hist. Nat.	76 y 119	
			Una astilla tallada por una sola cara (¿tipo de Moustier?).	7 »	» » »	111	
	CUENCA DE	Alanís.	Trozo de hiperita verdosa pulimentado.	7 »	Arq. ^{co} Nacional	292
				Un percutor	12 »	Gab. Hist. Nat.	206
San Nicolás del Puerto	Un hacha de diorita compacta.	12 »	Arq. ^{co} Nacional.	221	
			3 hachas cilíndricos.	Gab. Hist. Nat.	117 63 65	
			Un hacha aplanado.	11 »	» » »	118	
San Nicolás del Puerto	Trozo de hacha.	10 »	» » »	106	
			Una pesa de telar, de arenisca antigua, forma ovoidea.	14,9,7 »	» » »	48	

NOTA.—En este cuadro 1.º hemos colocado todos los objetos aislados que no han ofrecido caracteres bastantes para ser colocados en otros cuadros

CUADRO 2.^o
EDAD NEOLÍTICA.—NECRÓPOLIS Y SEPULTURAS AISLADAS

LOCALIDAD	LUGAR EN QUE ESTÁ SITUADO.	Clase del monumento.	OBJETOS ENCONTRADOS	Museo ó colección donde están depositados.	Números.
Carmona.	Carretera general de Madrid, á 4 km. al Sur de la población.	Túmulos.	Armas y utensilios de sílex tallado, buriles, raspadores, hachas pulimentadas, etc., etc.	D. Juan Peláez	
			Huesos grabados.		
			Restos de vajilla.		
			Cráneos y otros huesos humanos.		
			Gran número de objetos de todas clases y formas.		
El Judío.	Túmulos.	Huesos humanos y restos de vajilla	D. Jorge Bonsor		
La Ranilla.	Túmulo.	Sin explorar.			
La Batida.	Sepultura.	Esqueleto y armas de sílex.	D. J. Peláez.		
Las Cumbres.	Sepultura.	Esqueleto, armas de sílex y vasijas (éstas y el cráneo).	D. Claudio Cadena		
Alcaudete.	Túmulos.	Huesos esculpidos.	Sociedad Arqueológica de Carm. ^a	
Mairena.	Los Toruños.	Túmulo.	Sin explorar.	Gab. Hist. Nat.	414-d-
Gandul.	Túmulos.	Sin explorar.		
Cazalla de la Sierra.	Valle de la Paloma	Sepulturas.	Hachas pulimentadas y vajilla ?		
Guadalcanal.	Piedra corcobada	Dólmen.			

EPOCA DE TRANSICIÓN.—LUGARES DE SEPULTURA

LOCALIDAD	LUGAR EN QUE ESTÁ SITUADO	CLASE DEL MONUMENTO	OBJETOS ENCONTRADOS	MUSEO	
Morón.	Dehesa de San Pedro.	Los Llanos.	Dólmen prolongado rodeado de un cromlech.	Ateneo.	
		Colada del Cañuelo.	Sepultura tumuliforme. llamada del Gigante.		
	Dehesa de la Párraga.	Restos de otras sepulturas y de construcciones megalíticas.			
Corcnil.	La Aguzadera.	Restos de un dólmen.	Un pico y varias hachas de piedra pulimentada, martillos esféricos, cuchillos, puntas de flecha y un buril de sílex; hachas, sierra y cinceles de cobre; tres vasijas de barro y muchos trozos de vajilla; un frontal, una mandíbula, una tibia y otros varios huesos humanos; huesos de animales; colmillos de jabalí, conchas y otros objetos de adorno; restos de carbón, etc., etc		
		Sepulturas tumuliformes destruidas . . . ,			
Benquillo.	Dehesa de Canillas.	Cerro de los Entierros.			Sepultura megalítica de planta trapezoidal
		Barranco de los Junciales.			Sepultura análoga á la anterior.
	Dehesa de la Serrana.	Otra igual más destruida. . .			

CUADRO 4.º

EDAD DEL BRONCE.—YACIMIENTOS Y LUGARES DE HABITACIÓN

LOCALIDAD	LUGAR DEL YACIMIENTO	OBJETOS ENCONTRADOS	Dimensiones	Museo ó colección donde están depositados.	Números.
Lebrija.	Cerro del Castillo	2 cuchillos de sílex.			
Lora del Río.	2 puntas de lanza de cobre.	7 cm. 6 »	Gab. Hist. Nat.	203
Peñaflor.	Vereda á Puebla de los Infantes.	2 martillos de piedra, un cráneo y otros huesos.		Gab. Hist. Nat.	164
Puebla de los Infantes	Martillos con hendidura y otros con mango de piedra.		D. José Criado.	
Carmona.	Las Cumbres.	Una punta de lanza y cruceta de piedra.		D. Manuel Sales.	
Lora de Estepa.	Mina antigua abandonada.	Hachas de piedra, martillos, restos de vasijas.		D. José López y D. José Criado.	

EDAD DEL BRONCE.—LUGARES DE SEPULTURA

LOCALIDAD	LUGAR EN QUE ESTÁ SITUADO	CLASE DEL MONUMENTO	OBJETOS ENCONTRADOS	Museo ó colección donde están depositados.
Lebrija.	El Alamillo.	Sepultura.	Un hacha de cobre, una punta de lanza y dos agujetas del mismo metal y huesos humanos.	
Castilleja de Guzmán.	Gran túmulo con cámara circular y largo corredor	24 flechas de bronce (halladas en el exterior) 12 de ellas.	Arq.º Provincial.
	Cerros de Santa Brígida.	Túmulos.	Sin explorar.	
	Necrópolis prehistórica.	Túmulos.	Huesos calcinados y algunos objetos de bronce y oro	
	Cerro de la Batida.	Hornos crematorios.	Huesos calcinados, hachas de piedra, restos de vasijas y ceniza.	» » »
Carmona.	La Alcantarilla.	Gran túmulo.	Huesos calcinados, gran cantidad de carbón, 2 vasijas de barro hechas á torno, de fondo plano y con asas, otra grande de fondo terminado en punta, fragmentos de otras muchas y restos de tejido carbonizado.	D. Jorge Bonsor.
	El Judío.	Sepulturas	Huesos calcinados y restos de vasijas	
Mairena.	2 vasijas de barro de formas etruscas.	D. Felipe Méndez

6

PARTE CRÍTICA

Difícil es por todo extremo el emitir juicios definitivos acerca de las cuestiones hasta aquí planteadas, dados los pocos elementos de que para ello disponemos: aunque la dificultad originada por esta carencia de datos, pueda ser vencida, el juicio ha de quedar en pié, dispuesto á ser rectificado inmediatamente que se realice un nuevo descubrimiento, que aporte nuevos elementos de crítica. Este, sin embargo, es el procedimiento de la nueva ciencia y en él ha fundado sus notables adelantos. En su labor constante, en su tejer y destejer continuo, en su perpétuo ir y venir, la Prehistoria, en vez de perder terreno, ha ido siempre conquistando otros nuevos, y si un descubrimiento hacía rectificar juicios anteriores, proporcionaba, en cambio, seguros conocimientos, que ya quedaban firmes con la solidez que dá la prueba plena.

Por otra parte; no hemos de tratar aquí de sentar conclusiones definitivas; nos proponemos solamente exponer las inducciones que permita hacer el estado actual de la ciencia en nuestra provincia, bien entendido, que cada día que pase, los adelantos que experimente, resultado de las investigaciones que se lleven á cabo, han

de venir á rectificar ó á afirmar estas conclusiones, que no pueden tener más carácter que el de provisionales.

Si estudiamos el mapa colocado al final del libro y que hemos trazado guiándonos por los datos de la Parte Descriptiva, observaremos una ley constante en la disposición de los primitivos centros de población. Hállanse éstos siempre colocados á orillas de las fuentes ó de las corrientes de agua, y situados, cuando la topografía del lugar lo ha permitido, en alturas á donde no pudieran llegar las inundaciones, entonces muy frecuentes: más se dirigen á satisfacer la primera exigencia que la segunda, bastándoles para este último cuidado el aminorar los riesgos, cuando no pudieran hacerlos desaparecer por completo.

Una prueba manifiesta de esto, se tiene, observando los yacimientos colocados en las orillas del Guadalquivir, desde Lebrija á Peñafior. Allí donde la orilla es el límite de una llanura baja, no hay que buscar restos prehistóricos, que si se encuentran, sólo serán debidos al acarreo, á la casualidad; en cambio, allí donde la orilla se eleva, formando una línea de colinas más ó menos altas, allí se descubren las estaciones ó se recogen multitud de instrumentos de estas edades. Así se vé, que Lebrija, primero de los yacimientos estudiados á orillas del río, está colocado en una altura, última estribación de la sierra del Sudeste de la provincia: en toda la parte baja que se extiende, á partir de este punto, hacia el N. por las dos orillas, no se encuentran señales de habitación, hasta que llegamos á la cadena de cerros, que por la margen derecha, empieza en Puebla y van á unirse, formando una elevada meseta, á los últimos contrafuertes de la cordillera Mariánica: en toda la orilla izquierda, sólo hemos señalado restos insignificantes; uno en la alturita de la Torre de los Herberos, y otro dudoso en Sevilla, en la Fuente del Arzobispo. A partir de aquí, ya casi todos los yacimientos, como Alcolea, Lora del Rio y Peñafior, están situados en la misma orilla derecha, sin

que exista traza ni señal de ella en la izquierda, baja y fácilmente expuesta á los desbordamientos.

Lo mismo que hemos observado aquí, se observa en la cuenca lacustre, que estudiamos con el nombre de Región de las Vegas. De toda la dilatada extensión de ellas, no se obtiene el menor dato arqueológico; para encontrar los cuales, hay que dirigirse, bien al Noroeste, á los alcores de Mairena y Carmona, bien al Sudeste, á los terrenos elevados de Moron, Coronil y Saucejo hasta Lora de Estepa.

Esto nos demuestra que la topografía del país, aunque semejante, variaba algo de la actual. Más caudaloso el río, extendería sus aguas por una cuenca mayor que abarcaría las tierras bajas de su margen izquierda, quizás desde más allá de Córdoba hasta su desembocadura, y las de la derecha, desde Puebla del Río hasta el mar, cubriendo las dos grandes islas que hoy dividen su curso, inundando las marismas con sus aguas, y sólo dejando fuera de ellas algún que otro terreno más elevado, que poco á poco, iría ganando en extensión con los sedimentos de la corriente.

Por lo que hace á la Región de las Vegas, sin duda que no serían muy habitables estas tierras bajas y pantanosas. No del todo desecado el lago primitivo que las cubría, sus aguas se habrían recogido á las hondonadas, formando lagunas de mayor ó menor extensión, que la horizontalidad del suelo, impidiendo toda clase de corrientes, convertiría en laboratorios, de la que hoy es fertilísima tierra vegetal, y obligando á las gentes á vivir en las partes altas, que en el mapa hemos señalado, y en las cuales desarrollaron una civilización admirable y peculiar de esta región.

De las otras dos comarcas, nada diremos: colocadas en terrenos montuosos, las habitaciones no tenían que sujetarse á disposiciones topográficas; en todas partes encontrarían lugares satisfactorios para sus necesidades, corrientes de limpias aguas, fuentes abundantes, bosques espesos y grutas espaciosas. Por esta razón, en todas partes hallamos restos que prueban lo densa que era la población prehistórica de estas comarcas.



Explicada la habitación de las gentes primitivas, corresponde lógicamente hablar ahora de la raza á que pertenecieron; mas este punto, uno de los más importantes que hay que dilucidar en toda investigación de esta clase, cuenta hoy con pocos datos en nuestra provincia, así es, que sólo haciendo uso de los materiales suministrados por todas las ciencias auxiliares de la paleoetnografía, podemos emitir un juicio. Los restos humanos han sido escasos en todos los yacimientos; cuando se han encontrado, ó han sido destruidos, ó no se han estudiado con la atención que la importancia del hallazgo merecía, y en definitiva, sólo contamos con los cráneos conservados en Carmona, con los huesos del Coronil, y con el cráneo del minero de Peñaflor. Los caracteres de estos cráneos, conducen á referir á la raza de Cro-Magnon, tanto á los habitantes de aquellos lugares, cuanto á los constructores de la necrópolis del Ronquillo, del cromlech de Morón y de los demás monumentos sepulcrales mencionados. No presentan, en efecto, estos cráneos la dolicocefalia exajerada, ni el desarrollo de la región occipital que caracteriza á los de la raza de Canstadt, ni son decididamente braquicéfalos, como lo fueron los de Furfooz y Robenhausen: por otra parte, no poseemos prueba alguna de la existencia de estas últimas razas, no ya en nuestra provincia, sino casi en ningún punto de España; de los restos pertenecientes á la raza de Cro-Magnón, pasamos inmediatamente á los de la época romana, y mientras que aquellos restos son abundantísimos, no existe, que sepamos, yacimiento alguno que pueda positivamente referirse á razas prehistóricas posteriores.

Deducimos de aquí, que la corriente de emigración, que procedente de Asia, penetró por el valle del Danubio, extendiéndose hasta el Occidente de Europa, no llegó á estas regiones meridionales, en las cuales las razas primitivas de Cro-Magnón, se dan la mano con las históricas. La invasión se realizó, pues, en estas apartadas edades, afectando los mismos caracteres que posteriormente han afectado todas las invasiones, y que han pasado á constituir verdaderas leyes históricas. Siguiendo el camino marcado por las grandes vías

fluviales, llegan los nuevos pueblos, como torrente desbordado, destruyendo cuantos obstáculos se oponen á su paso, asolando las comarcas en que encuentran resistencia, y haciendo huir ante su marcha, las poblaciones atemorizadas y débiles para oponer un dique á su irresistible empuje: arrojándose las unas sobre las otras, las poblaciones invadidas van replegándose hacia el interior, aumentando su densidad á medida que huyen, en tanto que los invasores, al establecerse en las tierras conquistadas, van segregándose, dividiéndose, debilitando su fuerza y disminuyendo la violencia del choque. Llegados á cierto límite, el dique se forma por sí solo: los vencidos se han apiñado; el vencedor ha perdido elementos de lucha, y tras un período de convulsiones más ó menos largo, viene á establecerse un equilibrio de fuerzas, una especie de *statu quo*, que permite que la obra civilizadora que empezó con la violencia, se continúe por la asimilación lenta y gradual de las influencias artísticas, religiosas y sociales.

Así pudo realizarse la invasión de las gentes de Furfooz, y el hecho de no hallarse en estas regiones, restos pertenecientes á aquella raza, es una consideración abonada para tal inducción: pudo también haberse llevado á cabo sin lucha, por efecto de un lento movimiento de pueblos, realizado paulatinamente, al través de larga serie de siglos; de cualquiera manera que fuese, el resultado sería el mismo: el avance progresivo de las razas orientales; la retirada gradual correspondiente de las occidentales (1).

(1) Aunque, efectivamente, de estas dos maneras pudo haberse realizado la invasión de las razas de Furfooz en Europa; bien de una manera violenta, suscitando una guerra de exterminio, ó bien paulatinamente, dando lugar el movimiento á luchas parciales de poca importancia, si nos fijamos en que las razas invasoras en cuestión eran turanias, y si observamos los caracteres que han presentado todas las invasiones que los pueblos de esta raza han llevado á cabo durante las épocas históricas, hemos de suponer más lógicamente, que la llegada á Europa de la raza de Furfooz fué la señal del comienzo de una era de luchas sangrientas, que solo podríamos imaginar exajerando los horrores de que hicieron teatro á la Edad Media los tártaros y los mogoles.

Arrojadas por los invasores de los lugares que en el centro de Europa ocupaban las tribus de Cro-Magnón, fueron huyendo hacia el Occidente, recogiendo á su paso todas las tribus hermanas, y llegando hasta los confines de Europa, en número suficientemente grande, para defender ya aquí su existencia, y para conseguir en estas regiones una vida aislada de las nuevas razas, aunque no del todo tranquila. Este último baluarte de la raza de Cro-Magnón lo formaron, seguramente, nuestra provincia y todas las otras más occidentales; probablemente, toda España, el Occidente y Sur de Francia (1) y las Islas Británicas, y en estas comarcas continuaron desarroyando la civilización que les era propia, hasta la época de su desaparición total aparente, tras larga serie de siglos (2).

Las consideraciones que acabamos de hacer, nos llevan á tratar ahora, una cuestión importantísima; tan importante, cuanto que por sí sola constituye uno de los fines que la Prehistoria persigue; el de fijar en cada país quienes fueron sus pobladores primitivos. Tal pregunta no puede contestarse hoy sino utilizando los datos de la nueva ciencia, fundándose en sus inducciones, aceptando las conclusiones que formule. Pasó el tiempo de las leyendas que el exajerado amor patrio forjaba, el de los mitos que obligaban á los dioses á ser los progenitores de los pueblos; hoy la Historia analiza aquellas, estudia en el fondo de éstos, y abandonando el camino de inverosímiles y fantásticas tradiciones, deja á la Prehistoria que busque en los aluviones y bajo la estalagmita de las cavernas los petrificados

(1) Como más adelante veremos, cuando llegaron á Francia las primeras tribus que invadieron á Europa posteriormente, encontraron ocupado por los Iberos, ó sea por la raza de Cro-Magnón, todo el país situado entre el Ródano al Este y el Garona al Norte.

(2) Decimos, desaparición total aparente, porque si bien la raza de Cro-Magnón desapareció realmente como tal raza, vivió y vive aún como tipo étnico, en el seno de las razas actuales, como vivieron y viven las otras razas prehistóricas.

huesos de aquellos hombres; que señale sus caracteres físicos; que reconstituya su civilización, y que con la luz que presta la observación directa, disipe la obscuridad en que están siempre sumidos los aborígenes de los actuales pueblos. No corto ha sido el camino que en este sentido ha recorrido, y aunque no puede decirse todavía que la nebulosa se ha resuelto, ya es fácil señalar en ella ciertas líneas generales, algunos puntos brillantes, que son seguridad de conocimiento en el presente y esperanza muy fundada para el porvenir.

Refiriéndonos á nuestro país, la cuestión es tanto más importante, cuanto que puede decirse que nada hay hecho sobre la materia. Hasta hace poco, las noticias que poseíamos de los primeros habitantes de España, se reducían á unas cuantas leyendas fantásticas, cuyos elementos, recogidos de los mitos religiosos orientales, daban á conocer su origen griego. Según estas leyendas, el primero que puede contarse entre los reyes de España fué *Gerión*, que llegado de extrañas tierras, impuso un gobierno tiránico á los naturales, los cuales sufrieron toda suerte de afrentas é indignidades: pero no logró el tirano concluir tranquilamente su reinado: á esta sazón, Osiris, el dios-rey de Egipto, llevaba á cabo su peregrinación al través de todas las tierras, enseñando la agricultura, destruyendo la tiranía y dictando sabias leyes, y llegado que hubo á España, determinó acabar con el imperio de Gerión, librando á los naturales de una servidumbre odiosa. Á este efecto, y no contando con el resultado que pudieran tener las artes de la paz, «vino, dice Mariana, con él á las armas y trance de guerra: juntaron sus huestes de entrambas partes, y ordenadas sus haces, dióse (según dicen) la batalla, que fué muy herida, en los campos de Tarifa, junto al estrecho de Gibraltar.» La victoria quedó por los egipcios y el mismo Gerión murió en ella, pasando á la categoría de dios que tuvo un templo en Sicilia, edificado por Hércules y un oráculo famosísimo en Pádua.

Por este camino continúa la leyenda de los Geriones, haciendo intervenir en las cosas de España á los demás personajes del mito egipcio de Osiris, y este carácter tienen todas las demás, en las que

se barajan y confunden nombres de dioses y héroes egipcios y helénicos, nombres de tierras lejanas y trozos de leyendas relativas á la fundación de algunas ciudades célebres. El viaje de Jasón y los Argonautas; los trabajos de Hércules; la guerra de Troya; hasta las aventuras de Ulises, proporcionaron los materiales, y la imaginación hizo el resto (1). Pudieron algunas de estas historias haber sido recuerdo de hechos reales; pudieron haber guardado la tradición de algún movimiento de pueblos, de alguna emigración, de alguna guerra de conquista; pero hoy es casi imposible determinar su verdadera significación, después de las alteraciones que han sufrido al pasar al través de tantos siglos.

Por esto, cuando al querer averiguar quienes fueron los pueblos que primeramente habitaron nuestro suelo, los historiadores se han dirigido en busca de datos á las referidas leyendas, el resultado ha sido contraproducente, pues en vez de conocimientos ciertos se ha encontrado una enorme confusión, una serie de verdaderos absurdos históricos. No es este el procedimiento que ha de seguirse: en esta cuestión, como en todas aquellas en las que faltan testimonios históricos indubitables, debemos partir de lo cierto, y sin despreciar la parte de verdad que puedan encerrar esas antiquísimas leyendas, inducir lo desconocido, pidiendo á la Antropología sus observaciones sobre las razas prehistóricas; á la Etnografía sus estudios sobre la vida de aquellas; á la Arqueología su material científico; á la Prehistoria, en fin, toda la serie de datos que ha recogido, merced á un trabajo de investigación tan constante como penoso.

Ahora bien; todo lo que hay de indudable en estas tradiciones se reduce á la existencia en nuestro país, en los tiempos prehistóricos, de tres pueblos, cuyos nombres ya vulgares, recogidos de los escritores griegos y romanos, aparecen citados por todos los autores: se-

(1) Mariana en su *Hist. de Esp.*, hace una selección de estas leyendas, insertando las que á su juicio presentan caracteres de autenticidad: véase t. I, cap. VII y sig., pág. 32, Nota.

gún ellos, los primeros pobladores del suelo de nuestra patria fueron los *Iberos*, á estos siguieron los *Celtas*, y de la unión y mezcla de ambos se formó el pueblo *Celtibero*, tronco robusto en el que se fueron ingertando posteriormente las diferentes razas que invadieron en épocas históricas su territorio. Pero, ¿quiénes fueron los *Iberos* y quiénes los *Celtas*? ¿Fueron éstos efectivamente los primeros pobladores de España? ¿Pueden considerarse á los *Iberos* y á los *Celtas* como razas autóctonas, progenitoras ambas del pueblo español? ¿Cuál fué el área de extensión de cada una de ellas, y en qué proporción contribuyeron respectivamente á formar la población indígena?... He aquí la serie de cuestiones, á cual más importante, que hemos de procurar resolver conforme al procedimiento arriba indicado.

La Prehistoria nos señala la existencia de tres razas perfectamente distintas, que se sucedieron en Europa durante toda la época anterior á la aparición de las históricas; á aquellas razas se refieren todos los pueblos autóctonos de Europa y entre ellas, por tanto, hemos de encontrar á los *Iberos*. En efecto; dijimos más arriba, que los caracteres de los cráneos y demás huesos humanos encontrados en algunos yacimientos de la provincia de Sevilla, conducían á referir á la raza de Cro-Magnón los habitantes prehistóricos de aquellos lugares; que no había traza ni señal alguna que probara la existencia de razas posteriores, y que, según los datos hasta el día aportados por las investigaciones, los sucesores de la de Cro-Magnón, fueron ya los pueblos históricos, fenicios, griegos y romanos; y esto, no ya sólo respecto á nuestra provincia, sino respecto á toda España, en ningún punto de la cual se ha encontrado un solo yacimiento que positivamente pueda referirse á las razas de Furfooz. Ahora bien: el pueblo autóctono de España, según el común sentir de escritores griegos y romanos, fué el *Ibero*, el cual ocupó todo el territorio que de su nombre se llamó *Iberia* (1), sin que de él fuera arrojado pos-

(1) «Llaman *Iberia* á todo el país situado más allá del Ródano.» Estrabón.—T. III, c. 4, pár. 19.

Un autor muy erudito, sostiene la teoría de que la voz *Iberia* tenía dos

teriormente por ninguna invasión. Si, pues, históricamente se llaman Iberos los que en estas épocas remotas eran considerados como los seculares poseedores de España; si pues la única raza prehistórica que ha dejado señales de su permanencia en nuestra patria, ha sido la de Cro-Magnón, de cuyos restos pasamos inmediatamente á los de procedencia romana, lógicamente podemos deducir que aquellos Iberos eran estas mismas gentes de Cro-Magnón.

Si preguntamos á la leyenda, acerca del origen de los Iberos, nos dirá que provenían de una isla desconocida, situada más allá de las columnas de Hércules. Platón, que vivía en el siglo IV antes de nuestra era, la llama *Atlántida* y se refiere al describirla á un poema de Solón, en el que este célebre legislador, dos siglos antes, había consignado una antigua tradición, que conservaban los sacerdotes egipcios; según esta tradición, la Atlántida era una isla mayor que Asia y Africa reunidos y asiento de una civilización adelantada; en época remotísima; nueve mil años antes, había partido de esta misteriosa comarca un numeroso ejército, que se apoderó de la parte occidental de Europa, inclusa Italia, y de toda el Africa del Norte

sentidos: uno extenso, conociéndose con ese nombre todo el país ocupado por los Iberos, y otro restringido, que indicaría solamente la parte Nordeste de España, por donde corre el Ebro. Su objeto es probar de ese modo, que los *Sicanos*, pueblo de origen ibero según Tucídides (VI, 2), Dionisio de Halicarnaso y Silio Itálico, no procedían de las riberas del Júcar, donde, por testimonio de Festus Avienus y de Hecateo, sabemos que existía en el siglo VI antes de nuestra era, la ciudad de *Sicana*; sino de las orillas del Sena, llamado *Sequana* por los Galos, los cuales, según este autor, hubieron de dar una forma indo-europea á aquel nombre originariamente ibero.

H. D'Arbois de Juvainville.—*Les premiers habitants de l'Europe*: págs. 19-21.

Por otra parte; Graslin y posteriormente Bladé, niegan la existencia en España, y menos en Europa, del pueblo ibero, tratando de probar que los nombres *Spania* ó *Hispania* fueron anteriores al de *Iberia*, y que este último, derivado de *Iberus* con que fué conocido el río Ebro, se aplicó primeramente á la región Nordeste y se extendió después á toda la península, con lo que se llamaron iberos los pueblos que la poblaban.

L. F. Graslin.—*De l'Iberie, ou Essai critique sur l'origine des premieres populations*.—J. F. Bladé.—*Etudes sur l'origine des Basques*: caps. III y IV.

hasta Egipto (1). Theopompo, pone en boca de Sileno, el prisionero de Midas, esta descripción de la Atlántida: «Europa, Asia y Africa son islas rodeadas por el Océano. No existe más que un sólo continente y éste se encuentra más allá. Su extensión es inmensa. En él se alimentan grandes animales y los hombres son dos veces mayores que nosotros..... Un día, decidieron pasar á nuestras islas, y después de haber atravesado el Océano en número de diez millones de hombres, llegaron hasta el país de los Hiperbóreos (2)..... y desdeñaron pasar más adelante.» Las enseñanzas druídicas (3) concordaban con las egipcias, porque según ellas, la población de la Galia procedía de tres orígenes distintos, á saber; los más antiguos habitantes, considerados como autóctonos; los inmigrantes llegados de islas lejanas; los que vinieron de las comarcas situadas más allá del Ródano, es decir, los turaní y los aryas. Por último; Marcelo, en sus *Etiópicas*, nos dice que los habitantes de las siete islas situadas en el Atlántico, cerca de nuestras costas, esto es, de las Canarias, habían conservado el recuerdo de otra isla vastísima que había dominado sobre todas ellas. En resumen: las cuatro variantes de la leyenda nos señalan un mismo hecho; el camino que siguieron estos invasores. Partiendo de un país desconocido, ocuparon primeramente todo el Norte de Africa, de donde pasaron á España, atravesando el Estrecho de Gibraltar, que probablemente aún no estaría abierto. Ahora bien: según todos los datos, la raza prehistórica de Cro-Magnón procedía de Africa; la Antropología comparada nos la ha señalado en los Bereberes del Norte de Africa (4) y en los Guanchis de las Cana-

(1) Platón.—Diálogos *Timeo* y *Critias*.

(2) Téngase en cuenta, que los autores del siglo IV llamaban hiperbóreos á los galos que se apoderaron de Roma; este nombre, pues, debe de indicar las regiones en que dominaban los celtas en el siglo IV a. de J. C.

(3) Recogidas por Timagenes en el siglo I antes de J. C.—Amiano Marcelino: l. XV, c. 9.

(4) Los Lybues griegos ó Lybios africanos eran iberos.—Brugsch.—*Histoire d'Egipte*; págs. 45, 78 y 109. Estos pueblos son, según parece, los que sublevados contra Nekherophis y sometidos por Pepi I y por Amenemhat I; formando parte de los ejércitos de Seti I y de Ramses II, invadiendo el

rias (1); de modo, que podemos suponer que la leyenda se refiere á esta emigración de la segunda raza prehistórica.

Llegados, como hemos dicho, de África, extendiéndose durante el período de su mayor florecimiento por gran parte de Europa: sus huesos, y los restos de su característica industria, han sido encontrados en España, en Francia, en Bélgica, en la Gran Bretaña, en Alemania, en Suiza, en Polonia y en Italia (2), y en todos estos lugares vivieron, desarrollando la industria representada por los tipos de Solutré y de Madelaine, hasta que por el Oriente empezaron á presentarse las primeras avanzadas de las razas de Furfooz.

Del poderío de este pueblo ibero podremos formar juicio, considerando la extensión de los territorios que dominó; de su fuerza, teniendo en cuenta que las sucesivas invasiones no lograron destruirlo, sino que, por el contrario, los iberos llegaron á contenerlas, formando, como dijimos antes, un núcleo de resistencia, que comprendía la parte Sudoeste de Europa. Á estas épocas, en que ya los iberos habían cedido á los invasores las regiones centrales, se refieren las noticias que de ellos nos han transmitido los más antiguos escritores: así Scylax, los establece desde las columnas de Hércules hasta el Ródano; Festus Avienus y Scimnus de Chio, consideran á este río como el límite oriental de los territorios ocupados por ellos el cual los separaba de los Ligures (3); Tito-Livio los señala en los territorios de Brescia y de Verona (4), y aun César encontró restos de

Egipto en tiempos de Minephtah I, y por último, sometidos á Kambyeses, llevan en los geroglíficos los nombres de Lebus, Libus, Lobou, Rebus ó Robous.—G. Maspero.—*Hist. anc. des peuples de l' Or.*: págs. 84, 95; 219, 221, 255, 530.

(1) M. Berthelot.—*Nouvelles découvertes d'ansiquités à Fortaventure (Canaries)* en la *Revue d'Anthropologie*: 1878, p. 253.

(2) Véase Sales y Ferré.—*Prehistoria y origen de la civilización*: t. 1.º, págs. 340-347.—G. de Mortillet.—*Le Préhistorique*: págs. 434-450.

(3)
..... Hujus (Rhodani) alveo
Ibera tellus atque Lygies arperi,
Intersecantur.

Festus Avienus.—*Oræ maritimæ*: v. 609-611.

(4) Tito-Livio: l. V, c. 35.

ellos en la Gran Bretaña (1). Pero el centro más importante de su población, lo constituyó nuestra patria y la parte de Francia que se llamó Aquitania, desde los Pirineos hasta el Garona y desde los Cevennes al mar, según nos dicen César (2), Plinio (3), Pomponio Mela (4), Amiano Marcelino (5) y otros muchos autores.

Podemos, pues, considerar como cosa averiguada la identidad entre el pueblo Ibero y la raza de Cro-Magnón: pero ocurre ahora la siguiente pregunta: ¿fueron efectivamente los iberos los primeros pobladores de España? ó de otro modo, ¿fué la raza de Cro-Magnón la que primeramente habitó nuestro suelo? Desde luego podemos afirmar que nó, y para hacer esta afirmación nos bastan las enseñanzas de la Prehistoria, sin tener necesidad de interpretar las leyendas en que los antiguos envolvieron el recuerdo de una raza primitiva, que hubo de preceder en Europa, no sólo á las poblaciones aryas, sino también á los dos poderosos imperios, si así pueden llamarse, que aquellas encontraron ya constituidos, el uno al Occidente por los iberos, y el otro al Oriente por los turaníes. Á esta raza primitiva pertenecían los *Cíclopes* ó *Kuclopes* de Homero, que habitaban en cavernas y que desconocían la agricultura (6); Esquilo nos habla de

(1) Los Siluros, dice, «tenían la piel oscura y los cabellos crespos de los Iberos.»—*De Bello Gallico*: l. V, c. 14.

(2) «Gallos ab Aquitanis Garumna flumen... dividit... Aquitania a Garumna flumine ad Pyrenæos montes et eam partem Oceani, quæ est ad Hispaniam, pertinet.» César.—*De Bello Gallico*: l. I, c. 1.

(3) «Inde (a Garumna) ad Pyrenæi montis excursum Aquitani...» Plinio.—L. IV, c. 31.

(4) «Nam a Pyrenæo ad Garumnam Aquitani...» Pomponius Mela.—*De situs orbis*: l. III, c. 2.

(5) «Celtæ sunt, ab Aquitanis Garumna disternat flumen.» Amiano Marcelino: l. XV, c. 11.

(6) *Odyssea*: IX, 108-244.

Concuerdan estas dos notas acerca de la manera de ser de los Cíclopes, con el carácter, que según los datos prehistóricos, tenía la vida de la primitiva raza de Canstadt; pero aun la semejanza es más notable, si se atiende á que los Cíclopes carecían de sentimiento religioso. Cuando Ulyses, atemorizado, habla á Polyphemo de los dioses que hay que respetar, y pronuncia el nombre de Zeus, Polyphemo le contesta que ellos, los Cíclopes,

aquellos hombres (1); una tradición antiquísima recojida por Pausanias, demuestra que los griegos conservaban la memoria de la existencia de ellos en el Peloponeso en épocas remotísimas (2); y según otros escritores, poblaciones de costumbres análogas á las de los Cíclopes, habitaron en Creta (3), en Sicilia (4), en las Balea-

no se cuidan para nada ni de Zeus con su egida, ni de los demás dioses todo-poderosos.—*Odysea*: IX, 125-128.

(1) «Entonces no había casas de ladrillos, abiertas al sol, ni construcciones de madera. Los hombres, cual si fueran pequeñas hormigas, vivían bajo tierra en antros sin luz.» Esquilo.—*Prometheo encadenado*: v. 450-453.

(2) Pausanias.—*Descripción de la Grecia*: l. VIII, c. 1, párr. 2, 5 y 6.—Según esta tradición, *Pelasgos* encontró en el Peloponeso, al principiar los tiempos históricos, una población que no edificaba, ni usaba vestidos, y que se alimentaba con yerbas y raíces. ¿Indicará la tradición que la única raza prehistórica que habitó el Peloponeso fué la de Canstadt? Un hecho notable es ya el no haberse encontrado en el suelo de Grecia ningún resto perteneciente á la raza de Cro-Magnón; además, otra leyenda, que Platón inserta en el *Timeo*, habla de una guerra habida entre los hombres de la Atlántida, ó sea, como hemos visto, los Iberos ó los de Cro-Magnón, y los *Pelasgos* que ya habitaban la Grecia; los *Pelasgos*, según la leyenda, rechazaron la invasión. Todo nos lleva pues, á creer, que los sucesores de la raza de Canstadt en el suelo de Grecia fueron los primeros ramales aryas, que con el nombre de *Pelasgos*, llegaron á Europa por el camino del Asia Menor. No obstante, nosotros no nos atrevemos á decidir la cuestión, limitándonos á señalar el problema y á desear que las investigaciones que se hagan lo resuelvan.

En la misma tradición recojida por Pausanias, debió de fundarse la Mitología griega para dar á los Cíclopes un origen distinto del que señala á los Helenos; así Hesiodo en su *Theogonía* (v. 133-139), hace á los Cíclopes hijos de la Tierra y del Cielo, y á Heleno, hijo de *Prometheo* y nieto de *Japetos*, el cual nació también de la unión de la Tierra con el Cielo (v. 134, 507-510); esto es, la religión consagró la creencia popular de que los Cíclopes y los Griegos no pertenecían á la misma raza, haciendo que no fuesen comunes á aquellos y á éstos sus antecesores humanos.

(3) Diodoro nos habla el siglo I a. de J. C., de una época remota durante la cual, la isla de Creta estuvo habitada por hombres que vivían en los árboles y en las cavernas, y á los cuales los Curetes, pueblo de raza pelásgica, enseñaron los primeros elementos de civilización. (Añádase este dato á la cuestión planteada en el párrafo primero de la nota anterior).—Diodoro: l. V, c. 65.

(4) Donde habitaron antes que los Sicanos (Iberos.—Cro-Magnón).—Tucidides.—*De bello peloponesiaco*: l. VI, c. 2.

res (1), en Cerdeña (2) y en Italia (3): en resúmen, la tradición general asegura la existencia de un pueblo salvaje anterior al de los Iberos. Ahora bien; la Prehistoria nos enseña que cuando á estas comarcas de Europa, correspondientes á su mitad occidental, llegaron los hombres de Cro-Magnón, ya estaban ocupadas por otros, que desde muchos siglos atrás en ellas vivían, y que se vieron ahora arrojados de su patria y tal vez exterminados por los invasores (4): la raza de Cro-Magnón tuvo que disputar á la de Canstadt la posesión del territorio en que más tarde había de desarrollarse. Esto que ocurrió en todas partes, ocurrió más seguramente en España, punto avanzado del camino que en sus incursiones por Europa siguieron ambas razas prehistóricas (5). En un sentido absoluto, pues, ésta y no aquella es la que debe de considerarse como la primitiva pobladora de nuestro país. Sin embargo; preciso es convenir en que no fué la de Canstadt

(1) Diodoro: l. V, c. 16, pár. 1, 3.

(2) Estrabón: l. II, c. 2, pár. 7.

(3) «En otros tiempos, estos bosques estaban habitados por autóctonos, los faunos y las ninfas, raza de hombres nacidos de los duros troncos de las encinas. Vivían sin leyes tradicionales ni civilización; no sabían uncir los bueyes al yugo, ni reunir riquezas, ni gastar lo bien adquirido; los retoños de los árboles y los salvajes productos de la caza, eran su alimento.»—Virgilio.—*Eneida*: VIII, 314-318.

(4) Las pruebas de su existencia han sido halladas en Francia (valles del Somme, Sena, Loire, Charente, Dordogne, Garonne, Saona, Ródano y otros); en Inglaterra (todos los valles desde el Ouse al Norte hasta la isla Wight al Sur); en Bélgica (valle del Lesse y Namur); en Alemania y Suiza (valles del Rhin y del Elm); en Italia (arcilla lacustre del Olmo y valle del Tiber), y por último en España, respecto de la cual ya citamos en otro lugar los restos que de la raza de Canstadt han sido hallados, unos en el valle del Manzanares y otros en el *Campo de Forbes*, en Gibraltar.

Sales y Ferré.—*Prehist. y origen de la civil.*: págs. 145-161, 178-183.

G. Mortillet.—*Le prehist.*: cap. IV, págs. 157-179, cap. X, 263-288.

(5) Al principiar la época cuaternaria, España se hallaba unida al Norte de Africa, y nuestra península fué por tanto una de las puertas por donde entraron en Europa los inmigrantes prehistóricos de Canstadt y de Cro-Magnón, una vez que todo conduce á asegurar el origen africano de ambas razas: el otro punto avanzado lo constituyó la isla de Sicilia, que estaba también unida á Italia y á Africa.

el tronco de donde salió la población española. Si la invasión se realizó de un modo violento, si la antigua raza fué perseguida y exterminada por la nueva, sólo quedarían de la primitiva población restos miserables, grupos de individuos que vivirían aislados en algunos inaccesibles rincones, donde al cabo perecerían de inanición, sin influir para nada en la formación del tipo étnico posterior: si por el contrario, la sustitución de razas se llevó á cabo en virtud de un lento proceso de absorción, como nos inclinan á creer las enseñanzas de la Historia, en este caso la población posterior, en cuya formación hubo de entrar la raza de Canstadt, debió de presentar algunos de los caracteres físicos de ésta. El resultado cierto, sin embargo, fué que la raza invasora no se modificó; que apenas si aquellos caracteres se presentaron como efecto de una herencia próxima, y que bien pronto desaparecieron, sin dejar más influencia que una modificación general, pero inapreciable entonces como ahora, y la aparición, en casos excepcionales, de algún individuo que recojió la herencia remota en una mayor cantidad ó pureza de caracteres primitivos. Esto se explica teniendo en cuenta, que la población de Canstadt era en Europa tan exigua, como numerosa fué la de Cro-Magnón, la cual absorbió, por decirlo así, en su torrente á aquella, sin permitir que en adelante se manifestase su influencia claramente, sino á lo sumo, como elemento insignificante de formación, en la que, la casi totalidad pertenecía á las nuevas razas.

En resumen; si bien, en puridad, los hombres de Canstadt fueron los primeros pobladores de España, esta raza no puede considerarse como aborígene, en el sentido de formar el fondo común de las poblaciones históricas: sólo pueden admitirse las pruebas de su supervivencia como casos excepcionales, y en último resultado, la de Cro-Magnón es la única que tiene títulos bastantes á recibir aquella denominación. Si hubiera necesidad de citar algún otro hecho en confirmación de nuestra teoría, no tendríamos más que exponer las enseñanzas que los modernos estudios antropológicos proporcionan. De ellas resulta, que la base de la actual población de España, la

constituyen individuos de cráneos dolicocefalos, con todos los caracteres propios de los de la raza de Cro-Magnón, aunque modificados á consecuencia de cruzamientos con otras razas; la dolicocefalia exagerada y la platicefalia de Canstadt, el desarrollo posterior del cráneo, que constituía uno de los caracteres más notables de estas razas, podrá presentarse excepcionalmente, pero sólo indicará un caso de atavismo, que á todo lo más que conducirá, será á afirmar la supervivencia de la raza, como tipo étnico de influencia escasa.

Hemos hablado hasta aquí del *pueblo* ibero, de su civilización, de los imperios que formó, y conviene explicar el sentido en que usamos estos términos, á fin de que no sean causas de errores, á que fácilmente pueden dar lugar, si se los entiende en el sentido usual. Las tribus que en el segundo período de la época cuaternaria invadieron á Europa, y con el nombre de iberos se extendieron por sus comarcas occidentales y centrales, no constituían un pueblo, tal y como nos lo hace suponer el concepto que esta palabra indica, como un organismo superior, fundado sobre la base de unidad de todos sus elementos; lejos de esto, hallábanse, como dice Broca (1), en condiciones semejantes á las que se observan hoy mismo en Africa tropical, en América del Norte y en Australia, donde la población se encuentra dividida, formando grupos distintos, que hablan idiomas á veces muy diferentes, aunque ligados á los de los grupos cercanos, y por éstos á los más remotos, de tal suerte, que una familia de lenguas ocupa siempre un área muy extensa, cuando no todo un continente. Esto, que según Broca, sucedía con la lengua, sucedía con todas las relaciones sociales: las costumbres variaban, como variaban los accidentes topográficos de la región que cada tribu habitaba: las creencias religiosas eran tan diferentes de tribu á tribu, cuanto eran distintas las condiciones en que se desarrollaba su espíritu. Muy limitadas las relaciones que unían á los grupos, muy escaso el comercio, la tendencia al aislamiento propia de los pueblos incivilizados,

(1) *Sur l'origine et la repartition de la langue basque*: pág. 13.

haría que cada grupo se encerrara dentro de los límites que su propio desarrollo ó el poder de los vecinos les señalaba, y que en esta esfera desarrollara cada cual una cultura, cuyo carácter y dirección sería marcado por las condiciones especiales del medio; por la clase de vida á que éste obligaba; por las mil circunstancias que en todos los tiempos han influido en la marcha de la actividad social. No formó el pueblo ibero ningún imperio, porque no obedecieron una autoridad superior, ni se sujetaron á leyes comunes, ni tuvieron la misma lengua, ni practicaron las mismas costumbres, ni fueron las mismas sus creencias religiosas, su organización social, ni su cultura. Todas aquellas poblaciones estaban unidas solamente por el vínculo étnico, y respecto á los demás elementos, en cuya igualdad se funda la existencia de un pueblo, tal como hoy la concebimos, sólo existían las analogías consiguientes á un origen único y á un desarrollo coetáneo (1).

Esto que llevamos dicho, es antecedente necesario para explicar un fenómeno que hoy se estudia por todos, y respecto del cual no se han dado, hasta el día, más que soluciones, arbitrarias unas,

(1) Este fraccionamiento del pueblo ibero es un hecho histórico, y conocidos son por todos los nombres de sus grupos. En el siglo IV, a. de J. C., los escritores griegos ya nos hablan de los *Tartesios*, habitantes de las orillas del Betis, que en tiempos de Polybio se habían subdividido en *Turdetanos* y *Túrdulos* y de los cuales nos dice Estrabón, que constituían un mismo pueblo, y que poseían una literatura y leyes escritas en verso, desde hacía seis mil años. Los *Cunetes*, al Occidente de los Tartesios, ocupaban las riberas del Guadiana y el litoral atlántico hasta el cabo San Vicente, y Justino nos habla de su rey *Gargoris*. Al Norte de los Cunetes, los *Kempses* se extendían hasta los Pirineos y dieron origen á los *Lusitanos*, *Astures* y *Cántabros*, nombres con que fueron conocidos por la Historia. Los *Gletes*, *Igleses*, *Ileates* ó *Sæfes*, estaban colocados al Este de los Kempes, entre los Pirineos y el Ebro; al lado de ellos, los *Vascones* en las orillas de este río, y los *Ceretes* al pie de aquellos montes. Los *Indiketes* ó *Indigetes*, habitaban en las costas mediterráneas al Sur de los Pirineos; y en el interior, entre los Tartesios al Sur, los Gletes al Norte y los Kempes al Oeste, hallábanse los *Edetanos*, que más tarde se establecieron á orillas del Mediterráneo.—Festus Avienus: *Oræ maritimæ*.—Estrabón: III.—Herodoto: I y II.—Polybio: III.—Justino: XLIV.—Vitruvio: X.—Etc., etc.

descabelladas otras, y erradas las más. Nos referimos al origen y existencia actual del pueblo vasco, que encerrado en los valles pirenaicos, ha vivido aislado desde tiempo inmemorial, viendo como más allá de sus fronteras se sucedían razas y civilizaciones, sin que ninguna influencia las traspasara, y conservando hasta nuestros días, casi puro, un tipo étnico primitivo y una lengua que no tiene semejanza con ninguna de las conocidas.

Las lucubraciones fantásticas de algunos vascófilos, quisieron hacer de este pueblo el tronco de todas las razas, siendo su idioma el mismo que hablaron Adán y Eva en el Paraíso: Guillermo de Humboldt (1), aplicando al estudio de la lengua euskara un procedimiento de comparación y de etimologías, y ocupándose con preferencia en los nombres geográficos, que son los que menos mudanzas sufren en el trascurso del tiempo, pudo sacar la consecuencia de que todos los pueblos de la Península habían hablado en cierta época remota un mismo idioma, y que este idioma único fué el vasco: y por último, Retzius, sobre la base, muy débil por cierto, del hallazgo de dos cráneos braquicéfalos, que como originarios de primitivos vascos, estaban depositados en el museo de Stokolmo, edificó su célebre teoría, según la cual, antes de las invasiones aryas no hubo en Europa más que poblaciones braquicéfalas, y por tanto, los vascos, últimos residuos de los habitantes prearyos, debían ser braquicéfalos.

Esta teoría de Retzius, unida á las conclusiones sustentadas por algunos filólogos, que asignaban á la lengua euskara un lugar entre las turanias, condujo directamente á un error, que aún hoy es admitido por muchos como verdad indudable; á suponer que los vascos son restos de las poblaciones de Furfooz, que ocuparon el Oriente y centro de Europa hasta el Ródano, y que por circunstancias múltiples y desconocidas, fueron llevados á habitar algunas abruptas comarcas de los Pirineos. Tal error provino, como hemos dicho, de dos causas: de creer que la población que nos ocupa es braquicéfala, y

(1) En su libro sobre los *Habitantes primitivos de España*.

de admitir una semejanza, que sólo existía como resultado de un estudio muy superficial, entre la lengua éuskara y las de la familia turania, tales como la finesa, lapona, turca, japonesa y otras. Ahora bien; hoy es cosa perfectamente demostrada, que la inmensa mayoría de los vascos son dolicocefalos: esto resultó de las investigaciones hechas por Broca y Velasco en una serie de cráneos extraídos de antiguos cementerios: esta conclusión sacó Virchow en el Congreso de Antropología y Arqueología prehistórica (sesión de París 1867), y esto mismo se deduce de las observaciones llevadas á cabo recientemente por el docto profesor español Sr. Olóriz (1): respecto á la lengua, la única analogía que entre la éuskara y la turania ha podido sólidamente establecerse, se reduce á que una y otra son aglutinantes; pero este hecho aislado, que representa solamente un estado de formación, por el que todas han pasado, no puede ser base de un parentesco, que ha de fundarse sobre todo, en semejanzas de construcción y de etimologías. Descartado su origen turaní, se han buscado las afinidades que esta lengua vasca pudiera tener con las de otras familias lingüísticas; se ha querido relacionarla con la de los bereberes, con la copta, hasta con las americanas; pero ninguna de estas hipótesis ha podido prevalecer, hasta el día por lo menos, y en el estado actual de nuestros conocimientos, debemos considerar la vasca como una lengua especialísima, que no pertenece á ninguna familia lingüística conocida, ó más bien, que forma por sí sola una familia distinta; y puesto que no existe más que en Europa, darle la calificación de autóctona (2).

Tenemos, pues, una población dolicocefala, que conservó la pureza de su tipo étnico primitivo, juntamente con su lengua, por efecto de las especiales circunstancias y condiciones en que se desarrolló: tenemos un idioma que no presenta analogía con ninguno otro de los conocidos y que forma por sí solo una familia lingüística. ¿Será

(1) *Distribución geográfica del índice cefálico en España.*

(2) Broca.—*Ob. cit.*, p. 3.

muy aventurado afirmar que estos vascos constituyen los restos de las poblaciones autóctonas de España? ¿Nos equivocaremos al suponerlos descendientes directos de los iberos, esto es, de la raza de Cro-Magnón? Creemos que nó, y á esta conclusión nos llevan, además de las expuestas, otras varias reflexiones. Dijimos más arriba que el pueblo ibero llegó á Europa formando un conjunto de tribus distintas, relacionadas sólo por el vínculo de raza: lo mismo que variaban las costumbres variaba el lenguaje de cada una, no obstante que todas ellas se referían á una gran familia lingüística. Por otra parte, la Filología nos enseña que la existencia actual del vasco, implica necesariamente dos condiciones: primera, el tiempo bastante para que una familia de lenguas pueda nacer, desarrollarse, ramificarse, y por último, desaparecer y perder todos sus ramales y dialectos, excepto uno sólo; segunda, espacio suficiente en el que pueda vivir un pueblo numeroso, como se exige para que aquella evolución se lleve á cabo, ó para que, en sus dialectos, puedan continuarla las tribus (2). Creer que el vasco nació espontáneamente en los valles en que hoy se habla; que en ellos se desarrolló ese idioma tan perfecto y tan complicado, es un absurdo, y otro no menor el suponerlo importado del extranjero, ya que como dijimos, representa él sólo una familia lingüística, sin relación de analogía con ninguna lengua conocida.

Así, pues, la conclusión no puede ser más lógica: las razas de Cro-Magnón llegaron á España divididas en grupos que hablaban idiomas pertenecientes á una misma familia: que los dialectos se hubieran formado anteriormente, ó que hubieran aparecido aquí, por efecto del aislamiento, que constituyó el carácter de estas tribus, es cosa accidental; el hecho es que uno de los grupos fueron los vascos, cuyo dialecto sobrevivió, mientras que todos los demás perecieron ahogados por la ola de las invasiones sucesivas. Ya veremos más adelante como tiene una explicación natural el que solamente en

(1) Broca.—*Ob. cit.*, p. 5.

estas regiones pirenaicas, se haya conservado el tipo y el idioma de los antiguos iberos.

Una vez averiguado el origen de los iberos, y su correspondencia con la raza prehistórica de Cro-Magnón, precisa ahora hacer el mismo estudio con respecto á los Celtas, que el común sentir considera como otro de los pueblos que en épocas remotísimas habitaron á España y fueron elemento integrante de su primitiva población. Cuestión es esta difícilísima, respecto á la cual los escritores antiguos no prestan más que vagas referencias, y en la que sólo hallamos confusiones, cuando queremos aprovechar los trabajos de nuestros contemporáneos. Los primeros no están acordes, ni en la procedencia de estas nuevas poblaciones, ni en los territorios que ocuparon, ni en las luchas que sostuvieron, ni aun siquiera en los nombres con que fueron conocidos: los segundos sustentan igualmente opiniones encontradas, hasta cuando se ocupan en fijar los caracteres físicos que constituían el tipo étnico de los Celtas; y en resumen, nos vemos desprovistos de todo criterio histórico para concertar tantos datos contradictorios y tantas opuestas referencias. Pero allí donde faltan elementos de crítica; allí donde se carece de la luz que prestan la Arqueología con sus datos evidentes, los testimonios directos con sus noticias indudables, tenemos la Etnografía, que siempre nos puede señalar un camino seguro entre las vaguedades y confusiones, que en este determinado asunto ocultan la verdad histórica.

Un estudio detenido acerca de la forma en que se halla distribuido en España el índice cefálico de sus moradores (1), nos demuestra que en las regiones del Mediodía y Levante predomina la dolicocefalia casi pura, en tanto que las situadas al Noroeste y parte Norte, son asiento de poblaciones, en las cuales el tipo braquicéfalo es muy numeroso, y tan persistente, que sin aventurarse demasiado, hay motivos para considerar este carácter como la herencia de una raza distinta de las hasta aquí estudiadas, y que habitaría estas re-

(1) F. Olóriz.—*Ob. cit.*

giones con la densidad bastante para imponer su tipo á las poblaciones sucesivas. Ahora bien: ¿quiénes pudieron ser estos braquicéfalos? Tal pregunta no puede ser contestada, mientras no sepamos cuales fueron los pueblos braquicéfalos que habitaron en Europa. Esta ha de ser, pues, la primera cuestión que tratemos de resolver.

Al ocuparnos más arriba en el pueblo ibero, vimos que gran número de escritores griegos y romanos señalaban el Ródano, como uno de los límites del territorio que aquellos ocupaban á principios de la época histórica: este río, según Festus Avienus (1), los separaba de unos pueblos muy nombrados por los antiguos, que pertenecían á una raza distinta de la ibera y que se llamaban los *Ligures* (2). De ellos nos ha transmitido Diodoro de Sicilia un retrato muy incompleto (3), pero las modernas investigaciones, y las mediciones hechas en cráneos recojidos por Nicolucci, Vogt y Pruner-Bey en la región marítima al Noroeste de Italia y al Sudeste de Francia, antiguamente habitada por los ligures, permiten afirmar que este pueblo era braquicéfalo, con un índice craneano de más de 85 % (4).

Las primeras noticias que tenemos de los ligures nos han llegado por conducto de Hesiodo, que asoció el nombre de aquel pueblo, y el de *Cucnos* ó *Cyenus*, uno de sus reyes fabulosos, al célebre mito de los orígenes del ambar: de su importancia podrá juzgarse, teniendo en cuenta, que el mismo Hesiodo los cita, en un verso muy conocido de la descripción de la tierra, como iguales en poder y en número á los Scytas y á los Etyopes; y respecto á la extensión terri-

(1) Véase pág. 142. Nota 3.^a

(2) H. D'Arbois de Jubainville, sostiene la teoría de que el nombre verdadero de este pueblo fué *Liguses*. Véase *Les prem. habit. de l'Europe*, capítulo VII.

(3) Dice de ellos que eran delgados, de corta estatura, pero robustos á consecuencia de un ejercicio constante.—L. IV, 20 y l. V, c. 39.

(4) Nicolucci.—*Des crânes anciens du type ligure*: Bull. de la Soc. d'Anthrop.: t. VI, p. 259-261.

C. Vogt.—*Crânes antiques trouvés en Italie*: Id. id.: t. I, págs. 82-94.

Pruner-Bey.—*Anciens crânes du type ligure*: Id. id.: t. VI, págs. 259-261.

torial que ocupó, nos es conocida por multitud de datos que no dejan lugar á duda. Á partir del Ródano, que los separaba de los iberos, se extendieron hasta Antibes (1), y por las comarcas montuosas de los Alpes, hasta el Norte del Monte Blanco (2); poblaron las riberas del Attagus (Aude) (3), y quizás del Loire (4), y por último llegaron hasta las islas Æstrimnidas (Sorlingas) (5), pudiendo decirse que desde el Atlántico al Mediterráneo, por Norte y Oriente, abrazaron los dominios iberos en una línea casi continúa.

Pero no constituían los ligures por sí solos una raza: lejos de esto, todo nos hace creer que eran únicamente las avanzadas de un gran pueblo braquicéfalo, cuyos más numerosos grupos, que estaban situados, sin duda, detrás de los ligures, se presentan ahora con el nombre de *Celtas*. Llegamos á una época de violentos trastornos en Europa: el Oriente empezaba á arrojar sobre el Occidente las primeras muchedumbres aryas, las cuales obligaban á las antiguas poblaciones europeas á variar de posición, á estrecharse las unas contra las otras, á mezclarse, en una palabra, á realizar una serie de emigraciones parciales, de las que nos han conservado algunas noticias los escritores, y de las que aún son pruebas evidentes algunos extra-

(1) «Ligurum celeberrimi ultra Alpes Salluvii, Deciates, Oxubii.» Plinio: l. III, c. 4.

«Regio Oxubiorum, Liguunorumque: super quos Suetri, Quariates Adunciates... Regio Deciatium... Aquæ Sextiæ Salluviorum... Apta Julia Vulgentium, Alebece Reiorum, Apollinarium... Augusta Tricastinorum.» Plinio: l. III, c. 5.

Scylax de Caryande.—*Periplo*; p. 4.

(2) Estrabón, en efecto, comprende en la calificación de Ligures á los Nantuates y Veragros, antiguos habitantes del Chablais y del Valois.—Estrabón: l. IV, c. 4.

(3) Hecateo designa como Ligures á los Elizykes, antiguos habitantes de la Narbonense, ribereños del Attagus.—Cit. por Esteban de Bizancio: t. I, p. 2, n.º 20.

(4) Artemidoro y Esteban de Bizancio, hacen provenir el nombre Ligures del griego Ligoros, hoy Loire, donde primitivamente habrían habitado.—Esteban Biz.: *Ethnicorum*.

(5) De donde fueron arrojados por los Celtas.—Festus Avienus: *Oræ marit.*, v. 125-132. (Véase la pág. sig., nota 2).

ños caracteres etnográficos de las poblaciones actuales. Los efectos de estos trastornos generales fueron sentidos por los ligures y se tradujeron para ellos en pérdidas de unos territorios y en adquisición de otros nuevos, y precisamente en esta ocasión, de parte de sus hermanos, fué de donde les vinieron los mayores daños.

Los celtas, en efecto, empujados por las tribus aryas, que sobre ellos pesaban, y á las que no podrían oponerse, hubieron de huir en dirección contraria, hasta chocar con los ligures, á quienes arrojaron de casi toda la zona que ocupaban. Así; Festus Avienus nos muestra á los celtas apoderándose de las islas Æstrimnidas, y obligando á los ligures á habitar una comarca agreste y montuosa «en esas regiones del polo en que la raza de Lycaon (1) hiela los aires» (2). En el continente retroceden hasta el Sur, seguidos de cerca por los mismos celtas, los cuales pasan el Garona y se establecen en la Aquitania: Estrabón nos lo testifica cuando dice que los Biturigos Viviscos, ocuparon la parte meridional de la actual Gironda, que poseían el puerto de Burdigala (Burdeos) y que al Sur de aquel río «eran los únicos de su raza en medio de los aquitanios ó iberos» (3). Al Sudeste, también los ligures son empujados hacia las llanuras que forman la cuenca inferior del Ródano, pero ya aquí, no pudiendo retroceder más hacia el Sur, y viéndose los celtas obligados á marchar en esta misma dirección, se mezclan ambos pueblos en el litoral mediterráneo: los Segóbrigos, en efecto, habitaban al Este de la

(1) La raza de Lycaon la constituyen la Osa mayor y la menor.—Ovidio: *Metamorphosis*; l. II, v. 496 y sig.

(2) Si quis dehinc
Ab insulis Æstrymnicis lembum audeat
Urgere in undas, axe qua Lycaonis
Rigescit æthra cespitem Ligurum subit
Cassum incolarum. Namque Celtarum manu
Crebrisque dudum præliis vacuata sunt:
Liguresque pulsi, ut sæpe fors aliquos agit.
Venere in ista.

Festus Avienus.—*Oræ maritimæ*; v. 125-132.

(3) Estrabón.—L. III, c. 6.

desembocadura del Ródano, al lado de los Saluvios, pueblo de raza ligur (1), y estos Segóbrigos deben ser considerados como celtas, porque en sus dominios edificaron los focenses á Massalia (Marsella) y Plutarco coloca esta ciudad en territorio de los celtas (2). La población mezclada de celtas y ligures que aquí se forma, se extiende por la región comprendida entre el Ródano y los Alpes; diciéndonos Estrabón, que sus habitantes, en un principio llamados ligures, se llamaron después celto-ligures (3); y este mismo fenómeno del cruzamiento de ambos pueblos se repite en las comarcas de los Alpes, donde, según el mismo geógrafo «las poblaciones son de razas diferentes, unas ligures, otras célticas, aunque hacen el mismo género de vida» (4).

Consecuencia de todos estos movimientos, fué la posición geográfica que los celtas ocuparon, á expensas en gran parte, como hemos visto, de los ligures, y de la cual nos dan muchas noticias los escritores antiguos. Estableciéronse en las islas Æstrimnidas y en las Casiterides (5); fueron limítrofes de los iberos, sirviendo de separación entre ambos pueblos, el Garona por la parte Norte (6) y los Cevennes por la oriental (7); se extendieron por las regiones del Su-

(1) Plinio: l. III, c. 5 antes citado (v. pág. 154). Creemos que los Saluvios eran ligures, apesar de que Estrabón dice terminantemente que los Salyos (Saluvios) eran «los primeros galos transalpinos que los Romanos subyugaron» (l. IV, c. 6), porque á continuación añade, que los antiguos griegos llamaban ligures á estos Salyos, y que después fué preferida la denominación de celto-ligures. Nada, pues, se opondrá á que creamos que en un principio estuviera esta comarca habitada por ligures, que luego fueron sustituidos por una población mezclada.

(2) Plutarco.—*Vida de Solón*: c. 2.—Hecateo: *Viaje alrededor del mundo*.

(3) Estrabón.—L. IV, c. 6, antes citado.—Aristóteles: *De mirabilibus auscultationibus*, c. 85.

(4) Estrabón: l. II, c. 5.

(5) «In Celticis aliquot sunt, quas, quia plumbo abundant, uno omnes nomine Cassiteridas appellant» Pomponius Mela: *De situ orbis*: l. III, c. 4.—Hipparco: cit. Estrabón; II, 1.

(6) «Celtæ sunt ab Aquitanis Garumna disternat flumen.» Am. Mar. XV, 11.

(7) Estrabón: IV, 1.—Diodoro de Sicilia: *Hist. univ.*, V, 32.

doeste de la Germania, en las cuencas altas del Rhin y del Danubio (1); Theopompo los señala guerreando con los Ilirios, y la Historia conserva el recuerdo de una época en que fueron vecinos de los griegos (2); pero el núcleo de la población celta, la metrópoli, podemos decir, de sus dominios, la constituyó, sin duda alguna, la vasta región que con el nombre de Céltica, se extendía entre el Garona y el Sena y entre los Alpes y el Océano (3).

En todas estas comarcas los descendientes de los celtas se han conservado etnológicamente puros, sobre todo en el centro de la antigua Armórica y en el corazón de la Céltica, entre el Garona y el Loire: las modernas investigaciones han permitido reconstituir el tipo étnico de sus primitivos pobladores; los estudios realizados por Broca, Guibert, Beddoc y otros muchos, les señalan una estatura escasa, tez morena, cabellos castaños crespos y ojos grises (4), y numerosas medidas craneométricas y cefálicas prueban que esta antigua población, que llamamos celta, era braquicéfala, con un índice medio de 83 % (5).

Tenemos, pues, aquí dos pueblos pertenecientes á una raza braquicéfala; la única que en el estado actual de nuestro conocimiento se ha presentado en Europa. La cuestión que nos ocupa se reduce por consiguiente á términos muy concretos. ¿Los núcleos braquicé-

(1) Herodoto: II, 33; IV, 49.—Dion Casio: *Hist. Rom.*; XXXIX, 49.

(2) H. D'Arbois de Jubainville.—*Introduction à l'étude de la littérature celtique*: pág. 17.

(3) «Ab eo (Sequana) ad Garumnám Celtica» Plinio: *Hist. Nat.*; IV, 31.—«Ab eo (Garumna) ad Sequanam celtæ». Pomponius Mela: *De s. o.* III, 2.—Am. Mar., a. cit., XV, 11.

(4) Broca.—*Recherches sur l'ethnologie de la France: Mem. de la Soc. d'Anthr.*: t. I, págs. 1-56.

Guibert.—*Ethnologie armoricainz.*

Beddoc.—*Bull. de la Soc. d'Anthrop.*: t. VI, págs. 507-511.

(5) Broca.—*La race celtique ancienne et moderne: Revue d'Anthropologie*, t. II, p. 577 y sig.

Hovelacque.—*Le crâne savoyard: Revue d'Anthropologie*: t. VI, páginas 226-252.

falos de España, serán descendientes de esta raza, algunos de cuyos grupos penetrarían en la península durante esta época de emigraciones? ¿Los que la Historia de España conoce con el nombre de celtas, serán estos ligures y celtas que hemos estudiado? Después de todo lo que llevamos dicho, no hemos de dudar en decidarnos por la afirmativa, con tanto mayor motivo, cuanto que la llegada á España de estos celtas la vemos certificada por numerosos testimonios históricos. Mas antes de ocuparnos en esta cuestión final, hemos de decir dos palabras acerca de la confusión que se nota en las citas de los escritores antiguos, lo mismo que en las opiniones de los contemporáneos, cuando tratan de pueblos distintos á los cuales aplican el nombre de celtas.

Nuestras antiguas poblaciones, dice Broca, eran todas dolicocefalas. Al fin de la piedra tallada, llegó una de cráneo menos alargado, pero los braquicéfalos *verdaderos*, aquellos cuyo índice cefálico fué de $\frac{5}{6}$ ó de 83,33 %, no es autóctona de la Europa occidental. No existía en la época de la piedra tallada y no se extendió sino al final de la pulimentada. Llegó por el Este, probablemente por el Danubio: se extendió por toda la Italia superior; formó parte muy considerable de la población de Ombria; se encuentra hoy casi pura en Saboya, en el cantón de los Grisones; se halla en la Baviera meridional; en parte de Alsacia y Lorena; ha quedado predominante en Lozere, en Auvernia y hasta en los departamentos bretones; y por último, llegó por el Sudoeste hasta el pie de los Pirineos, desde donde pudo enviar algunos ramales á España. Es probable que formaran parte de los celtas que invadieron Iberia hacia el siglo XV antes de nuestra era (1). Partiendo de esta base, llamamos celtas á aquellos pueblos braquicéfalos y hemos atribuido á ellos las noticias, que recojidas por los escritores antiguos, como recuerdos de tiempos inmemoriales, nos han transmitido. Pero basta fijarse un poco para convencerse de que

(1) Broca.—*Sur l'origine et la répartition de la langue Basque: Revue d'Anthropologie*: t. IV, p. 11.

muchas veces no se trata por estos autores, del pueblo celta braquicéfalo, sino de otros pueblos muy distintos, á los cuales llaman también celtas, y que son por el contrario dolicocefalos, y de caracteres completamente opuestos á los primeros. Estos son los celtas de la lingüística, de origen indo-europeo, que en las comarcas centrales y occidentales de Europa se superpusieron á la primitiva población braquicéfala, y que dejaron, como señal indeleble de su paso, un lenguaje perteneciente á la gran familia arya, que constituye aún el fondo de los idiomas que se hablan en Finisterre, en Costas del Norte, en Morbihan, en el fondo de Bretaña y en algunos escondidos rincones del Norte de Escocia, en Irlanda y en el Man (1); pero no consiguieron ahogar la herencia de aquella antigua población, que aún hoy se conserva pura en sus actuales moradores.

En los autores clásicos encontramos los nombres de *Gálatas*, *Galos* y *Germanos*, que se aplican indistintamente á los mismos pueblos. Según Diodoro, los gálatas son de elevada estatura y tienen la tez blanca y los cabellos rubios (2); estos mismos caracteres antropológicos tienen los galos (3); análogos son los que Tácito señala á los germanos (4); según Estrabón, los gálatas no difieren de los germanos ni por sus instituciones ni por sus caracteres físicos (5). Vemos, pues, que se trata aquí de un pueblo completamente distinto al que hemos estudiado con el nombre de celta; y si aún quedara duda, podríamos decir que los mismos autores clásicos distinguen perfectamente á estos dos pueblos, pues Diodoro, refiriéndose á los

(1) H. D'Arbois de Jubenville.—*Introduction á l'étude de la Littérature celtique*: p. 17 y sig.

(2) L. V, c. 28 y 32.

(3) «Celsioris staturæ et candidi pæne Galli sunt omnes, et rutili, luminunque torvitare terribiles...» Amiano Marcelino: XV, 12.

(4) «... Qui Germaniæ populos multis aliis aliarum nationum connubiis infectos, propriam et sinceram et tantum sui similem gentem existitise arbitrantur. Unde habitus quoque corporum, quanquam in tanto hominum numero, idem omnibus: truces et cærulei oculi, rutilæ comæ, magna corpora...» Tacitus.—*De moribus germanorum*: IV.

(5) L. IV, c. 4.

gálatas, afirma que habitaban al norte de los celtas (1), en las comarcas marítimas desde el Océano á las actuales montañas de Hartz, y más allá de estos montes hasta la Scythia (Rusia) (2), y Estrabón coloca á los gálatas y á los germanos, al norte del Danubio, en los territorios que se extienden más allá de la Céltica y del Rhin (3).

La confusión entre los celtas y estos otros pueblos, no tiene por consiguiente razón de ser; no obstante, se ha producido por consecuencia de un hecho muy natural. El movimiento de pueblos que estudiamos más arriba, y que dió por resultado la sustitución de los ligures por nuestros celtas en unas partes, y la aparición del pueblo celto-ligur en otras, no se detuvo aquí. Constantemente empujados por los pueblos vecinos, ligures y celtas no pudieron continuar en las posiciones conquistadas y emprendieron nuevas emigraciones, dejando los territorios que antes ocuparon, en poder de los invasores. No de otro modo puede explicarse la llegada á España de aquellos pueblos, sino por efecto de una presión continua, que no terminó hasta que las nuevas razas dominaron por completo la patria de las antiguas. Llegan ahora los escritores romanos á estas regiones, y se encuentran con un pueblo, que á causa del tiempo transcurrido, ha olvidado su origen; que no conserva el recuerdo de las emigraciones que sus padres realizaron; que habitan la Céltica y los demás territorios antiguamente poblados por los celtas, en los cuales dicen ellos que han nacido, y que son, por último, hermanos de los galos y germanos que ellos conocían. El resultado de sus observaciones no pudo ser más lógico y se tradujo en el hecho de confundir los dos pueblos, el desaparecido y el actual, bajo una misma denominación; en hacer sinónimos los nombres de dos razas distintas. Así los Romanos llaman Galos á los celtas de España bra-

(1) De los cuales nos señala sus caracteres, completamente opuestos á los de los gálatas. (Véase pág. 153, nota 3.)

(2) L. V, c. 3.

(3) L. VII, c. 1.

quicéfalos y á éstos pseudo-celtas habitantes de la Germania y hasta del Asia Menor (1); César, confunde ambas denominaciones (2); y en general todos los escritores romanos emplean indistintamente las palabras galos, germanos ó celtas, para designar estos nuevos pueblos que nosotros no vacilamos en calificar de aryas.

Ahora, la cuestión puede ser considerada desde otro punto de vista. ¿Quiénes son los verdaderos celtas, los individuos braquicéfalos de corta estatura, de tez morena y de cabellos crespos, ó estos otros, altos, rubios y de ojos azules? Broca se decide por lo primero, mientras que otros autores sustentan la opinión contraria (3). Á nuestro juicio, la discusión versa solamente sobre la propiedad ó impropiiedad del nombre celta, aplicado preferentemente á uno ó á otro de estos dos pueblos: es posible que realmente los aryas de que hemos tratado se llamaran á sí mismos celtas, como dice César; pero nosotros damos ese nombre á la población braquicéfala, y para ello nos fundamos en dos razones: primera; que los celtas que á España llegaron y que con aquella denominación han sido siempre conocidos, eran braquicéfalos; segunda, que el hecho de que los aryas, habitantes de la Céltica se llamaran á sí mismos celtas, no prueba que efectivamente fuera éste su nombre de origen; porque sabido es que los nombres geográficos suelen permanecer invariables, aun cuando el territorio que los lleva sea dominio de pueblos de razas diferentes: pudo haber sucedido que los aryas, asentados en la Céltica y perdida la memoria de su primitivo origen, llegaron á hacer de un nombre geográfico un nombre patronímico; este es un hecho muy natural y que constantemente se observa; en este sentido, ellos se llamarían celtas, esto es, habitantes de la Céltica y no otra cosa.

(1) Tito Livio: XIV, 42; XXXVIII, 16; XXXIII, 21; XLI, 23, etc.

(2) «Gallia est omnis divisa in partes tres, quarum unam incolunt Belgæ, aliam Aquitani, tertiam qui ipsorum lingua Celtæ, nostra Galli appellantur» Cesar: *De bello gallico*: l. I, c. 1.

(3) Henry Martín.—*Sur les traditions irlandaises*: Revue d'Anthr., t. II, p. 193. Para este autor los celtas de Broca no son más que poblaciones anteriores celtizadas; empleando su misma frase.



Una vez resuelta esta cuestión incidental, quédanos por estudiar el hecho concreto de la aparición de los pueblos braquicéfalos en España. Decíamos antes, que la serie de emigraciones parciales que la llegada de las razas aryas á Europa ocasionó en los ligures y celtas, moradores de las comarcas occidentales, no se contuvo con la retirada de estas poblaciones: los gálatas ó galos, se veían empujados constantemente por los sucesivos enjambres de pueblos que el Asia arrojaba sobre Europa, y no se detuvieron hasta que lograron dominar por completo en todas estas regiones.

Resultado de esto, fué que algunos grupos ligurés, celtas y aún celto-ligures, se vieron obligados á traspasar los Pirineos y á buscar otras moradas en la tierra de España. Ya los ligures se habían unido á los iberos en las regiones de la parte de Francia, próxima á aquellos montes, y algunos escritores nos dicen que los celtas, descendiendo por la vertiente oriental de los Cevennes, atravesaron por entre los iberos-ligures y penetraron en la península (1): el *periplo* de Scylax nos muestra á los ligures mezclados también con los iberos á lo largo del Mediterráneo, desde el Ródano hasta Ampurias, y Festus Avienus dice que el río Tartesos (Betis), nace en la laguna *ligústica* ó *ligúrica* (2): Estéban Bizantino se refiere sin duda á esta comarca donde estaba la laguna citada, cuando nos habla de *Ligustina* ciudad de los ligures cerca de la *Iberia de Occidente* (3), y no lejos del Tartesos; «los habitantes, añade, se llaman ligures» (4): según Herodoto «los celtas habitan más allá de las columnas de Hér-

(1) Estrabón: III, 1.—Diodoro: V, 33.—Plinio: IV, 34.—P. Mela: III, 4.

(2) *Orae marit.*: v. 284, 285.—El mismo autor dice en otro lugar que «los Kempseyes y los Saefes, pueblos iberos, ocupan colinas de pendientes escarpadas en el campo de Ophiusa» (Oyarzun-Guipúzcoa): en otro lugar añade que el *Ligus*, esto es, la *Liguria* estaba situada cerca de las colinas de escarpadas pendientes del campo de Ophiusa, habitadas por los Kempseyes y los Saefes: v. 195, 196, 198.

(3) Para distinguirla de la otra Iberia del Cáucaso.

(4) *Ethnicorum*: Ed. West, p. 184.

cules y son vecinos de los Cunetes» (1): Ephoro coloca á España en la Céltica (2). En una palabra; los escritores clásicos nos han conservado el recuerdo de estas emigraciones y por sus noticias podemos seguir la marcha de ellas.

El único problema que en esta cuestión se presenta, resulta de que solamente en las regiones del Norte y Noroeste de España aparecen los tipos braquicéfalos que constituyen la herencia de aquellos pueblos; pero este hecho puede explicarse suponiendo: primero; que no faltarían grupos celtas que invadieran á España por sus costas septentrionales: segundo; que estos extranjeros que por tierra llegaron, atravesando los Pirineos, no encontrarían mucha tranquilidad en medio de las poderosas tribus iberas de la Península, las cuales rechazarían á los intrusos, hasta que éstos pudieron conseguir establecerse sólidamente en el territorio donde posteriormente los señalan los historiadores y geógrafos. Esta hipótesis la fundamos en un hecho bien notable por cierto: sabemos que al Norte de los Cunetes habitaba la tribu ibera de los Kempes (3) y ya dijimos que este nombre había desaparecido, sustituyéndose con los de Lusitanos, Astures, Cántabros, etc., ¿no podremos ver en este hecho extraño, el resultado de una lucha en la que los celtas lograron destruir á los Kempes y establecerse con aquellos nombres en sus dominios? De cualquier modo que fuese, es lo cierto, que los invasores se reunieron en las comarcas del Noroeste y parte Norte de la Península, donde formaron la base de una población, que hasta el día ha conservado los caracteres étnicos de sus progenitores.

Basta fijarse en la marcha seguida por los celtas al través de la Península, desde las regiones pirenaicas Orientales hasta las del Noroeste, para poder dar la explicación de un fenómeno, en el cual ya

(1) II, 33: IV, 49.—Esta es la más antigua noticia que tenemos acerca del establecimiento de los celtas en España. Herodoto escribió su libro II en los años 443 á 445, antes de J. C.

(2) Cit. Estrabón: IV, 4.

(3) Véase pág. 148. Nota.

nos ocupamos, y cuya solución entonces dejamos para más adelante (1). Nos referimos al hecho de que solamente los vascos, entre todas las demás tribus ibéricas de España, lograran conservar, juntamente con el lenguaje, una mayor pureza del tipo étnico primitivo. Vemos efectivamente, que el rincón donde aquellos vivían quedó aislado desde estas épocas remotas, de las otras comarcas ibéricas, por las corrientes de inmigrantes que se dirigían al Sur de ellos por el interior de las tierras, y al Norte por las costas cantábricas. Las relaciones entre los vascos y las tribus comarcanas, antes ya muy limitadas, se rompieron ahora por completo y los vascos se vieron reducidos á vivir en un aislamiento, que sin duda alguna favorecieron, por una parte, su carácter rudo de montañeses, y por otra, la misma topografía del país. El cruzamiento entre celtas é iberos, que por de pronto no se realizó en parte alguna de buen grado, y que solo tuvo efecto, en proporción apreciable, como resultado de la imposición y de la victoria de los invasores, mucho menos fué aceptado por los vascos; y la corriente aisladora, constituida en un principio por los celtas, continuó formada por los celtíberos el tiempo suficiente para que el aislamiento que fué consecuencia de las circunstancias, se convirtiera en nota distintiva del carácter moral del pueblo.

No fué muy numerosa la población celta que llegó á España por consecuencia de la invasión de los aryas en la Europa occidental, y su importancia la podemos deducir teniendo en cuenta dos antecedentes: primero; la relación numérica entre los aryas y los celtas; segunda; la forma en que hubo de realizarse la invasión que originó el desplazamiento de estos últimos pueblos. Aunque la raza braquicéfala que hemos estudiado fuera numerosa (2), hemos de convenir en que representaría poco al lado de las muchedumbres aryas; no formaron sino una zona estrecha de población alrededor de los

(1) Véase pág. 151.

(2) Ya dijimos que Hesiodo hacía á los ligures tan numerosos como á los Scytas y á los Etiopes: pág. 153.

iberos, y cuando aquellas se presentaron, ni pudieron combatir las, ni mucho menos rechazarlas: por último; aparte los caracteres físicos que se conservan en corta cantidad en algunas de las comarcas que habitaron, no consiguieron ejercer ninguna influencia, dejar ninguna otra señal de su paso, pues su lengua, sus costumbres, hasta su misma existencia fué olvidada bien pronto. Por otra parte; la invasión arya debió haberse llevado á cabo, dando una parte mucho mayor á la absorción de las antiguas poblaciones que á su exterminio; esta es la regla general y este ha sido siempre el carácter que han tenido las invasiones aryas. En resumen; podemos decir, que los celtas han entrado por muy corta cantidad en la formación del pueblo español, el cual casi en su totalidad es dolicocefalo. La herencia de aquellos solo ha sido conservada en las regiones en que dominó y en que fueron por tanto más densas sus poblaciones, esto es, en las actuales provincias de Galicia y Asturias, donde hoy se ven núcleos persistentes de tipos braquicefalos, que en las demás no aparecen sino por excepción (1).

De lo que llevamos expuesto se desprende por sí solo todo lo que puede decirse respecto al pueblo celtíbero. La yuxtaposición de dos razas no se concibe sin la inmediata aparición de cruzamientos, cuyo número é importancia está en razón directa del tiempo que dure el contacto y de las analogías étnicas. Los iberos y los celtas empezaron á mezclarse en cuanto se relacionaron, y tanto en las regiones orientales y centrales de la Península, durante el paso de los celtas hacia el Noroeste, como en estas últimas comarcas, apareció un pueblo celtíbero (2) hermano del que ya se había formado en la

(1) Excusado nos parece decir, además, que muchas de las poblaciones celtas que invadieron á España, no debían de ser puras, sino que ya vendrían mezcladas con los aryas desde las mismas comarcas de origen.

(2) «..... Profugique á gente vetusta
Gallorum Celtæ miscentes nomen Iberi.»

Lucano.—*Fars*: l. IV.

«Nos Celtis geniti et ex Iberis.»

Martial.—L. IV, *Epig.* 55.

Aquitania y en las vertientes septentrionales de los Pirineos. La existencia de este pueblo celtíbero, es un hecho histórico indiscutible; ellos son los que constituyen *la fuerza de España* (1), los que combaten fieramente por su independencia y los que aportan los mejores contingentes de tropas auxiliares á los cartagineses y á los romanos, y su nombre, vulgar en todas las historias, figura en adelante en la misma línea que los de los demás pueblos históricos contemporáneos.

Respecto á la correspondencia que pueda establecerse entre los celtas y las razas prehistóricas, es cuestión que ha de ofrecernos pocas dificultades, desde el momento en que sabemos que la braquicefalia constituía el principal carácter étnico de los celtas. Ahora bien; de todas las razas prehistóricas que han habitado las regiones occidentales de Europa, no hay más que una con la que se pueden relacionar los celtas; esta es la raza de Furfooz, que llegó al fin de la época arqueológica, con la cual aparece el cráneo redondo, mesaticéfalo y braquicéfalo, y cuyos caracteres físicos concuerdan en un todo, con los que hemos visto aplicados á los celtas. Á diferencia de las anteriores de Canstadt y de Cro-Magnón, que procedían del Sur, la raza de Furfooz vino del Oriente, quizás, como dice Broca, por el valle del Danubio, que ha sido el camino obligado de todas las invasiones orientales, y se mezcló con las primitivas poblaciones dolicocefalas, dando lugar á una gran variedad de tipos craneanos, en los que se encuentran, desde un índice inferior de 71'65, hasta el máximo de 85'71 (2). Todo lo que de celtas y ligures llevamos dicho, está confirmado con los datos, que respecto á esta raza de Furfooz, nos proporciona la Prehistoria; ella nos dice, que eran de corta estatura y de gran desarrollo muscular; que eran extraños por completo á España, donde no se ha encontrado de ellos resto alguno perteneciente á la época de su llegada al Occidente de Europa, y nos señala

(1) Floro: l. II, c. 17.

(2) Resultado de mediciones hechas por Broca en 54 cráneos de la colección prehistórica de Baye.

el núcleo de mayor densidad de su población, revelada por una mayor pureza de caracteres antropológicos, en las regiones del Eure, Oise, Marne, Sena, y más al Norte, hasta en Bélgica; esto es, precisamente en las mismas regiones que hemos visto dominadas por los celtas. Por último; hoy es ya cuestión casi decidida, que las gentes de Furfooz eran representantes de la poderosa raza turania, que se hallaba establecida en el Mediodía y Oriente de Asia, y que envió á estas regiones de Europa una tribu, que aunque no fué muy numerosa, como nos lo hacen ver las investigaciones prehistóricas, fué bastante á ejercer una notable influencia étnica, y á extender la cultura y la industria de que era poseedora: á ella debieron las tribus cromagnanas la invención del pulimento de la piedra y el uso de la vajilla, el desarrollo de la agricultura, y sobre todo, los sentimientos religiosos, que ahora se revelan con el respeto á los muertos y con el empleo de los enterramientos. Por lo menos, si las razas de Furfooz no los trajeron, en su tiempo aparecen estos elementos de cultura (1).

Para terminar el rápido bosquejo, que respecto á este asunto tan importantísimo de la población primitiva de España, hemos venido haciendo, réstanos citar el elemento arya que pudo haber entrado á formar parte de ella. Desde luego podemos afirmar, que fué en cantidad muy escasa, estando representado, de una parte, por los grupos aryas y celto-aryas que sin duda vendrían mezclados con los celtas y ligures al tiempo de la invasión de estos pueblos, y de otra, por algunas poblaciones que se correrían por las costas mediterráneas, en las cuales quizás se establecieran: en definitiva, resulta que este elemento insignificante no ejerció influencia alguna durante estas épocas y se disolvió en el gran fondo étnico de los antiguos iberos. Á partir de aquí, ya empieza la serie de invasiones de pueblos históricos, en las que no hemos de ocuparnos, y con las cuales apa-

(1) Sales y Ferré.—*Hist. Univ.*, págs. 102 y 103.—Mortillet: *Le prehist.* págs. 610-614.

recen poderosos elementos aryas, representados por los colonizadores griegos y los conquistadores romanos, y los nuevos elementos semitas importados por fenicios y cartigineses. Con todos ellos, puede ya formarse el cuadro completo de la primitiva población de España, que por vía de resumen de cuanto hemos dicho, insertamos á continuación.

POBLACIÓN PRIMITIVA DE ESPAÑA

NOMBRES HISTÓRICOS	RAZAS PREHISTÓRICAS Á QUE PERTENECEN	RAZAS HISTÓRICAS
	Canstad	»
Iberos (Vascos). . .	Cro-Magnón.	
Celtas	Furfooz.	{ Ligures . . . } Celtas . . . } Turania. Celto-ligures. }
Celtiberos. (Celtas. Iberos)	{ Furfooz } { Cro-Magnón }	{ { Ligures . . . } { Celtas . . . } } Turania. Iberos.
Certiaryos (Celtas. Aryos)	{ Furfooz } { Galos . . . }	{ { Celtas . . . } { Ligures . . . } } Turania. Galos ó Gálatas. Aryas.
Fenicios } Cartagineses. }	Semitas.
Pelasgos } Griegos } Romanos }	Aryas greco-italiotas.

Las reflexiones expuestas constituyen, como ha podido notarse, solamente un bosquejo del asunto. Cuestión tan importante como esta, exige sin duda para su completo desarrollo, más extensión y

mayor detenimiento que el que le hemos concedido; pero nuestro objeto ha sido sólo, ocuparnos en él de un modo incidental, y esto, por la íntima relación que guarda con la materia del presente libro. Cumplido ya nuestro propósito, proseguiremos el interrumpido estudio que veníamos haciendo sobre los materiales citados en la Parte Descriptiva.

Como resultado de los antecedentes deducidos del estudio de los yacimientos, y en virtud de las consideraciones hechas hasta aquí, podemos sentar una afirmación concreta, á saber; las gentes que poblaron nuestra provincia, durante la época prehistórica á que se refieren los materiales reunidos, pertenecieron á la raza de Cro-Magnón. Esta afirmación, que claramente se deduce del exámen de los restos hallados, está, sin embargo, contradicha, y en oposición completa, con la industria que en todas partes hemos encontrado, y que tiene el carácter de neolítica; carácter que aparece con las razas de Furfooz, y que constituye la nota distintiva de su civilización. No es prueba en contrario, la existencia de numerosos objetos de sílex, pues sabido es que este material se siguió empleando en la construcción de armas y de útiles industriales, hasta en épocas muy posteriores: tampoco sirve de argumento, la consideración del arte examinado en la necrópolis de Carmona, en el yacimiento del Coronil y en otros lugares, de un carácter esencialmente paleolítico. De todos modos, tenemos una paradoja que se presenta claramente: de un lado, la afirmación de que estos hombres eran de la raza de Cro-Magnón: poseemos sus cráneos y conocemos su arte, manifestado espléndidamente en Carmona: de otro, se nos ofrece una industria completamente neolítica, y lo que es más decisivo, porción de monumentos sepulcrales y ejemplares de vajilla, que hay que atribuir á nuevas razas, á las de Furfooz, en cuyo tiempo aparecen, con el pulimento de la piedra y con la construcción de objetos de barro, sentimientos más desarrollados, y con todo ello, la costumbre de enterrar á los

muertos, desconocida probablemente en toda la edad paleolítica, en que imperan las de Canstadt y Cro-Magnón.

Ahora bien: ¿cómo se resuelve este problema? Desde luego la solución de él, no puede consistir en afirmar rotundamente ninguno de los extremos que abarca: porque si nos decidimos por la raza de Cro-Magnón, queda sin explicar la industria neolítica que hemos observado, así como también el origen de los lugares de sepultura descritos: y si por la raza de Furfooz, no se explica el arte paleolítico ni los restos humanos anteriores á ella. Podría decirse, sin embargo, en defensa de la primera opinión, que nada se opone á que la primitiva raza de Cro-Magnón hubiera realizado por sí sola la evolución que representa el tránsito de las formas paleolíticas á las neolíticas; pero siempre quedaría en pie la dificultad de dar igual razón á la existencia de enterramientos, levantados por una raza, que precisamente se caracterizaba por el desprecio con que miraba á sus muertos.

No es así como tienen lugar las evoluciones del arte ni de los sentimientos; ciertos estados análogos de cultura; una misma disposición de elementos sociales, políticos, religiosos, hasta topográficos; un mismo grado de desarrollo en todos los órdenes y direcciones de la vida, pueden, sí, dar lugar á la aparición, en sitios muy apartados, de formas artísticas semejantes, y aun de ideas y creencias análogas; pero nunca producirán una identidad de caracteres, á la cual se opone la misma carencia de identidad de los elementos supradichos. Aplicando esta consideración al punto que discutimos, diremos, que en efecto, la raza de Cro-Magnón, aislada en estas comarcas, pudo llegar á un estado de cultura análogo al que traían las de Furfooz; pero estas analogías de circunstancias, si pudieron dar lugar á una evolución en el arte y en las creencias, no llegarían nunca hasta el punto de hacer adoptar el primero formas en un todo semejantes á las que caracterizaban el arte neolítico de Furfooz, ni á que las segundas se manifestaran en construcciones sepulcrales idénticas á las inventadas por esta raza. En suma: la raza Cro-Magnón pudo haber tenido una edad neolítica peculiar, y pudo haber llegado á

enterrar á sus muertos; pero sus armas serían distintas de las de Furfooz, y sus sepulturas no serían los dólmenes y túmulos que hemos estudiado.

Aun menos consistencia tendría, la opinión que se decidiera por el segundo extremo del problema. En ningún yacimiento perteneciente á la raza de Furfooz, se ha descubierto el menor vestigio de arte; éste desaparece en las últimas edades cuaternarias, y no puede atribuirse á esta raza la ejecución de unas obras, que como las de Carmona, son en un todo iguales á las del período más floreciente de Madelaine.

No se trata aquí, pues, de la supervivencia de un arte primitivo, adoptado por una raza conquistadora; sino de la supervivencia de la misma raza primitiva, que en posesión de su arte propio, adopta el arte las nuevas. Esta es la solución del problema, á nuestro parecer, y esto deducimos de las consideraciones arriba expuestas.

Replegadas las tribus de Cro-Magnón al Occidente de Europa, por consecuencia de la presión que sobre ellas ejercieron las nuevas de Furfooz, las que hemos llamado celtas, continuaron su civilización, su arte, su industria, en un completo aislamiento, tal y como podían conseguirlo del poderío de sus vencedores; encerradas en un círculo infranqueable, que el odio de raza había formado, ninguna clase de influencia pudo en un principio salvarlo, y así permanecieron las dos razas, separadas la una de la otra, durante un período de luchas, cuya extensión puede calcularse, comparando esta situación con otras semejantes del período histórico. Pero es ley de la Historia, que cuando se pongan en contacto dos civilizaciones, la más inferior sucumba á la más adelantada, y esto sucedió en la ocasión presente. Las razas de Cro-Magnón conservan, como fuego sagrado, las tradiciones de sus padres; el arte de Madelaine; una civilización que se había formado con la experiencia de largos siglos de vida, y cierran sus puertas á la corriente de las nuevas ideas; pero poco á poco, insensiblemente, con el paso lento con que estos movimientos se realizan, los odios de raza se van mitigando; en virtud

de las relaciones que las necesidades de la vida humana establecen, las dos civilizaciones se ponen en contacto, y las influencias aparecen, dando por resultado la modificación de anteriores formas artísticas y la adopción de otras nuevas; la admisión de todos los elementos componentes de la civilización más desarrollada; en suma, la fusión completa de las dos razas. Desde este momento, sólo será cuestión de tiempo el que los sentimientos menos groseros de los nuevos pueblos, vayan infiltrándose en los antiguos; el que creencias más elevadas, vayan conquistando las conciencias. Realizado ésto, ya nos encontramos en el caso presente, y resuelto el problema: veremos á la antigua raza conservar como tradición sagrada, la herencia de los antepasados, representada por el arte madelainiano de Carmona; veremos la modificación de formas artísticas y la adopción de los nuevos elementos industriales, en los instrumentos neolíticos y en el uso de la vajilla; veremos, por fin, la mayor elevación del sentimiento, revelada en el culto á los muertos, una de cuyas manifestaciones es la erección de monumentos sepulcrales.

Con esto aportamos un dato de gran valor á una cuestión, que aún hoy se discute, y que las anteriores consideraciones pueden resolver: nos referimos á la hipótesis que afirma la existencia de un centro poderoso de cultura hispano-mauritano, contemporáneo, del de Egipto. Ya hemos dicho, en efecto, que las razas de Cro-Magnón viven en plena edad neolítica, siendo coetáneas de las de Furfooz, y estendiéndose desde Inglaterra al Norte, la parte occidental de Francia y toda España, hasta las Canarias, Berbería y el país de los *Somalís* al Sur, y ya hemos podido apreciar una prueba manifiesta de su civilización, en el notable yacimiento de Carmona.

Una vez determinada la raza que habitó nuestra provincia, en los períodos que los yacimientos estudiados abarcan, y tratadas las cuestiones que con este motivo se presentaron, pasamos á ocuparnos

de otro punto de gran interés, si nó general como el anterior, por lo menos, local, á saber; los caracteres de las diversas tribus que poblaron las regiones en que dividimos el suelo de la provincia.

Ya dijimos en otra ocasión, que de una región á otra, más aún, de una estación á la inmediata, varían aquellos caracteres, tanto como varían los accidentes topográficos, el medio ambiente en que los individuos se desarrollan: á medios semejantes, corresponden civilizaciones parecidas, y medios distintos, dan por resultado diferencias notables en la cultura general. Siendo esto así, no podremos suponer que la civilización, que durante los tiempos prehistóricos, se desarrolló en la Región de las Vegas, fuera de la misma naturaleza que la que se formó en los terrenos montuosos de las dos últimas regiones. La topografía diferente de éstas, influiría en la dirección que las actividades tomaron en ellas, y bastará recoger aquí los datos arqueológicos que sus yacimientos nos han proporcionado, para probar que esta diferencia existió, y hasta para inducir en qué pudo consistir.

De Carmona tenemos elementos sobrados para suponer, que aquellas tribus, habitantes de un territorio fértil, poblado de bosques abundantes en caza, tendrían asegurada su alimentación: los dibujos de animales que poseemos, indican claramente este extremo, y hasta el hallazgo de arpones, juntamente con el trozo de hueso en el que está grabado un pez, hacen deducir que en los lagos y en las corrientes de agua, que como dijimos en otro lugar, ocupaban gran parte de la vega, habría abundancia de pesca, que aquellos hombres utilizarían. No teniendo que ocupar su tiempo en la tarea de buscar alimentos, que la naturaleza ofrecía fáciles de obtener, esta tribu fué agricultora quizás, artística seguramente, y desde luego de costumbres sedentarias y de carácter tranquilo: en ningún otro punto hemos hallado ejemplares de grabados, que aquí son numerosos, y el hallazgo de trozos de hueso esculpido, y la abundancia de buriles, prueba, en efecto, que no se trata de un hecho aislado; de la obra de algún que otro individuo; sino que estamos en presencia de una

verdadera industria artística, á la que se dedicaba gran número de gentes, y que tal vez sería objeto de comercio. Este mismo carácter que indica el bienestar, tienen los restos de vajilla que hemos examinado, y su abundancia y sus variados adornos, demuestran, que sus constructores podían ocupar tranquilamente en estas superfluidades, un tiempo que no era embargado por el trabajo de buscar un alimento difícil de encontrar, ni por las empresas guerreras.

Á una industria artística tan desarrollada como la que hemos estudiado en Carmona, debió de corresponder un activo comercio, que uniera estas fértiles regiones con otras, á las que llevaran sus productos artísticos, y de donde trajeran las primeras materias necesaria para su fabricación. No es esta una hipótesis caprichosa: en yacimientos pertenecientes á épocas aún más antiguas, se han hallado objetos que probaban la existencia de un comercio, rudimentario, es claro; que se limitaba al simple cambio de utensilios y armas con algunas primeras materias, y que se extendía solamente á las tribus comarcanas. Desde que se hicieron notar las ventajas de la división del trabajo; desde que por efecto de este descubrimiento, hubo exceso de producción en algunas partes, puede decirse que nació el comercio; y este comercio, que nace limitadísimo vá aumentando poco á poco; comprendiendo más objetos, á medida que las necesidades se multiplican; abarcando mayor extensión, á medida que se van perfeccionando las bases de la organización social, hasta llegar á ser la fuente única de riqueza y la ocupación constante de algunos pueblos. No partimos, pues, de ligero al suponer la existencia de un comercio muy desarrollado en Carmona, y bastará el exámen de algunos objetos del Museo, y la consideración de su naturaleza, para dar fuerza á la inducción. Trozos de minerales hemos hallado en los túmulos, de los cuales no ofrecen aquellos terrenos una sólo partícula; algunas armas están fabricadas de rocas que sólo se encuentran en lugares muy apartados, y porción de conchas, que sirvieron de adorno, son marinas. Así; del Pedroso hubieron de traer el hematites; de Granada ó Almadén el cinabrio,

minerales que emplearon en sus tatuajes; de la Sierra de Guadalcanal, la diorita y la serpentina en que labraron sus hachas, y de las lejanas orillas del mar las conchas con que se adornaron.

Á esta civilización de las Vegas, corresponden los yacimientos situados al Sur, como el del Coronil, que presenta objetos de arte, tales como vajilla adornada, cuchillos y trozos de sílex tallado, en un todo análogos á los de Carmona, y en resúmen afirmaremos que la civilización de estos pueblos tuvo un carácter artístico muy saliente, y que fueron tan comerciantes como artistas.

Distinta fué, sin duda alguna, á esta que acabamos de examinar, la civilización desarrollada, tanto en la Cuenca de la Ribera de Huezna, como en las regiones montuosas del Sur de las Vegas y en la Cuenca de la Ribera de Huelva; en estos lugares, la vida era más difícil, el terreno más ingrato, y el carácter de sus habitantes debió de ser áspero como su suelo, y más dispuesto á la caza y á la guerra que á la vida apacible y sedentaria: ejercitando constantemente sus facultades físicas para conseguir el sustento, y aún para defenderlo de las fieras que poblaban aquellos montes, tendrían forzosamente que abandonar las artísticas, y su industria se limitaría á la fabricación de armas y utensilios de guerra y de caza: en efecto; aunque en esta región los yacimientos son más numerosos que en ninguna otra, no han proporcionado, hasta el día, objeto alguno de arte, haciendo tal hecho suponer, que éste no se manifestó, ó por lo menos, no tuvo gran desarrollo.

Todo lo que vamos diciendo, respecto á la civilización de estas gentes, se refiere, como es de suponer, á la edad de que más datos poseemos, ó sea á la neolítica; difícil era, en efecto, inducir estados de cultura durante la del bronce, que tan pocos elementos de estudio ha dejado, y de la cual, apenas si tenemos referencias, más ó menos confundidas con las de otras edades: no obstante; interesa tanto á la Prehistoria todo lo que se relaciona con este período, que hemos de ocuparnos en ello, exponiendo brevemente nuestra opinión respecto á la llamada *edad del cobre*.

De esta época sólo poseemos las hachas, la sierra y los cinceles del Coronil, unos pocos objetos de Carmona y los hallados en Lebrija y Lora del Río; de éstos, poco podemos inducir, si nó es que en efecto, hay objetos de aquel metal sustituyendo al bronce (1), únicamente usado en el centro de Europa: pero tenemos algo más importante, á saber; que todas las minas de cobre de nuestra provincia, en que el mineral es rico y de fácil extracción, fueron explotadas por las razas prehistóricas, que han dejado en todas ellas los martillos de piedra con que atacaban el filón, y en alguna, como en Peñafior, sus propios huesos. Pero, ahora bien; del hallazgo de armas de cobre y del hecho de la explotación de las minas de este metal ¿se puede deducir, la existencia de una edad, anterior á la del bronce, peculiar á estas comarcas? Algunos autores son de esta opinión, y entre ellos, el Sr. Vilanova considera necesario intercalar entre los períodos neolítico y del bronce, el del cobre puro. «Intercalado, dice, el período del cobre entre el de la piedra pulimentada y el del bronce, claro está que el de esta aleación habrá de seguir en el orden natural ascendente, sin que haya necesidad de prejuzgar su procedencia, pues en mi concepto en un principio fué indígena» (2). Creemos que sobre base tan débil no es posible asentar ninguna teoría. Tenemos un hecho cierto; la existencia en nuestras provincias meridionales de armas de cobre; pero de aquí no podemos deducir más de lo que el mismo hecho consienta y éste no autoriza, en modo alguno, á afirmar que los indígenas descubrieran el procedimiento para beneficiar los minerales de cobre, creando una industria de carácter completamente distinto á la anterior, y generalizándola hasta el punto de constituirla en carácter esencial de toda una época. Las evoluciones en el arte, en la industria, en las instituciones, hasta en las creencias religiosas, se presentan por efecto del adelanto de la

(1) Ya dijimos que el metal de estos objetos fué analizado por D. Salvador Calderón, probándose que era cobre naturalmente puro.

(2) *Hist. Gral. de Esp.* Pub. por indiv. de la R. A. de la Hist.: t. I., *Geol. y Prot. hist. Ibér.*: Parte 1.^a, pág. 333.

cultura general; el progreso en un orden de la actividad social, corresponde siempre, ó es consecuencia, del progreso de los demás órdenes, sin que con esto queramos decir, que el desarrollo de todos ellos se haya de realizar paralelamente y con igual intensidad.

Ahora bien: ¿es aceptable creer que las tribus de Cro-Magnón que aquí habitaban, llegaron á realizar el descubrimiento del cobre, y á aplicarlo á la fabricación de sus armas, dado el estado de su cultura? Para una tan radical innovación, precisaba, sin duda alguna, un desarrollo intelectual considerable, una observación casi científica, un grado de civilización, que de ninguna manera poseían aquellos pueblos salvajes, que no llegaron á perfeccionar sus antiguos procedimientos industriales sino por la presión de influencias extrañas. Las mismas tribus de Furfooz que á Europa llegaron; que se hallaban en posesión de una superior cultura; que habían realizado verdaderos progresos en la industria, representados por el pulimento de la piedra y por el uso de la vajilla; que habían alcanzado un nivel moral é intelectual muy elevado, no llegaron á descubrir el cobre; ¿y se quiere referir este descubrimiento á pueblos mucho más atrasados, á pueblos, que de no haber recibido las enseñanzas de las nuevas razas, tal vez hubieran permanecido estacionados en la fase arqueológica de la industria?

Lejos de ser esto así, la historia nos enseña, que todos los adelantos que en estas épocas llevó á cabo la humanidad, tuvieron su cuna en el Oriente, asiento entonces de la civilización, y patria de las razas más adelantadas, y esta es una base, que junta con las anteriores reflexiones, inclinan á colocar en Asia la aparición del hecho que estudiamos. Es claro, que cabe en lo posible lo que el Sr. Vilanova afirma; que la edad del cobre fuera indígena de estas comarcas; pero esto tendría el carácter de un fenómeno extraordinario, cuya existencia debía ser apoyada en pruebas decisivas, y no, como lo hace, solamente en un hecho, que por sí solo no dá motivo para poder cimentar en él doctrina tan fundamental. Si porque en Andalucía existe con abundancia el cobre y porque se encuentran

armas de este metal, se dice que hay aquí una edad del cobre indígena, anterior á la del bronce, no sabemos por qué no se ha de decir tambien que aquí se inventó la vajilla, que aquí se descubrió el pulimento de la piedra, que aquí se realizaron todos los adelantos que caracterizan la cultura de la segunda edad prehistórica. No es así como creemos nosotros que se deben juzgar los hechos. De un hecho aislado, no podrá nunca sacarse una consecuencia aceptable, si nó se relaciona con otros hechos, y las teorías que se quieran construir, han de apoyarse, cuando no existan datos evidentes, en reflexiones que dén á la lógica, la parte que nieguen siempre á lo extraño y á lo anormal.

Fundados en estas consideraciones, creemos que la industria de los metales, fué importada á estas regiones, y de acuerdo con la opinión más generalmente admitida, afirmamos que este descubrimiento se hizo en Oriente por la raza turaní, cuyas primeras avanzadas en Europa estuvieron representadas por las tribus de Furfooz. De allí provienen las armas de bronce halladas en Europa, á donde fueron importadas por las vías terrestres del Danubio y del Oural y por la marítima del Mediterráneo (1): en aquellas regiones es en las que ha de buscarse la verdadera edad del cobre anterior á la del bronce: respecto á las armas de metal puro que en España se recojen, su aparición la creemos originada de circunstancias muy naturales.

Sabemos, en efecto, que cuando los fenicios llegaron á nuestras costas, aún los pueblos indígenas estaban en plena edad neolítica: con los objetos de su industria, trajeron influencias artísticas, que llegaron hasta las tierras del interior, y con unos y otras, armas y objetos de bronce que aquí, sin duda, trocaron con los preciados productos de nuestro suelo. De la existencia de estas relaciones comerciales nos dan pruebas evidentes algunos de los objetos estudiados

(1) Véase Sales y Ferré: *Hist. Univ.*, t. I, págs. 106-110.—E. Chantre: *Etudes paleethnologiques dans le bassin du Rhone: Age du Bronze*: t. II.

en Carmona (1), en los que hemos descubierto formas orientales completamente extrañas al arte indígena, y que no tienen explicación posible, sino considerándolas efecto de una importación llevada á cabo por aquel pueblo. No tardaron los fenicios en remontar el curso del Bétis y en establecerse en estas ricas comarcas. Abundando en ellas las minas de cobre, se dedicaron á su explotación, y enseñaron á los naturales el medio de descubrir los yacimientos y el procedimiento más sencillo para extraer el metal: desde entonces fué cosa fácil para éstos el fabricar objetos análogos á los importados por los fenicios: no podían tener el bronce, porque carecían de estaño, pero el cobre puro, aunque inferior en sus resultados al bronce, era superior á la piedra, y de cobre construyeron sus armas de guerra y sus utensilios industriales, no variando en nada la forma de los objetos que les habían servido de modelo, ó copiando las de sus primitivos útiles de piedra pulimentada. Esta explicación tienen las formas de las hachas de cobre del Coronil (2), que representan, como entonces dijimos, el tránsito entre la industria de piedra y la del metal.

Las minas explotadas por los indígenas se distinguen hoy perfectamente de las que explotaron los fenicios; éstos, atacaban toda clase de filones, construían galerías y beneficiaban el mineral con procedimientos más adelantados; aquellos, sólo se dirigían á los criaderos situados á flor de tierra, de mineral rico, que beneficiaban, como hoy lo hacen ciertos pueblos salvajes, con el sistema primitivo de mezclar el mineral con carbón, y hacer llegar á la masa incandescente una corriente de aire, por medio de una piel dispuesta á manera de fuelle.

Resulta, pues, que no hay, como se ha dicho, tal edad de cobre en nuestra provincia; sino que aquí este metal, que era y es muy abundante, sustituyó al bronce, á causa de la carencia de estaño, fabricándose con él los objetos que caracterizan esta edad, la cual, en

(1) Véase el artículo de Carmona: pág. 57; figs. 27 y 28.

(2) Pág. 91.

última deducción, se ha de llamar del bronce, no por la materia que emplea, sino como designación de una nueva faz de la industria y de un notable adelanto de la civilización. Á esta civilización, que se inicia en las construcciones sepulcrales del Ronquillo, de Morón y del Coronil, corresponden algunos de los túmulos de la necrópolis de Carmona, y á la época de su mayor esplendor, pertenece el monumento de Castilleja de Guzmán, antes estudiado.

La misma dificultad que se presenta, según acabamos de ver, para inducir directamente de los objetos reunidos, estados de cultura durante la edad del bronce, se nos ofrece, y aún en más alto grado, cuando tratamos de hacer la misma inducción, de los útiles cuaternarios. Aunque escasos en número, algunos objetos de cobre poseemos, y en todo caso, su falta la podremos suplir, como explicaremos más adelante, por otros procedimientos de estudio, mas, por lo que hace á la época cuaternaria, la escasez se convierte en carencia total de datos arqueológicos, y ya no es difícil, sino imposible, asignar carácter á una industria que no existe, ni deducir ningún conocimiento de fuentes que aún no han sido descubiertas.

En toda la provincia de Sevilla, decimos, no se ha encontrado objeto alguno que pueda *positivamente* referirse á la época paleolítica de la industria; se han hallado, sí, trozos de sílex tallado groseramente, conforme al procedimiento mousteteriano; pero esta circunstancia no basta, según las reglas de la crítica prehistórica, para servir de base á una clasificación: el dato arqueológico es de gran valor cuando la Geología y la Paleontología lo confirman, pero por sí sólo es muy vago, y causa inicial de errores, que en gran número se han introducido en la ciencia.

Concretaremos nuestro pensamiento. La existencia de una industria cuaternaria en la provincia de Sevilla, se ha querido fundar en tres circunstancias; primera, en que las primitivas razas prehistóricas habitaban en cavernas; segunda, en que muchas grutas y ca-

venas de la provincia, presentan señales de haber sido habitadas; tercera, en que de la cueva de *San Francisco* y de la de *Santiago*, en Guadalcanal, se han extraído algunos objetos de sílex, los cuales han sido recogidos, y en abundancia, en los terrenos montuosos, por donde se extienden los términos de Guadalcanal, Cazalla de la Sierra, San Nicolás del Puerto, Constantina, etc. Cierto es que la raza de Cro-Magnón, durante la época cuaternaria, habitó las cavernas, de las cuales había logrado arrojar las fieras que antes las ocupaban; pero no es menos cierto, que estas viviendas continuaron habitadas por la misma raza de Cro-Magnón en la edad neolítica y en la de los metales, que aun fueron utilizadas posteriormente, y que aun muchas de ellas lo siguen siendo en la actualidad (1). En la mayor parte de las cavernas que han sido objeto de detenidas exploraciones, se han hallado objetos que formaban horizontes distintos, correspondientes á las diferentes épocas históricas ó prehistóricas: sin ir más lejos, en Carmona mismo, ha podido observarse este fenómeno (2). El hecho, pues, de que una cueva presente señales de haber sido habitada, no puede decir nada acerca de la época en que lo fué, ni los instrumentos que de ella se extraigan pueden servir de base para determinarla, si ya no es que se presenten con abundancia, ó que, como sucede más frecuentemente, se hallen cubiertos por una capa de estalagmita.

Pero veamos qué materiales de esta clase poseemos. El señor Machado, se dice, encontró en la cueva de San Francisco *una* punta de sílex: ya en su lugar nos ocupamos en este descubrimiento, y expusimos el juicio que nos merecía (3); ahora decimos, que aun siendo tal y como nos lo afirman, habríamos de tener en cuenta,

(1) Ejemplo, las cuevas que están situadas á la salida de Mairena del Alcor, junto á la fuente de *Alconchel*, que sin duda fueron habitadas en los tiempos prehistóricos y que actualmente continúan siéndolo.

(2) En una de las cuevas del *Judío*, explorada por el Sr. Peláez.— Véase, pág. 70.

(3) Guadalcanal, págs. 118-119.

que al mismo tiempo que la punta de sílex, se recojieron «trozos de vasija tosca» (1), lo cual nos lleva á las épocas neolíticas: de la gruta del *Robledo*, en Constantina, tenemos un cuchillo de sílex, del que nada podemos deducir, y en último resultado, sólo quedan dos puntas, extraídas de la gran cueva de Santiago, y que semejan á las que ofrecen el tipo de Moustier. ¿Son estos objetos cuaternarios? No lo podemos asegurar. La talla del sílex, según sabemos, no se abandona con el uso de la piedra pulimentada, ni aun con el de los metales; lo que sucede es que sufre un retroceso, por consecuencia de convertirse el sílex en mero útil de trabajo, y de esto hemos visto indudables pruebas en Carmona, donde tuvimos ocasión de estudiar raspadores, puntas, buriles y otros objetos que parecen instrumentos acheulianos ó mousterianos, pero que nadie ha incluido en estas industrias primitivas: en el yacimiento del Coronil, son abundantísimos los cuchillos de sílex, y algunos trozos, que hemos clasificado como restos de fabricación, parecen haber sido tallados en las más primitivas edades, y en general, en todas partes, al lado de hachas pulimentadas, se han encontrado útiles de sílex que á nadie se le ha ocurrido clasificar como cuaternarios. ¿Qué nos dicen, pues, las dos puntas de la cueva de Santiago? Son dos instrumentos que se han encontrado, á flor de tierra, en el suelo de la caverna; ésta no ha proporcionado ningún otro dato arqueológico, ni paleontológico, ni antropológico; la mejor voluntad, por tanto, sólo puede admitir la *posibilidad* de que sean arqueolíticos, nunca afirmar rotundamente que lo son, y menos, fundar sobre base tan débil, la existencia en la provincia de Sevilla, de un período cuaternario en la industria de sílex.

Menor base ofrecen aún los objetos aislados, que en tal ó cual parte de los términos de las poblaciones citadas, se han recojido, y respecto á los cuales nada nos dice la Geología. Si alguno de los tales objetos hubiera sido encontrado en un terreno cuaternario, y

(1) Véase la crónica de la excursión, ya citada, (pág. 118).

su talla tuviera este carácter, podría fundarse sobre su existencia una opinión segura; pero es el caso que estos instrumentos, por otra parte muy escasos, se hallan á flor de tierra, en terrenos no cuaternarios, y casi siempre en sitios donde con frecuencia se encuentran tambien hachas pulimentadas. Por último; lo mismo podemos decir de algunos instrumentos de Carmona, los cuales, por más que presenten caracteres primitivos en la talla, no pueden ser referidos á épocas anteriores á aquella en que hemos colocado el yacimiento.

Ahora bien; con lo que llevamos dicho no queremos indicar que en la provincia de Sevilla no exista industria cuaternaria; lejos de ésto, creemos que la raza de Cro-Magnón que hemos estudiado durante las edades neolítica y del bronce, tuvo sin duda tambien su industria paleolítica; lo que afirmamos es que, hoy por hoy, no podemos referir á estas edades primitivas ninguno de los objetos citados, y que en el principio de nuestra prehistoria debe colocarse un paréntesis, que los descubrimientos posteriores se encargaron de llenar: las muchas cuevas que están todavía sin explorar, la misma de Santiago, otros yacimientos aún no descubiertos, tal vez proporcionen materiales bastantes para ello; hoy sólo tenemos los indicios nada seguros que pueden suministrar unos pocos objetos aislados y los encontrados en las dos sepulturas de Carmona, situadas, la una en la parte inferior del túmulo de la *Batida*, y la otra en *Las Cumbres* (1); pero estos objetos no son bastantes á autorizar la formación de un grupo de objetos cuaternarios, y en definitiva, dado el estado actual de nuestro conocimiento, nos vemos obligados á empezar la prehistoria de la provincia de Sevilla por la edad neolítica.

(1) La circunstancia de ser sepulturas, no obsta á que pudieran referirse á la época cuaternaria. Hoy es ya un error creer que los enterramientos no aparecen hasta la neolítica: más adelante veremos que estos enterramientos son consecuencia de la creencia en el alma, y que todo conduce á afirmar que este concepto se formó en las edades cuaternarias.

Réstanos hablar ahora, para completar el estudio que venimos haciendo, de dos puntos estrechamente ligados entre sí, y que se refieren á otros tantos aspectos de la cultura general; de la organización social y política, y de las creencias religiosas de estas tribus prehistóricas, durante las épocas á que se refieren los materiales extraídos de las excavaciones realizadas en la provincia, y que quedan ya expuestos en la Parte Descriptiva.

Al tratar de estas cuestiones, el ideal sería fundar todo lo que pudiéramos decir de ellas en las enseñanzas proporcionadas por dichos materiales, inducir el conocimiento que tratamos de adquirir, de los datos arqueológicos que poseemos, y seguir un procedimiento de análisis y deducciones, que nos llevara, paso á paso, á averiguar las causas á que pudieron obedecer algunos caracteres, formas ó circunstancias de los objetos. Pero, desgraciadamente, tal procedimiento es imposible; los materiales que nos han podido señalar los caracteres generales de la cultura, que nos han dado á conocer ciertos aspectos de ella y decidido problemas interesantes, no bastan á resolver las dificultades que traen aparejadas unas cuestiones, para cuyo estudio no son suficientes las enseñanzas, muy indirectas y fácilmente expuestas á error, de la Arqueología.

Este ha sido el obstáculo que ha tenido que vencer la moderna Sociología; obstáculo gravísimo, porque se manifestaba en carencia de bases para el estudio; pero que ha sabido remover, sustituyendo á la inducción directa la inducción por analogía. Este mismo es el procedimiento que habremos de seguir nosotros, al ocuparnos en estos interesantes extremos de la vida de nuestras razas prehistóricas: no habiéndonos dejado objetos, en los cuales pudiéramos fundar inducciones directas relativas á ellos, nos dirigiremos en busca de elementos de estudio, á los pueblos que se hallen en el mismo grado de cultura que estas tribus de Cro-Magnón, y cuya organización social y política nos sea conocida, bien por noticias históricas indudables referentes á los pueblos antiguos, bien por las observaciones inmediatas realizadas en los actuales. Partiendo de la base

de la igualdad ó semejanza de caracteres, entre estos pueblos y los que durante las edades neolítica y del bronce habitaron nuestra provincia, respecto á todos los órdenes de la actividad, respecto á la cultura en general, lógicamente podremos inducir, por analogía, la igualdad ó semejanza en el modo en que estuvieron organizados social y políticamente.

Empleando este procedimiento, que hoy ya ha sido admitido por todas las ciencias, y en el que se han fundado muchos de sus adelantos, es como la Sociología puede ir avanzando poco á poco en el camino de lo desconocido, hasta llegar al origen, al germen de la organización social. Pero en este estudio, es claro que nadie puede decir que ha resuelto el problema; la certeza de una opinión ha de basarse en la realidad de los hechos, y cuando no suceda así, sólo habrá una probabilidad de acierto, tanto mayor, cuanto las hipótesis y las inducciones se sujeten más á la lógica.

Conforme á esto que decimos, consideramos y reproduciremos aquí, como la teoría más cierta hasta el día (1), aquella, según la cual, la más primitiva sociedad humana fué una agrupación caótica, en la que luchaban por alcanzar el predominio, el celo sexual de un lado, y el sentimiento de simpatía del otro. Egoísta y reaccionario el primero, altruista y progresivo el segundo, en la decidida preponderancia de éste habia de fundarse la evolución del organismo social, cuya primera manifestación aparece en la *tribu hetaírica*, grupo homogéneo en el que todo era común, las personas lo mismo que los bienes, y que tenía como caracteres esenciales, la igualdad en sus relaciones interiores, la endogamia en las exteriores. Por virtud de la igualdad, todos los hombres de la tribu eran maridos de todas las mujeres; por la endogamia, las uniones sexuales entre individuos de tribus distintas estaban vedadas. El parentesco, que en este estado inferior de salvajismo (2), en el

(1) Nos referimos á la que el Sr. Sales y Ferré, tan sólidamente establece en su *Tratado de Sociología*.—Madrid, 1894.

(2) L. H. Morgan (*Anc. Soc.*, págs. 3-13), divide las edades del salvajis-

que no podía existir más relación que la de maternidad, era desconocido, aparece de un modo rudimentario, por consecuencia del desenvolvimiento de la tribu hetaírica, apoyándose en la diferencia de edad, que da lugar al primer sistema de parentesco, al parentesco por generaciones, cuya influencia persiste al través de las dos largas edades del salvajismo y de la barbarie, y llega hasta la misma aurora de la civilización.

El natural crecimiento de la tribu hetaírica, trajo como consecuencia la aparición en su seno, de núcleos, que paulatinamente fueron robusteciéndose; núcleos entre los cuales se repartieron al fin todos los individuos de la tribu, la cual quedó dividida en fracciones, íntimamente ligadas entre sí por virtud de la institución de la exogamia, que fué el resorte mediante el cual, las primitivas comunidades humanas pasaron de la forma homogénea á la heterogénea, de la simple á la orgánica, de la tribu hetaírica á la *tribu frátrica*. Constituida la *fratría* (1), por causa de la diferenciación de la tribu, la organización social experimenta un notable adelanto, que se revela

mo y de la barbarie en periodos ó estados de cultura, y cada uno de estos en tres, que denomina, los periodos, antiguo, medio y moderno; los estados de cultura, inferior, medio y superior. Su duración y límites son:

Período antiguo ó estado inferior del salvajismo: Desde el origen del linaje humano, hasta el uso del fuego y la alimentación de pescado.

Período medio ó estado medio del salvajismo: Desde el uso del fuego y la alimentación de pescado, hasta la invención del arco y la flecha.

Período moderno ó estado superior del salvajismo: Desde la invención del arco y la flecha, hasta el uso de la vajilla.

Período antiguo ó estado inferior del barbarismo: Desde el uso de la vajilla, hasta la domesticación de los animales en el Antiguo Continente, y el cultivo del maíz y otras plantas en el Nuevo.

Período medio ó estado medio del barbarismo: Desde la domesticación de los animales y el cultivo del maíz, hasta la aplicación del hierro á la industria.

Período moderno ó estado superior del barbarismo: Desde la aplicación del hierro á la industria, hasta la invención del alfabeto fonético.

Edad de la civilización: Desde la invención del alfabeto fonético hasta nuestros días.—Sales y Ferré: *Ob. cit.*, pág. 34. Nota.

(1) Los romanos la llamaron *curia*, los griegos *fratría*; con este nombre se conoce la de los indígenas americanos, y con el de *clase* la de los australes.—Sales, *Ob. cit.*, 48.

en una doble esfera de vida para el individuo, la tribal y la frátrica. El carácter de la tribu no cambió, pero el vínculo que unía á los individuos de la tribu hetaírica, se desdobra en la frátrica, surgiendo, de un lado el de fraternidad, constitutivo de la fratría, de otro el de sexualidad, fundamento de la tribu: esto es; así como antes todos los hombres eran maridos de todas las mujeres, sin excepción, ahora la relación marital, podemos decir, se establece de grupo á grupo, únicamente entre individuos de fratrías diferentes, siendo los hombres de una fratría maridos de las mujeres de la otra, y viceversa, y aun esto dentro sólo de una misma generación: la tribu continúa siendo endógama, la fratría es exógama. Por consecuencia de esta nueva regla de unión sexual, aparecen nuevos términos de parentesco, enriqueciéndose éste con grados colaterales y dando lugar al segundo sistema, llamado turaní.

Siguiendo el proceso evolutivo de la organización social, llegamos al periodo superior del salvajismo, en el que aparece un nuevo elemento de integración en el seno de la fratría, que se desarrolla al través de toda la edad de la barbarie y llega hasta el establecimiento de las sociedades históricas. De la misma manera que en la tribu hetaírica habían aparecido los núcleos que más adelante se convirtieron en fratrías, así también el natural crecimiento de éstas, originó un relajamiento del vínculo frátrico y se bosquejó un principio de diferenciación, por virtud del cual, surgieron vínculos parciales, que no cesaron de robustecerse, en el sentido de una mayor individualización en las relaciones. Cuando llegaron á su mayor desarrollo, dentro de la fratría se presenta un nuevo órgano; la *gens* (1); la tribu frátrica se convierte en *tribu gentilicia*. Es esta, pues, un organismo de tercer grado, es decir, que consta de tres elementos; las gentes, que son partes de las fratrías, las cuales á su vez constituyen la tribu. El vínculo que une á los individuos de la gens es el de fraternidad,

(1) Los griegos y los romanos la llamaron *gens*; los irlandeses, *sept*; los albaneses, *phis*; los indios, *ghotram*.

y el antiguo vínculo frátrico se ha sustituido por el de sexualidad: todos los hombres de una gens son maridos de todas las mujeres de las otras, dentro siempre de la misma generación, y con arreglo á esta ley de la exogamia gentilicia, el parentesco se establece en forma análoga al de la tribu frátrica, sin más diferencia, que una mayor intensidad en la relación materna y una mayor extensión de la paterna. No desaparece la fratria; lo único que sucede es, que ahora el elemento orgánico de ella es la gens como antes lo era el individuo: pero poco á poco, á medida que las gentes adquieren vigor, van las fratrias perdiendo su antigua importancia, hasta ser sustituidas por aquellas, como base de las relaciones sociales y jurídicas. Su destino final es muy vario; pues mientras en algunas tribus conservan las fratrias casi todas sus atribuciones, en otras las pierden por completo, manteniéndose únicamente como una división formal (1).

El desarrollo posterior de la tribu gentilicia tiene lugar por dos causas: primera; por la multiplicación de las gentes, repitiéndose en ellas el mismo proceso de diferenciación, consecuencia del crecimiento, que hemos examinado en la frátrica y en la hetaírica: segunda; por la aparición de otras tribus, que nacen por segmentación de la tribu madre, efecto de la colonización ó de luchas interiores ó intertribales. Las tribus nuevas son semejantes á las antiguas, y esta semejanza de constitución, de lengua, de costumbres y de creencias entre la tribu de origen y las colonias, hubo de llevarlas á federarse en relaciones permanentes de derecho, cuando una causa poderosa

(1) Como ejemplo de persistencia podemos citar la fratria romana llamada *curia*, que era una iglesia á la vez que un Estado: su jefe *curión* estaba investido del doble carácter político y religioso; como iglesia tenía una capilla, *curia*, un culto, *sacro-curiona*; y un sacerdote *flamen curialis*; como Estado, administraba justicia, daba decretos, y reunidas todas las curias, formaban la asamblea popular, *comitia curiata*, que elegía el rey, confería el *imperium* y decidía la paz ó la guerra. Menos atribuciones conservó la fratria griega, y éstas limitadas á la esfera religiosa y á la intervención en algunos asuntos. Por último, en las tribus americanas, las fratrias carecen de jefes distintos de los de las gentes y la tribu.—Sales y Ferré, *Ob. cit.*, páginas 128-129.

les hizo ver la necesidad de la unión y la conveniencia de su continuidad. De este modo aparece ahora un nuevo proceso evolutivo por integración, que obra al mismo tiempo que el de diferenciación, y que empezando á producir sus primeros resultados en el período medio de la barbarie, persiste, y aun llega á su mayor florecimiento, en el período moderno.

Al mismo tiempo que la evolución social que hemos examinado se llevaba á efecto, otro elemento de capital importancia iba recorriendo su ciclo de desenvolvimiento, distinto de aquel, por cuanto tiene un caracter opuesto al que informaban las relaciones gentilicias y frátricas: este elemento fué *la familia*. Fundada sobre la base del sentimiento materno y del filial, únicos que podían aparecer, porque ésta era la única relación personal que existía, la familia no se constituye sino cuando el vínculo materno alcanza la firmeza necesaria para no disolverse sino con la muerte, época que puede ser fijada en la fase gentilicia de la sociedad, en el estado inferior de la barbarie.

Siendo las relaciones dentro de la gens, de grupo á grupo, la única familia posible debió de ser la constituida por la madre y los hijos, la familia materna, en la que la madre era la cabeza; la relación fraternal, que antes unía grupos, une ahora individuos, los cuales van aumentando su afecto hacia sus hermanos maternos, en la medida que se va debilitando el que sienten hacia sus hermanos gentiles. Esta unión fraternal no se rompe ya, sino que continúa hasta cuando la hermana llega á constituir una familia, á formar parte de la cual entra el hermano, que coopera con su trabajo al bienestar común. Una de las consecuencias de este cambio, fué la restricción de las relaciones sexuales, que ahora se establecen entre un grupo reducido de hombres con otro de mujeres; es decir, el matrimonio por grupos, la familia *Parastrí-Margan*, polyándrica y polygámica á la vez: otra, es la aparición de los matriarcados, que se forman con todos los descendientes de la madre y que vienen á ser otro elemento que eleva á la gens, de unidad simple que era, á unidad orgánica.

De la limitación en el derecho sexual que formaba la base de la familia estudiada, de este matrimonio por grupos, pasóse de un modo natural, á la polyandria, á la polygamia, ó á la *syndyasmia*, cuando el vínculo gentilicio fué suplantado por el familiar: antes, un grupo de hombres de una gens era marido de un grupo de mujeres de otra gens; ahora los hermanos de una familia se unieron á las hermanas de otra, y cuando se dió el caso de que en dos familias no hubo más que un hombre y una mujer respectivamente, apareció la unión monógama, de carácter eventual, la *familia syndyásmica*. En esta familia, conforme á la ley gentilicia, el hombre fué de distinta gens que la mujer y que los hijos, fué un elemento extraño, sujeto á la autoridad de la madre, la cual conservó su preponderancia dentro de ella, y hasta logró imponerla á los organismos superiores, fundando una gynecocracia, de cuya existencia poseemos multitud de pruebas.

El matriarcado sigue desenvolviéndose, al pasar las sociedades tribales del estado inferior de la barbarie, al estado medio, y llega en éste á su mayor florecimiento; pero á partir de aquí, empiezan á mostrarse otras circunstancias que originan un cambio radicalísimo, por la aparición en el seno de la familia de un nuevo sentimiento, el sentimiento de la paternidad, que paso á paso había de sobreponerse al de la maternidad, transfiriendo al padre el prestigio y la autoridad que hasta entonces había gozado la madre. La familia syndyásmica acogió el germen del patriarcado, en el momento en que consintió que el marido ingresase en ella, en sustitución del hermano de la madre. Por ley natural, el hombre se fué sintiendo cada vez más ligado á la mujer y á sus hijos; las uniones, que en un principio eran temporales, fueron haciéndose cada vez más duraderas, y poco á poco empieza á brotar el sentimiento de la paternidad, que una vez aparecido, no había de cesar de crecer y fortalecerse. Con su aparición, y con la costumbre, que no tarda en establecerse, de suceder los hijos al padre en la posesión de los bienes muebles, puede decirse que nace, en el período medio de la barbarie, la fa-

milia paterna: va arraigándose en la sociedad por medio de instituciones y de costumbres que dan apariencia de legalidad al poder del padre, conforme al derecho gentilicio, que fundaba la organización social sobre la base de la maternidad (1); y tras un largo período de transición, durante el cual se realiza la evolución, aparece el patriarcado en los tiempos históricos.

Tal es, en resumen, la evolución social que se lleva á cabo en las edades prehistóricas: correspondiente á ella es la que experimenta la organización política, y otro desarrollo paralelo sigue la propiedad.

Respecto á la primera, lógicamente se deduce, que en la tribu hetaírica, cuyo carácter era la más completa igualdad, todas las cuestiones que surgieran entre su individuos, se resolverían por la lucha personal, no existiendo una autoridad reconocida. Sin embargo; «dado el respeto que los pueblos inferiores profesan y han profesado siempre á la edad, es de suponer que los ancianos de uno y otro sexo, indistintamente, gozarían de marcado ascendiente, el cual pondría en sus manos algo parecido á la dirección de la tribu; y todavía, entre estos ancianos, habría alguno, que por sus cualidades, se sobrepusiera á los demás, dibujándose de esta suerte una sombra de jefatura personal. El deseo de mantener la paz y unión, tan necesarias para no sucumbir en la ruda lucha por la vida, empezaría á enjendrar esas costumbres que encontramos en todos los pueblos salvajes, y que tienen por objeto prevenir discordias ó dirimirlas». (2) Cuando la tribu hetaírica se transforma en frátrica, el gobierno tiene que constituirse en una doble forma, respondiendo á la doble esfera de vida de este organismo de segundo grado, á las necesidades de la tribu y á las de la fratría; y la edad que fué antes

(1) La covada, la adelfogamia, la maconda, la reclusión de la casada. Cap. 7.º § IV.

(2) *Ob. cit.*, págs. 25 y 26.

la que dirigió en cierto modo la sociedad, es también ahora el fundamento de la autoridad. El gobierno rudimentario de la tribu como el de la fraternidad, fué compuesto por las personas más ancianas de la agrupación, su cargo fué vitalicio y cada fraternidad tuvo su jefe y sus consejeros, formándose el consejo de la tribu por la reunión de los jefes de todas las fraternidades. En esta fase, el derecho consuetudinario, que en la anterior se enjendra, se continúa desarrollando, y ahora como antes las ofensas y las responsabilidades son colectivas, dividiéndose las cuestiones interiores por la lucha personal, ó por la decisión de la autoridad y las exteriores por guerras de represalias y de venganzas.

En la organización gentilicia, aparecen también estos mismos elementos, pues la gens al desarrollarse no pudo menos de proveerse de un gobierno, que al principio fué poco menos rudimentario que el de la fraternidad. Hubo un jefe gentilicio y un consejo; los cargos fueron asimismo vitalicios; conferidos por sufragio verdaderamente universal, sin distinción de sexo, á los que más se distinguían por su edad y por su sabiduría, ó por su reputación de bravura y de generosidad, y su gobierno fué paternal y limitado á mantener la paz, dirimiendo las discordias interiores y vengando las ofensas que los extraños inferían á la comunidad.

Mas este gobierno no tardó en diferenciarse, en relación con el progreso de los tiempos, llegándose á considerar contradictorio, que siendo su objeto mantener la paz, se ocupase en asuntos de guerras: cuando esta opinión llegó á tener intensidad, lo militar se separó de lo civil, y apareció el cargo de jefe militar. Por último, siendo los magistrados elegidos por la gens, la cual podía deponerlos, á poco que errasen en el desempeño de sus cargos, bien pronto decidieron, para eludir responsabilidades que pudieran acarrear su destitución, someter los asuntos graves á los mismos que los habían elegido; éstos, por el hecho de la elección, constituían ya una asamblea popular; pero ahora recaba facultades legislativas, apareciendo de este modo los tres poderes representados por el jefe, el consejo

y la asamblea. Ciertamente, que esta última institución no se desarrolla hasta más adelante, pero su origen data de este período porque es inherente al carácter de aquellas comunidades.

Por lo que hace á la propiedad, hemos dicho que se desarrolla en relación con las diferentes fases por que pasa el organismo social. En la tribu hetaírica, al comunismo en las personas correspondía el comunismo en los bienes: utensilios y armas, únicos objetos que constituían la propiedad entonces, eran de uso común, y por igual se repartían los alimentos entre los individuos de la tribu. Esta propiedad, al instituirse la fratría, se desdobra, como se había desdoblado el vínculo que unía á los individuos de la tribu hetaírica: sin perder el carácter de colectiva, aparece la propiedad tribal y la frátrica; la primera insignificante, limitada al territorio en que acampaba, y comprendiendo la segunda todo lo que de cualquiera manera adquiriría la fratría. Puede decirse que la propiedad desciende de la tribu á la fratría, gana en intensidad lo que pierde en extensión, y progresa en el número de objetos, por efecto del mayor adelanto de la industria: algunos de estos objetos tal vez fueran de una propiedad personal que ahora, débilmente sentida, aparece. Esto mismo sucede al pasarse de la fase frátrica á la gentilicia; la fratría dejó de ser propietaria y en adelante lo fué la gens; la propiedad siguió siendo colectiva, pero al descender á un círculo más estrecho se hizo aún más intensa. La propiedad personal se desarrolla algo, extendiéndose á mayor número de objetos, adornos, armas, vestidos, etc., que á la muerte del dueño hereda la gens ó quizás la sepultura.

Cuando el matriarcado se establece, la propiedad, correspondientemente, pasa de gentilicia á familiar: cada familia tuvo sus utensilios, sus armas, su vivienda, hasta su parte de terreno gentilicio, que ocupó con exclusión de las demás familias, y todo esto fué de uso colectivo entre sus miembros. En esta fase del desarrollo social, ya se aprecia la propiedad del suelo, que aparece ya en la edad del salvajismo; la tribu tiene su territorio de caza, que defiende como

suyo de las intrusiones de las vecinas: al hacerse los pueblos agricultores, el campo sigue perteneciendo á la tribu, la cual reparte el usufructo entre las gentes, y cuando el vínculo familiar se sobrepone al gentilicio, el reparto del usufructo se hace entre los matriarcados, sin que la tribu pierda tampoco el dominio directo tradicional. La posesión matriarcal fué efímera, limitada al tiempo que tardaba en producirse y recojerse la cosecha, después de lo cual volvían las tierras á la tribu, para proceder á un nuevo reparto: pero á medida que la agricultura adquiere importancia y van las tribus fijándose más, haciéndose más sedentarias, va surgiendo la verdadera propiedad familiar, que se limita en un principio solamente á la casa y al huerto próximo á ella, pero que poco á poco va extendiéndose al campo, por la costumbre de considerar como suyo exclusivamente, el terreno que cultiva.

Sobre esta sólida base que nos ha proporcionado el ligero resumen que hemos hecho, podemos fundar nuestras investigaciones acerca de la organización social y política y acerca del carácter de la propiedad de las tribus prehistóricas que vivieron en la provincia de Sevilla durante el período que abarcan los descubrimientos realizados: refiérense éstos á las edades neolítica y del bronce, es decir, al período superior del salvajismo y al inferior y medio del barbarismo: según lo que hemos dicho, á estos estados de cultura corresponden, en el aspecto social, la organización gentilicia y, en los últimos tiempos, la federación tribal; en el aspecto familiar, la familia matriarcal y la aparición del poder paterno, base del patriarcado. Veamos ahora si esta opinión que asentamos, á priori, podemos deducirla empleando el procedimiento que antes quedó explicado. Si estudiamos la vida de algunos pueblos que se encuentran en el mismo grado de cultura que estos de que tratamos, y vemos que su organización corresponde á las fases descritas, por analogía induciremos que en las mismas se debían de encontrar los de Carmona.

Ahora bien: cualquiera que sea el pueblo que consideremos,

cuando lo estudiemos en el grado de desarrollo correspondiente á la edad neolítica, lo veremos organizado socialmente en *tribus*, divididas en *fratrias* y éstas en *gentes* compuestas de *familias*.

Tal era la organización de los griegos primitivos; los primeros grupos, que destacados del tronco arya, llegaron al suelo de Grecia con el nombre de *Pelasgos*, desarrollando la civilización artística de *Hissarlik* y de *Santorin* que los trabajos de Schliemann han puesto al descubierto (1), trajeron consigo los elementos de la organización social, propia del tronco de que procedían, á saber: la familia, el clan-la tribu. De este estado social nos dan testimonio, las leyendas, los mitos, hasta la posterior organización, que nunca rompió estos, que pudiéramos llamar, moldes prehistóricos.

Los primitivos pobladores de Italia, cuyos restos se extraen de los terramares de la cuenca del Pó, en los antiguos ducados de Módena y de Parma, poseían una industria de piedra, que iba desapareciendo ante los progresos del cobre (2), y su organización social era análoga á la de los Pelasgos de Grecia, de quienes eran hermanos.

Las poblaciones pre-aryas de la India, tanto los *ghonds* y *sauvas*, como los *drávidas*, vivían patriarcalmente, agrupados en clanes ó pequeñas tribus (3). Esta misma división de la sociedad en tribus,

(1) Schliemann ha querido ver en *Hissarlik*, población de la *Troada*, las ruinas de la antigua *Troya*; mas los objetos encontrados son positivamente de fecha anterior á la homérica; las influencias orientales, que empiezan á mostrarse en la civilización más adelantada de *Ialysos*, *Mycenas* y *Spata*, no aparecen en ésta, y aquellos objetos demuestran, que el pueblo que los fabricó, se hallaba en un estado semi-bárbaro, en la época de transición del uso de la piedra al de los metales. La civilización homérica, por el contrario, está completamente saturada de elementos orientales, y las obras de arte descritas por Homero atestiguan que el arte más adelantado en aquel tiempo era el de los metales.

Sales y Ferré: *Hist. Univ.*, t. II, págs. 29, 30 y 90.

Collignon: *L'Archéologie Grecque*, págs. 12 y 34.

(2) Jules Martha: *L'Archéologie Etrusque et Romaine*, págs. 13 y 14.

(3) Sales: *Ob. cit.*, t. II, págs. 261 y 264.

clanes y familias, es conservada por los indios védicos como herencia de sus remotos antepasados. «Pasajes de César y de Tácito nos suministran indicios de que también la poseían los germanos. La gens, con el nombre de *clan*, es conservada por los escoceses hasta mediados del siglo pasado, y vestigios de ella tenemos en el *sept* de Irlanda y en la organización análoga de los slavos del Sur, dálmatas, croatas y montenegrinos. En Asia parece fuera de duda, que la poseyeron los hebreos y los chinos, y hay quien cree que la tienen hoy los nepaleses, los muniepores, los bengaleses y algunas fracciones de kalmucos; y por último, en América del Norte predominaba, cuando se realizó el descubrimiento, esta misma organización gentilicia (3).» Podemos, pues, lógicamente inducir, por analogía, que estos hombres de Cro-Magnón que en nuestra provincia habitaban, debieron de estar organizados en tribus gentilicias.

Pero si la analogía nos ha dado facilidad para resolver este determinado extremo, no sucede lo mismo cuando tratamos de averiguar la relación sobre la cual estaba fundada la familia. Dijimos, que el matriarcado, que aparece en el período inferior de la barbarie, llega á su mayor florecimiento en el medio, en cuyo tiempo ya se presenta el poder paterno reclamando la dirección de la familia. Refiriéndonos á las tribus más adelantadas, á las de Carmona, ¿eran sus familias matriarcales ó patriarcales? Á esta pregunta no podemos contestar hoy por hoy. En épocas más remotas, sabemos que el parentesco materno era la base de las relaciones sociales y que sobre él se constituyó la familia; más al adelantar los tiempos, mientras unos pueblos penetran en la corriente evolutiva y adoptan la familia patriarcal, no conservando de la fase familiar anterior, sino vestigios, otros, más apegados á la tradición, siguen formando matriarcados. Así vemos que mientras los aryas y sus diferentes ramales constituyen sus familias patriarcalmente, las tribus americanas son matriarcales, á pesar de que unos y otros se hallaban en el mismo

(3) Sales: *Trat. de Soc.* T. II, pág. 95.

estado de desarrollo social. Los únicos datos que para ilustrar esta cuestión tenemos, resultan de los estudios hechos en los bereberes y otras ramas de la raza de Cro-Magnón, á todas las cuales parece que fué común la familia materna, y aun con tendencias á la gynecocracia: en los vascos, subsistió hasta el siglo pasado la costumbre de regirse por la genealogía femenina, las familias cuyas madres eran las herederas del patrimonio, y el uso de reconocer á la mujer el derecho á tomar parte en la vida pública: entre los tuaregs del Sahara, la filiación materna está vigente y las mujeres gozan omnímoda independencia: según Champollión, los egipcios se denominaban usualmente por el nombre de la madre y sus costumbres políticas y su religión estaba fundada en esta organización matriarcal. Si unimos, pues, estos datos, á las reflexiones expuestas anteriormente, podremos desde luego inclinarnos á creer que la familia carmonense era matriarcal, aunque quizás evolucionando ya hacia el patriarcado.

En resumen, podemos decir que los habitantes prehistóricos de nuestra provincia estaban organizados en tribus divididas en fratrías, éstas compuestas de gentes, y éstas, á su vez, en familias, quizás matriarcales ó en el período de transición al patriarcado. Esta organización es exactamente igual á la que ofrecen las tribus americanas, iroqueses, aztecas y otras, y probablemente, como éstas, fundarían también las federaciones que hemos visto aparecer en el período de la barbarie.

Con arreglo á dicha organización, se constituyó el gobierno, en la forma que expusimos anteriormente, con el jefe de la tribu á la cabeza, con los jefes de las gentes, que formaban el consejo tribal, con los consejos gentilicios, con la asamblea general, que ya quizás resolvía los asuntos graves, y aun con una autoridad independiente, á la que estaba encomendada la dirección de los asuntos militares. Estos cargos eran conferidos, por elección, por regla general á los más ancianos, podían ser desempeñados por las mujeres, y en las relaciones de derecho habían de ajustarse á las costumbres, que tenían ya un cierto carácter de leyes.

Por último; la propiedad se repartía entre los matriarcados, ó entre las gentes, en las tribus que no los tenían desarrollados; la tribu poseía el dominio directo de la tierra y el usufructo de ella era gozado por los mismos matriarcados ó gentes: esta propiedad era colectiva; existía la individual, y ya empezaba á nacer la propiedad rural.

El segundo punto que en este lugar nos propusimos desarrollar, se refiere á las creencias religiosas de estas primitivas tribus. La evolución del sentimiento religioso en las primeras edades del hombre, fué sin duda paralela á la del organismo social, pues ambas se fundaron y se desarrollaron en virtud de un mismo impulso; en virtud de la reflexión, que á medida que iba siendo más intensa, iba ampliando más y más la esfera de acción de los sentimientos. La base y el fundamento de la evolución religiosa, fué la reflexión, mediante la cual, el hombre prehistórico consiguió formar un concepto, que había de ser el punto de partida de las diferentes direcciones que tomara la religión; este concepto, sin el cual no se concibe ninguna creencia, ninguna superstición, ninguna costumbre que se refiera á un orden sobrehumano, es el concepto del alma.

Cuando se considera el estado del hombre durante el período más inferior del salvajismo, se hace imposible suponer que en su cerebro se desarrollara el menor sentimiento, la más rudimentaria creencia religiosa. El hombre primitivo, con una memoria, cuya deficiencia no le permitía apreciar la noción de la serie ascendente y descendente del tiempo, y le hacía incapaz de recordar el ayer y de representarse el mañana, como hoy les ocurre á muchos pueblos salvajes, no podía tampoco formar un concepto religioso, cuyo nacimiento debía ser consecuencia de la aparición del concepto del alma. ¿Cómo se forma este concepto? Cuando se abre la Historia, cualquiera que sea el pueblo que tratemos de estudiar, lo podremos observar, en todos ellos, perfectamente formado desde la más remota antigüedad; más ó menos material, con estas ó las otras cualidades,

el alma existe, y el hecho de su existencia es aceptado sin discusión, como sagrada herencia de los antepasados. El *kha* de los egipcios, el *ekimmou* de los caldeos, el *alma-fantasma* de los aryas, la *imagen* de los griegos y la *sombra* de los latinos, responden al mismo concepto y suponen una misma evolución intelectual: pero, cómo se desarrolló la idea, en virtud de qué elementos se formó aquel concepto, la Historia no nos lo dice; y sin embargo, preciso es creer que el germen que aparece desarrollado necesitó nutrirse con las enseñanzas proporcionadas por sin número de generaciones anteriores.

Todos los fenómenos naturales que carecían de explicación para aquellas gentes, vinieron á ser materiales, sobre los cuales la reflexión del hombre se dirigió, y con los que formó el concepto primitivo y rudimentario de la existencia del alma. Entre todos ellos, el que sin duda llamó más poderosamente su atención, fué el fenómeno del sueño. Cuando el hombre primitivo dormía, veíase con frecuencia á sí propio, siendo actor ó espectador de escenas análogas á las que constituían su manera de vivir durante la vigilia; solo, ó en unión de sus compañeros, perseguía por valles y montes la caza, sufría las inclemencias del tiempo, gozaba las delicias del festín, experimentaba temores, placer, dolor y alegría, y en el combate como en el trabajo, en el río como en el bosque, el hombre se veía á sí propio y veía á sus semejantes, haciendo una vida efectiva, que la lucidez y verdad de los ensueños infantiles, revestía con todos los caracteres de la realidad más completa. Imposible le sería creer que aquellos espectáculos eran fingidos: la reflexión, al querer explicarlos no podría menos de suponer, que puesto que durante aquel tiempo habían permanecido en la gruta que les abrigaba, algo había en ellos que salía fuera, algo exactamente igual á sus propios seres velaba mientras ellos dormían. Estos seres misteriosos que dentro de sus cuerpos estaban, tenían su misma forma, pero eran sin duda de distinta naturaleza, por cuanto se hallaban dotados de prodigiosa agilidad y fuerza, vencían sin esfuerzo todos los obstáculos, salvaban sin fatiga las mayores distancias, y contra ellos no podían las garras de

las fieras, ni todos los peligros que amenazaban de continuo su existencia.

Pero no era esto solo: cuando el hombre iba á apagar su sed en la fuente, veía su propia imagen reflejada por las aguas; allí estaba él mismo, con su misma forma, coloreado, sutil é intangible; el mismo ser misterioso le seguía á todas partes, obscuro y silencioso, vago y aéreo, cuando su cuerpo era iluminado por los rayos del sol ó de la luna, y oía su voz cuando el eco de la montaña repetía sus propias palabras. Pues bien; desde el momento en que el hombre reflexionó sobre todos estos hechos; desde el momento en que supuso que eran debidos á un ser análogo á sí propio, que dentro de su cuerpo vivía, apareció el alma, con los caracteres que le ofrecieron los elementos sobre los cuales se formó su concepto, como un ser de forma análoga á la del cuerpo, sutil, coloreado é intangible.

El concepto del alma, formado de este modo, no se limitó á la del hombre, naturalmente; todos los seres, todas las fuerzas de la Naturaleza, tuvieron su doble, su alma-fantasma, y no se había de tardar mucho en que la reflexión, trabajando sobre este concepto, dotara á todas las almas de un poder superior al humano; poder bienhechor, cuando se trataba del árbol cuyo fruto recojían, del animal con cuya carne se alimentaban, del sol que iluminaba sus días, de la brisa, de la lluvia, de cuanto les proporcionaba bienestar; poder maligno, si se trataba de la fiera á quien temían, del trueno, del huracán, de todo aquello que les ofrecía peligros ó les causaba daños inmediatos. Con esto, aparece el *animismo*, que no es precisamente una religión, sino una especie de filosofía primitiva que domina, no sólo la religión, sino la vida entera del hombre durante las edades prehistóricas. Es la creencia en almas ó espíritus, algunos de los cuales, los más poderosos, aquellos de quienes el hombre cree depender, ó que les producen temor, son considerados como seres divinos, objetos de adoración. Estos espíritus recorren libremente la tierra y el aire (*spiritismo*), ó pueden tomar por morada, temporal ó permanente, un objeto vivo ó inanimado cualquiera, y entonces

este objeto, al cual se atribuye un poder sobrenatural, es adorado y empleado en la protección de las personas ó de las comunidades (*fetiquismo*) (1).

Llevóse á cabo esta primera evolución del germen religioso en el período antiguo del salvajismo, y con ella llegan las sociedades á la fase correspondiente á la tribu frátrica. Aunque la tribu primitiva hubiera apreciado la conveniencia de adoptar un signo visible, mediante el cual sus individuos pudieran distinguirse de los de las otras tribus, la necesidad de este signo no apareció hasta el momento en que se formaron las fratrias, las cuales tenían que vivir unidas dentro de la tribu, con sujeción á las leyes que dirigían las relaciones sexuales: entonces aparece el *totem*, animal, planta ú otro objeto cualquiera, que fué el emblema de la fratria y sirvió en adelante para expresarla. Naturalmente este emblema fué escogido entre los fetiques adorados por la agrupación; es de creer que cada una de ellas, con arreglo al carácter físico de la comarca en que vivía y á su correspondiente individualidad, veneraría con el tiempo, preferentemente, á un determinado fetique, el cual poco á poco fué destacándose sobre todos los otros espíritus, hasta transformarse en dios protector, en patrono de la comunidad; «cuando las tribus y las fratrias fueron sintiendo la necesidad de darse nombre y signo para distinguirse entre sí, adoptaron naturalmente, el nombre y la imagen del fetique, que era su propia y real personificación. Abona esta explicación el carácter tan marcadamente religioso de las fratrias en

(1) El espiritismo, en el fondo, el mismo fenómeno que el que hoy se conoce con este nombre, debe ser *distinguido* del fetiquismo, pero no *separado* de él sino en casos muy particulares. Es difícil determinar cual de las dos formas aparece antes; en la Historia tienen la misma antigüedad. La palabra fetiquismo corresponde, no á *fatum* sino á *factivus*, de donde se ha derivado el francés *faitis* y el inglés primitivo *fetys*, es decir, bien formado, bello, pero que en el latín de la Edad Media tiene la significación de «dotado de fuerza mágica» (Tylor). Ambos á dos términos indican dos aspectos diferentes de una misma cosa, y para reunirlos se ha empleado la palabra animismo.—C. P. Tiele: *Manuel de l'histoire des religions*: págs. 17-18.

Grecia y Roma; la creencia común á varias tribus, de que descienden del animal cuyo nombre llevan, habiendo sido transformados sus remotos antepasados por el Gran Espíritu, de su primitiva forma animal en la humana que tienen hoy, y la costumbre, de que participan tribus de todas las razas, de no perseguir, matar ni comer el animal cuyo nombre llevan, uso este último que nos recuerda la zoolatría egipcia, derivada probablemente de las mismas causas» (1).

El tránsito de la tribu, de frátrica á gentilicia, influyó considerablemente en la evolución religiosa: de un lado, la aparición de las gentes trajo por consecuencia la adopción de totemes gentilicios que fueron sus emblemas y signos visibles; de otro, el quedar las antiguas fratrías con el carácter de iglesias con que se presentan en algunos pueblos históricos, como queda dicho más arriba.

Pero ya en este grado de evolución social, la idea del alma, en un principio tan rudimentaria, había adquirido mayor desarrollo por la formación de otro concepto más amplio; el de su supervivencia, que nace por la fuerza impulsiva de un elemento poderoso; por la influencia del recuerdo. Desde el momento en que el hombre reflexionó sobre el fenómeno extraño, que con frecuencia se le ofrecía, de que á pesar de haber muerto su compañero, él se lo representaba vivo, y le veía en sueños, de modo análogo á como se veía á sí propio, hubo de darle una explicación, conforme á la que le había servido para adquirir el concepto del alma. Lo que él se representaba en su memoria, lo que veía en sueños, era el alma del compañero, la imagen que de él se formaba, era su espíritu, y puesto que aquel había muerto, preciso era creer que este espíritu continuaba viviendo. En este aspecto primitivo, es claro que el alma vivía únicamente lo que duraba el recuerdo del muerto; solo cuando el recuerdo se fijó por medio de la tradición, y cuando la inteligencia humana pudo abstraer el espíritu, de las formas físicas, fué cuando el alma tuvo asegurada una existencia perenne. Sobre esta idea se fundó la reli-

(1) Sales: *Ob. cit.*, pág. 64.

gión doméstica, cuando las familias sintieron la necesidad de una condición de vida que respondiese á su carácter sustantivo: mas esta necesidad, es claro que no podía aparecer en la familia materna que se ajustaba á los moldes de la gens y que carecía de individualidad; al matriarcado le bastaba la religión de la gens á que pertenecía: pero cuando la familia se constituye sobre la autoridad del padre, entonces aparece el culto á las almas de los antepasados; y este culto, base de la religión familiar, se trasmite de generación en generación, se conserva incólume al través de los tiempos, y mientras que todo á su redor se transforma; costumbres religiosas, leyes políticas, organización social, los ritos de la sepultura permanecen invariables, como fósiles de antiqúisimas edades, sirviendo de fundamento á instituciones permanentes, extendiendo su influencia á todos los pueblos, y llegando, aunque desnaturalizados bajo la forma de supersticiones y de costumbres tradicionales, hasta nuestros días.

No quiere esto decir que hasta que no se formó la idea de la supervivencia del alma, no apareció el respeto á los muertos; lejos de ser así, este sentimiento nace en el momento mismo en que la reflexión adquiere la idea del alma: entonces; en las edades paleolíticas, debieron de aparecer las primeras sepulturas (1), las cuales empezarian á heredar los pocos objetos que constituían la incipiente propiedad individual.

Con todos estos antecedentes, ya nos es fácil señalar qué sistema de creencias religiosas tendrían estas tribus de Carmona, á las cuales nos referimos, por ser, como dijimos antes, las más adelantadas. En este punto, la observación de los caracteres que presentan las tumbas y el estudio de los materiales de ellas extraídos, han de ser

(1) El hecho de no haberse encontrado ninguna en los terrenos cuaternarios, no es razón para afirmar que en estas épocas fuera desconocida la costumbre de enterrar á los muertos: más natural nos parece decir que las sepulturas que existieron no se han conservado, á causa de circunstancias dependientes de la naturaleza de los terrenos en que fueron construidas: además, nadie puede asegurar que algunos yacimientos aislados, pertenecientes al periodo cuaternario, no sean sepulturas destruidas.



las bases sobre las cuales hemos de fundar nuestro conocimiento. Refiriéndonos á las primeras, analizaremos su forma, su situación y la colocación de los cadáveres; respecto á los objetos, nos haremos cargo de las armas y utensilios, de los huesos de animales, de los amuletos, de las piedras groseramente talladas con formas animales y de las señales de hogueras que en muchas tumbas se presentan.

Desde luego podemos afirmar, que el mero hecho de la existencia de sepulturas indica que aquellos hombres de Carmona creían en la existencia del alma; pero hasta qué punto estuviera desarrollada esta idea, si tal creencia era fundamento de una religión, esto sólo lo podremos deducir del estudio que hagamos de ellas. Ahora bien; la forma de las tumbas nos dan base para afirmar que no se trata en Carmona de una creencia rudimentaria, sino de un concepto ya notablemente desarrollado: la lógica induce á pensar, que si en efecto, en cuanto se concibe la existencia en el hombre de algo no material, nace el respeto á los muertos, éste no se manifiesta en construcciones funerarias monumentales, sino cuando se admite que el alma sobrevive y que necesita para existir, vivienda á propósito; entonces, cuando ya se cree que el alma está dotada de poder sobrenatural, que puede dispensar beneficios y ser causa de males, es cuando el vivo levanta grandes monumentos en honor del muerto, en relación con la virtud que atribuye á su espíritu y conforme á la posición social, á la fama ó al poder de que gozaba en vida. Si, pues, vemos en Carmona y otros puntos enormes túmulos destinados á sepulturas, algunos, como el de Alcaudete, de proporciones verdaderamente colosales, construcciones que representan esfuerzos considerables, debemos suponer que estas gentes creían en la supervivencia del alma y en que ésta se hallaba dotada de poder sobrenatural.

Pero no es esto sólo; hemos dicho, al hacer la descripción de los túmulos, que en ellos se enterraba el cadáver, por regla general, tendido en dirección al Oriente, y este hecho nos indica un adelanto importante en las ideas religiosas. La disposición uniforme de los cadáveres demuestra, en efecto, que aquel punto del horizonte tenía

una influencia poderosa en las costumbres y prácticas funerarias, en relación con creencias más perfectas acerca de la otra vida. Si la vida de ultra-tumba se limita á la supervivencia del alma al lado del muerto, si el alma vive encerrada en la sepultura y no se concibe para ella más espacio que la cavidad sepulcral, si tiene que estar ligada al cadáver, no hay razón para colocar á éste en una posición con preferencia á otra: pero desde el momento en que la imaginación señale un espacio misterioso en el que las almas se recojan, cuando crea que en regiones desconocidas hay vastas y fértiles campiñas, bosques espesos llenos de caza, lagos tranquilos, regiones donde las almas gozan las delicias de una vida superior, aunque análoga á la terrestre, vendrá esta creencia á manifestarse de un modo patente en los ritos sepulcrales.

Ahora bien; sabemos hasta qué punto, en estas edades primitivas absorben la inteligencia del hombre las ideas religiosas; la religión se manifiesta en todas las esferas de la vida, influye en todas las direcciones de la actividad y constituye la constante preocupación de los pueblos: tengamos en cuenta que la reflexión del hombre trabajaba sobre todos los fenómenos naturales que ellos no podían explicar sino atribuyendo su aparición á seres no materiales, que moraban en los objetos ó que discurrían libremente por el espacio, y veremos como naturalmente se encuentra la razón de la costumbre que estudiamos. El hombre que colocaba un espíritu en el árbol, en el animal, en la piedra, en el viento y en la lluvia; en todos los objetos y en todas las fuerzas de la Naturaleza, admiró el esplendor del sol, cuya presencia inundaba de luz toda la tierra y despertaba la vida de todos los seres; el silencio de la noche, el misterio de la obscuridad, se disipaba con sus rayos, y la alegría brotaba de todas partes; el sol daba calor á sus cuerpos, maduraba los frutos, era la causa del bienestar, y de él dependía la satisfacción de todas las necesidades; natural era, pues, que en el sol colocasen un dios poderoso, digno de adoración. Una vez hecho esto, la relación entre este espíritu y las almas de los muertos no tardó en aparecer lógicamente.

Desde el primer momento, el sol debió aparecer con el carácter de dios bienhechor y como fuente de vida: todas las tardes moría en el Occidente y todas las mañanas resucitaba por el Oriente, y á este fenómeno hubieron de referirse las creencias: por el Oriente aparecía el dios resucitado, el dios protector de las almas, en el Occidente estaban las sombrías regiones de la muerte. Ya que fuese el sol un dios familiar, ya que fuese un dios universalmente adorado, como creemos, ejerciendo realmente su poder benéfico sobre las almas, alejando con sus rayos los malignos espíritus de las tinieblas, el astro del día fué en todas partes el dios de los muertos, y por su curso se explicó la vida del hombre, y á su curso se ajustaron las nuevas ideas. El nacimiento era como la aparición del sol por el Oriente, la muerte era su ocultación por el Occidente. Durante la noche, la tumba estaba sumida en la obscuridad; esto es, expuesta á todos los ataques de los malos espíritus; el alma debía desear que llegara la hora en que el dios de los muertos los alejara con su presencia: por eso se disponen las tumbas en los lugares más elevados; por eso se colocan los cadáveres mirando al Oriente; para que los primeros albos del día las inunden con su luz, para que los primeros rayos del sol libren á las almas, de los terrores que las acosaron, de los peligros que corrieron durante la noche.

Y no se crea que esto que decimos es una mera hipótesis desprovista de fundamento. En todos los pueblos antiguos podemos observar la misma costumbre de enterrar los cadáveres en esa dirección, respondiendo al hecho de considerar al sol como dios de los muertos, y á la creencia de que en las sombrías regiones por donde se ocultaba, estaba situado el lugar en que las almas se recogían: algunos ejemplos nos convencerán de ello.

El *Ker-nuter* (la buena morada) ó el *Amentis* egipcio, se hallaba detrás de la cadena Líbica, y su entrada era la sima de *Pega*, al Occidente de Abydos (1), el Occidente era el país de los muertos, hacia

(1) Perrot et Chipiez.—*Les idées de l'Égypte sur l'autre vie*, en su *Hist. de l'art dans l'ant.* T. I, pág. 131.

el cual se dirigían las almas (1), y en la orilla izquierda del Nilo se construían las *moradas eternas* de las almas (2). La asimilación entre el curso del sol, la vida del hombre y la muerte de las almas, se revela en todos los detalles de los mastabas y de los hipogeos (3). *Osiris* en Thebas y *Sokaris* en Memphis, era el mismo sol, que se adoraba como dios de los muertos, al cual acompañaban las almas y con el cual se identificaban al fin (4). Las puertas de las tumbas se abren generalmente hacia el horizonte oriental y las *estelas* se levantan mirando al Este (5); ninguna tumba de Abydos, de Memphis ni de Thebas, recibe su luz del Oeste ni expone la inscripción á los rayos del sol poniente: «desde el fondo de las tinieblas en que mora, el muerto parece, de este modo, tener los ojos fijos en la región del cielo en que se enciende diariamente la llama de la vida; se diría que espera, que espía el rayo que debe venir á iluminar su noche y á despertarlo de su largo sueño» (6).

Para los caldeos, «la montaña del Oriente» (*Kharsak-Kurra*) era la región de la luz, la cuna del hombre, y la del Occidente (*Kur-nude*), era la región infernal, el lugar de los muertos, bajo el imperio del sombrío *Moul-ge*: adoraban con el nombre de *Oud* al sol diurno, «juez supremo en el cielo y en la tierra,» «que distingue la verdad de la mentira y conoce la verdad que reside en el alma del hombre,» y

(1) En la tumba de Hor-Khom, por ejemplo, gritan las plañideras: «¡Oh jefe, como vas hacia el Occidente, los dioses se lamentan!» El grupo de amigos que cierra el cortejo, exclama: «¡Al Occidente, al Occidente, al Occidente! Oh jefe digno de adoración! al Occidente excelente!»... Maspero: *Etudes sur quelques peintures funéraires: Journal asiatique*, 1881, pág. 148.

(2) «Llaman (los egipcios) á sus habitaciones hospederías, visto el poco tiempo que viven en ellas; en cambio á las tumbas las llaman *moradas eternas*».—Diodoro: lib. I, cap. 51.

(3) Véase G. Maspero: *L'archéologie égyptienne*.

(4) Maspero: *Hist. anc. des peuples de l'Or.*: págs. 26, 35, 36 y 53.

(5) Así sucede, dice Mariette «de cada cinco veces, cuatro».—*Les tombes de l'Ancien Empire* en la *Revue Archéologique*; nouv. série, t. XIX, pág. 12.

(6) Perrot et Chipiez: *Os. cit.*, t. I, pág. 161.

con el de *Nin-dar* el sol nocturno, cuando recorre las regiones infernales conduciendo por ellas á las almas (1).

Los asirios creían que el doble, el ekimmou del muerto reposaba bajo el túmulo (*zalalu*) donde debía recibir ofrendas de alimentos y de bebidas (2), pero al mismo tiempo se figuraban que al pie de «la montaña del Occidente» estaba el país de los muertos, tras el cual el sol se ocultaba, «país de donde no se vuelve (*mat la tayarti*)», lugar donde nada se ve (*mat la namari*)» (3), y *Mardouk* «el que hace revivir á los muertos (*muballith*)» era un dios solar, el dios accadio *Amar-outouki* llamado en los himnos astrológicos «el ciclo del sol», «el Sol del Sur del Elam» (4).

Entre los aryas primitivos *Yama* fué originariamente el sol poniente, el cual fué el primero que tomó la senda que todos deben seguir, «para mostrar el camino á los otros» como dicen los himnos: fué el primero que vivió, y por consiguiente el primero que murió. Habiendo sido el primero en pisar «los vastos vestíbulos de la muerte,» suyos son aquellos dominios, y está encargado de recibir á los que sucesivamente se le van uniendo; de este modo el sol poniente pasó á ser, por natural transición, el rey de la muerte (5).

Todos los pueblos orientales, los griegos y los romanos, conservan estas creencias, y en resumen, podemos decir, que cualquiera que sea el pueblo que estudiemos, hemos de ver que desde los tiempos más remotos había concebido la existencia de una morada de ultratumba, allá en las regiones tenebrosas donde el sol moría y había

(1) F. Lenormant: *La Magie chez les chaldéens et les origines accadiennes*; páginas 142 y 161.—Zenaida A. Ragozin: *Hist. de Caldea*.

(2) M. J. Halevy: *L'immortalité de l'âme chez les Chaldéens*.

(3) Estas creencias han sido conocidas por unas tablitas descubiertas por G. Smith en las que se cuenta el descendimiento de la diosa *Istar* á esos lugares tenebrosos, «donde la tarde no tiene mañana» «donde los habitantes están privados de luz» «donde están sentados en las tinieblas» «donde las almas solo se alimentan de polvo y cieno»...

(4) F. Lenormant: *Ob. cit.*, pág. 121.

(5) Zenaida A. Ragozin: *Media, Babilonia y Persia*: pág. 55.

hecho del sol un dios de los muertos relacionando la vida del alma con su aparición por el Oriente. No es mucho suponer que una creencia de tal naturaleza, tan general y tan arraigada, empezara á formarse en las edades prehistóricas, y no será muy arbitrario deducir que la orientación de los cadáveres en Carmona y la situación de la necrópolis, en la meseta elevada en que se encuentra, obedecería á estas ideas, que ya empezaban á germinar, si aún no estaban desarrolladas por completo.

Pasando ahora al estudio de los objetos encontrados en las tumbas, trataremos, en primer término, de explicar la presencia en todas ellas de armas y de utensilios diversos que se hallan depositados junto á los cadáveres, como manifestación de una costumbre universalmente seguida por todas las tribus prehistóricas. Á dos causas debió de obedecer esta costumbre: á la idea de la supervivencia del alma y al desarrollo de la propiedad individual: respecto á la primera, bastará ver el desarrollo que experimenta la idea primitiva de la existencia del alma, para comprender como, por consecuencia lógica, apareció la costumbre referida. Recuérdese que el alma era tan sólo la proyección coloreada del cuerpo; reproducía exactamente las formas de éste en una substancia vaga é impalpable; aunque dotada de poder superior al humano, estaba sin duda sujeta á las mismas necesidades que el cuerpo, y preciso era proveerla de medios para satisfacerlas: teniendo todos los objetos su alma, su doble, la cuestión se resolvía muy fácilmente; el alma y el cuerpo se alimentaban al mismo tiempo; el primero con la parte material del alimento, el segundo con su parte espiritual. Formada, del modo antes expuesto, la idea de la supervivencia, y alargada que fué su vida de ultratumba, por la influencia del recuerdo, siguió creyéndose que el alma necesitaba alimentos y vestidos, y aún, cuando se crearon aquellos espacios misteriosos donde las almas se recojían después de la muerte del cuerpo, se estimó necesario proveerla de armas y de utensilios, de instrumentos de caza, de todos aquellos objetos que respondían á la satisfacción de sus necesidades, todo lo cual fué colocado en la

tumba. Bien pronto el cumplimiento de estas costumbres determinó el carácter que había de tener en adelante el alma del muerto. Supuesto que su poder era sobrenatural, debía de influir en la vida del hombre, pero la naturaleza de su influjo dependería del cuidado con que se la asistiese: un alma bien alimentada, que recibiese ofrendas á menudo, sería un protector de los vivos; un enemigo, si se descuidaba su asistencia. De aquí nacieron esas costumbres y ritos funerarios que se han manifestado del mismo modo en todos los pueblos y que puede decirse que han llegado hasta nuestros días (1).

La otra causa á que pudo obedecer la colocación en la tumba, de los objetos que hoy se encuentran, fué el carácter de la propiedad individual. Cuando un individuo moría, las armas y utensilios, el producto de su trabajo, que le había pertenecido exclusivamente, no tenía heredero determinado; no siendo esta propiedad, tribal ni gentilicia, ni matriarcal, era difícil saber á qué organismo debía de pasar, y quizás para evitar discordias entre ellos, se adoptara la costumbre de enterrarla con su dueño. Si éste fué el origen, debemos de creer, sin embargo, que no tardó mucho en variar la causa de la costumbre, haciéndola depender exclusivamente de la razón religiosa ya explicada.

Las creencias acerca de la supervivencia del alma, la conveniencia de satisfacer sus necesidades y el considerarla como ser dotado de cualidades superiores, dispensador de beneficios y causante de males, explican todo lo que se refiere á las tumbas de Carmona: á estas creencias obedece la colocación al lado del cadáver, de armas, utensilios y objetos de adorno, y ésta es la razón de la presencia de huesos de animales que se encuentran mezclados con los humanos. En la necrópolis del Coronil, hemos hallado multitud de huesos de caballo, de buey y algunos de roedores, animales que debieron de

(1) Inútil nos parece citar ejemplos, de todos conocidos; egipcios y caldeos, griegos y romanos, todas las razas y todos los pueblos han tributado el mismo culto á los muertos, obedeciendo á la misma idea de satisfacer las necesidades del alma, y de atraerse su protección.

constituir la base de la alimentación de aquellas tribus y que se enterrarían al lado del muerto para que también el alma se alimentara con su doble.

Para concluir, resta hacernos cargo de otras circunstancias de las tumbas, que responden también á las creencias religiosas que hemos estudiado: tales son, el hallazgo de amuletos, que no pueden explicarse sino como una supervivencia del primitivo fetiquismo, la colocación en los túmulos de piedras groseramente talladas con formas animales, que obedecen á la misma causa, y las señales de hogueras, que en muchos se advierten y que tienen la misma razón de ser. Respecto á estas cuestiones poco hemos de decir: conocida la aparición del germen religioso en sus dos formas, espiritismo y fetiquismo, no es aventurado creer que sus manifestaciones continuarían en los tiempos sucesivos, aunque el sistema de creencias variase; una de estas manifestaciones, que aparece desde el primer momento, fué el uso de amuletos en los cuales se suponía un poder oculto, tan grande como fuera el del espíritu que en él se encerraba ó que el objeto representaba, y naturalmente fueron colocados en las tumbas para que ejerciesen con el alma su misión protectora. Los amuletos son innumerables en estas edades primitivas (1), y en Carmona han podido recojerse en gran número; su virtud es admitida por todos los pueblos, se lleva á la exageración su uso por los caldeos y asirios (2), se continúa por los romanos, y aun en nuestros días, las gentes poco ilustradas creen en su eficacia para preservar á los niños del *mal de ojo*.

Entre los fetiques adorados por los hombres primitivos, dijimos

(1) El más común de todos es el mismo hacha pulimentado, que era el objeto más útil para ellos; las hachas amuletos son pequeñísimas ó labradas en piedras poco duras, inútiles para el trabajo y con frecuencia agujereadas: muchas de ellas están representadas en los grabados, y á veces se sustituyen por simulacros.—G. Mortillet: *Le préhistorique*; pág. 604. —Id. id.: *Musée préhistorique* núms. 456, 622, 623.

(2) Véase F. Lenormant: *La Magie chez les Chaldéens*.

que desde luego se habían de significar algunos de entre ellos, como más poderosos, y otros por dirigir su protección á ciertas esferas de la vida; esta fué la causa de elegir un animal con preferencia á otro como signo distintivo de la agrupación, como totem frátrico ó gentilicio. Por otra parte, natural era, que puesto que el cuerpo tenía espíritus bienhechores, el alma también los tuviera; ya vimos, en efecto, que desde muy luego el sol fué el dios de los muertos: estos espíritus bienhechores de las almas, que en su vida de ultra-tumba las protegían contra los peligros que pudieran correr, fueron sin duda escogidos entre los fetiques predilectos y colocados en las sepulturas para apartar con su presencia la influencia de los espíritus malignos. He aquí la explicación que damos á las esculturas de animales que han sido halladas en Carmona (1), las cuales fueron, bien representaciones de estos espíritus buenos, bien la indicación del totem de la gente á que perteneció el muerto; de todos modos, imágenes de dioses protectores de sus almas (2).

Por último, las señales de hogueras, son la base sobre la cual podemos fundar la existencia en las tribus carmonenses de una costumbre que practicaban algunas americanas en los funerales de sus muertos; la danza fúnebre al rededor de la hoguera que encendían sobre la sepultura, costumbre que no tenia relación directa con creencia alguna religiosa. Otra explicación de este hecho pudiera ser el suponerlo manifestación en estas edades primitivas de un culto cuya observancia se nota en todas partes: el culto al fuego. El primitivo fetiquismo, que veía un espíritu en todos los objetos y fuerzas de la

(1) Págs. 66 y 67, figs. 40 y 41.

(2) Estas esculturas de animales pueden relacionarse directamente con las halladas en las tumbas etruscas; leones y esfinges, representaciones de genios, que tenían por misión guardar la sepultura y proteger el alma del muerto. En esta costumbre podemos ver también, como tradición oriental, la misma de los caldeos y asirios, de colocar á la entrada de sus casas, templos y sepulturas imágenes de toros y leones alados que impedían el acceso de los malos espíritus.—Jules Martha: *L'archéologie étrusque et romaine*; pág. 58.—F. Lenormant: *La Magie chez les Chaldéens*.

Naturaleza, no tardó en considerar al del fuego como uno de los más poderosos y dignos de adoración, porque era del que más beneficios recibían los hombres; el fuego alumbraba su morada y daba calor á sus cuerpos; en torno suyo la familia descansaba, él preparaba los alimentos; en una palabra, era el espíritu familiar, el dios bueno de la morada: la llama viva y alegre, que se agitaba indecisa, el crepitar sonoro de la hoguera, las chispas brillantes que despedía de su seno, todo esto haría gran impresión en la imaginación infantil de los primeros hombres y nada de particular tendría el que poco á poco se estableciera el culto á ese dios, con tanto mayor motivo, cuanto que no se oponía, antes bien, se apoyaba en las creencias fetiquistas. No precisa averiguar la forma en que este culto se desarrolla al través de todos los pueblos y de todas las edades, hasta llegar á manifestarse en nuestras mismas religiones; á nuestro objeto basta saber, que en estos primitivos tiempos aparece y que desde un principio se relacionó muy naturalmente con las creencias acerca de la otra vida: las hogueras formadas sobre las tumbas de Carmona indicarían, sin duda alguna, que en ellas se colocaba también el espíritu familiar, el dios del fuego, y tal vez muy pronto empezara á asomar la idea de que este dios arrancaba al alma de su prisión y la llevaba á las regiones dichosas del mundo ultra-terreno. Cuando esta nueva idea se forme, aparecerá la cremación de los cadáveres.

CONCLUSIONES

Si para algo han de servir los estudios prehistóricos, no ha de ser seguramente para satisfacer una mera curiosidad; un fin más alto tiene la ciencia, y el costoso trabajo de investigación dá por resultado la adquisición de conocimientos, que se traducen en leyes de la vida, en normas de conducta, hasta en predicciones para lo porvenir: en suma; en perfeccionamiento para el hombre y en la satisfacción de la más noble de sus aspiraciones.

Mas preciso es que veamos el resultado positivo de este trabajo; que se marque bien el punto á donde se ha conseguido llegar, y esto es lo que intentamos hacer con la especie de resumen total que comprenden las siguientes conclusiones.

1.^a La prehistoria en nuestra provincia comprende, prácticamente, desde la época cuaternaria hasta poco antes de la fundación del Imperio Romano; pero los datos que poseemos solo abarcan las edades neolítica y del bronce.

2.^a La topografía del país, difería poco de la actual, y las diferencias debían de consistir, en la mayor extensión del lecho del

Guadalquivir, cuyas aguas se esparcían por las partes bajas de las orillas, quizás desde Córdoba, hasta su desembocadura; en hallarse cubiertas las actuales marismas por el mar y en la existencia de grandes lagunas en las hondonadas de las vegas.

3.^a Las razas que habitaron este país fueron la de Canstadt y la de Cro-Magnón únicamente, no habiendo penetrado en él la de Furfooz.

4.^a Los primeros pobladores de España fueron los hombres de Cro-Magnón, llamados Iberos, los cuales constituyeron el fondo de la población: posteriormente llegaron grupos de ligures y de celtas, correspondientes á las razas de Furfooz ó turanianas, que se establecieron en las regiones del Noroeste y del Norte, dando lugar á algunas tribus celtíberas. El elemento arya fué muy escaso durante estas edades, y á él se unió bien pronto el semita, representado por los fenicios.

5.^a La raza de Cro-Magnón continuó durante la edad neolítica el arte madelainiano, aunque al mismo tiempo, en virtud de las influencias ejercidas por las gentes de Furfooz, adoptó toda la industria neolítica.

6.^a No existe la llamada edad del cobre; sino que esta es coetánea de la del bronce y sólo resultado de la abundancia en nuestro país de aquel metal, de la carencia de estaño, y de las enseñanzas de los fenicios, de quienes aprendieron los indígenas á explotar las minas de cobre, cuyo mineral era rico y fácil de extraer.

7.^a Los materiales hasta el día recogidos no son bastantes para afirmar la existencia en nuestra provincia de un período cuaternario en la industria.

8.^a Los usos, costumbres y género de vida de las tribus que habitaban las vegas, eran completamente distintos de aquellos que caracterizaban á las tribus de la sierra; éstas eran rudas, violentas, guerreras y cazadoras; aquellas, tranquilas, comerciantes y artistas.

9.^a El centro de mayor cultura artística era Carmona.

10.^a Estos pueblos estaban organizados socialmente en tribus compuestas de fratrías; éstas divididas en gentes ó clases, y éstas á su vez en familias. En lo político reconocían la autoridad de un jefe de tribu, existiendo como cuerpos directores, el Consejo, formado por los jefes de gentes, y sobre todos la Asamblea general.

11.^a Las creencias religiosas de nuestras tribus prehistóricas, directamente inducidas del estudio de las tumbas de Carmona, constituyeron un animismo que se manifestó en el uso de amuletos; tuvieron una especie de religión gentilicia fundada en la adoración del totem, y un culto familiar que debieron de tributar al fuego y á los animales y objetos que más directamente protegían á la familia. Creían seguramente en la supervivencia del alma, considerándola como un ser de naturaleza análoga á la del cuerpo, como su proyección coloreada, aérea é impalpable, la cual estaba sujeta á las mismas necesidades que el cuerpo, y á la cual asistían, colocando en las tumbas imágenes de espíritus protectores y toda clase de objetos: por último, el alma tenía un poder sobrenatural, y concebían para ella un mundo de ultra-tumba donde gozaban las delicias de una vida feliz y prolongada.

12.^a y última. En forma de conclusión final, y como término de nuestro trabajo, expondremos los puntos de vista generales que nos sugiere el estudio que hemos venido haciendo.

Consiste uno de ellos en el carácter de provisionales que tienen los conocimientos prehistóricos, punto en el que no nos cansaremos de insistir. Ciencia de observación la Prehistoria, que recibe los elementos de estudio poco á poco, en la medida que los van proporcionando las investigaciones, sus enseñanzas no son seguras, sino en tanto que no las contradicen nuevos descubrimientos. Tal hecho resulta cierto, tal opinión aceptable, porque se funda en datos no contradichos hasta el día; el mismo hecho será falso, la misma opinión inadmisible, mañana que aparezcan nuevos datos que se opongan á los primeros. Ahora bien; esto no obsta, á que dado un cierto estado de conocimiento, podamos sacar conclusiones definitivas; estas conclusiones serán la verdad actual, y lo serán mientras aquel estado no varíe. Por eso no dudamos en asentar las anteriores conclusiones, bien convencidos de que han de ser consideradas con este carácter de provisionales, y seguros de que han de ser rectificadas en cuanto descubrimientos posteriores señalen nuevas direcciones al estudio y aporten nuevos elementos de crítica.

El otro punto se refiere á la consideración que damos á la Prehistoria, como ciencia enteramente local. Ya dijimos en la Introducción, que el estudio de esta ciencia había de hacerse por regiones claramente señaladas por accidentes geográficos: ahora decimos más, pues sostenemos que es completamente errado el camino, que al parecer se pretende seguir, y por el cual se quiere llegar á la formación de una Prehistoria Universal. Es absurdo creer que los hechos humanos se realizaron en aquellas apartadas edades, en forma distinta de como tuvieron efecto en las épocas históricas. El historiador, que supusiera que en una época determinada ocurrió en todos los pueblos el mismo acontecimiento social, político ó religioso, se llevó á cabo una misma transformación, se produjo un mismo renacimiento ó se cambió en el mismo sentido la dirección de las actividades, seguramente buscaría, en el siglo V, los resultados de la invasión de los bárbaros en Asia; en el XIII, la formación de

la nacionalidad árabe; y en el XV, las muestras de la influencia del arte clásico en China: curiosos habían de ser los resultados que obtuviera. Y sin embargo, una cosa semejante se trata de hacer en la Prehistoria. Afírmase de una manera categórica, por ejemplo, que durante un período de tiempo más ó menos largo, el hombre tuvo su existencia vinculada en la del reno, y con este nombre se designa un período que comprende á todos los pueblos del mundo: se asegura, de un modo absoluto, que el arte floreciente de las razas de Cro-Magnón, desapareció por completo, sin dejar la menor herencia, cuando las de Furfooz invadieron los territorios que aquellas ocupaban: adóptase como conclusión final, que la costumbre de enterrar á los muertos empieza á practicarse en la edad neolítica; que sólo á la venida de las nuevas razas aparece el uso de la vajilla: por último; se trazan una serie de límites que separan períodos, épocas y edades, que se refieren, en los mismos tiempos, á todos los lugares y á todas las sociedades.

No es así como ha de procederse, porque no fué de aquel modo como los hechos tuvieron efecto. Porque en todas las estaciones del centro de Europa hayan aparecido constantemente gran número de osamentas de reno, ¿se ha de deducir en absoluto que éste fué el elemento indispensable de vida de todos los hombres en aquella edad? Pues expliquen entonces, cómo pudieron vivir los españoles, cuyos campos no fueron jamás pisados por aquel animal: si en España no hay período del reno, hay que desechar este nombre y reformar aquella creencia. Porque en todas las estaciones que se refieren á épocas posteriores, sólo se recojan huesos humanos pertenecientes á la raza de Furfooz, ¿se dice que esta raza aniquiló á la de Cro-Magnón y ya por tanto se deja de estudiar á esta? Pues veamos qué peregrina teoría armoniza aquel dicho con este otro que aquí afirmamos: la raza de Furfooz no llegó á estas regiones meridionales de España. De la misma manera, en plena edad neolítica, tenemos en Carmona un arte desarrollado y abundante, ¿cómo pues se asegura que en esta época el arte de Cro-Magnón desapareció?

Pero hay algo de más trascendencia. Con las nuevas razas de Furfooz, dícese, aparece la industria neolítica, el uso de la vajilla y, sobre todo, el respeto á los muertos. Esto podrá ser cierto; mas ¿qué podrán objetarnos aquellos á quienes aseguremos, que la tribu Carmo-nense, perteneciente á la raza de Cro-Magnón, enterraba á los muertos desde la época cuaternaria; que aislada de las nuevas razas, ella por sí sola había inventado la vajilla; había descubierto el pulimento de la piedra y aún había sabido aprovechar el cobre de las minas de nuestra provincia? En Carmona vemos enterramientos situados en un terreno de formación terciaria: la Geología no nos puede indicar la época de ellos: aún podríamos decir, que pues la inmensa mayoría de los objetos son de industria paleolítica, en la época correspondiente á esta industria, en la época cuaternaria, fueron construidos aquellos enterramientos. Razas superiores como eran las de Cro-Magnón, que tenían el sentimiento artístico tan desarrollado, que tan gran perfección llevaron á su industria, ¿por qué no habían de llegar á alcanzar, por sí solas, el estado de cultura necesario para formar, sin ayuda de nadie, la idea del alma y de su supervivencia, y, por ende, para traducir estas ideas en un culto y en un altar? Ellos que empleaban la cocción, bien pudieron apreciar las propiedades del barro y crear la vajilla; ellos pudieron realizar la transformación sencillísima que supone el tránsito de la talla al pulimento de la piedra. La división geológica adoptada por la Prehistoria, ya lo dijimos mucho antes, y ahora lo repetimos, no puede servir como criterio fijo: lo mismo podemos asegurar que el yacimiento de Carmona pertenece á la época actual, como que pertenece á la época cuaternaria; que esta industria sea coetánea á la que ofrecen algunos yacimientos franceses y belgas, como que sea anterior.

De todo esto se deduce, lo que afirmábamos al principio, es á saber: que la Prehistoria es esencialmente local, como lo es, en último término, la Historia misma, que sólo es Universal porque estudia todos los pueblos, porque deduce leyes generales, ciertos aspectos

tos totales y porque relaciona los hechos que tienen lugar en épocas distintas y en pueblos diferentes.

Otro procedimiento es ilógico, y, sobre todo, el tratar de que la Prehistoria del centro de Europa sea el patrón á que forzosamente ha de sujetarse la de todos los pueblos, es tan arbitrario y expuesto á error como hemos podido observar; pues uno de los resultados de nuestro trabajo ha sido éste de contradecir, con los datos arqueológicos de nuestra provincia, muchas de las afirmaciones que como indudables corrían en esta llamada Prehistoria Universal.

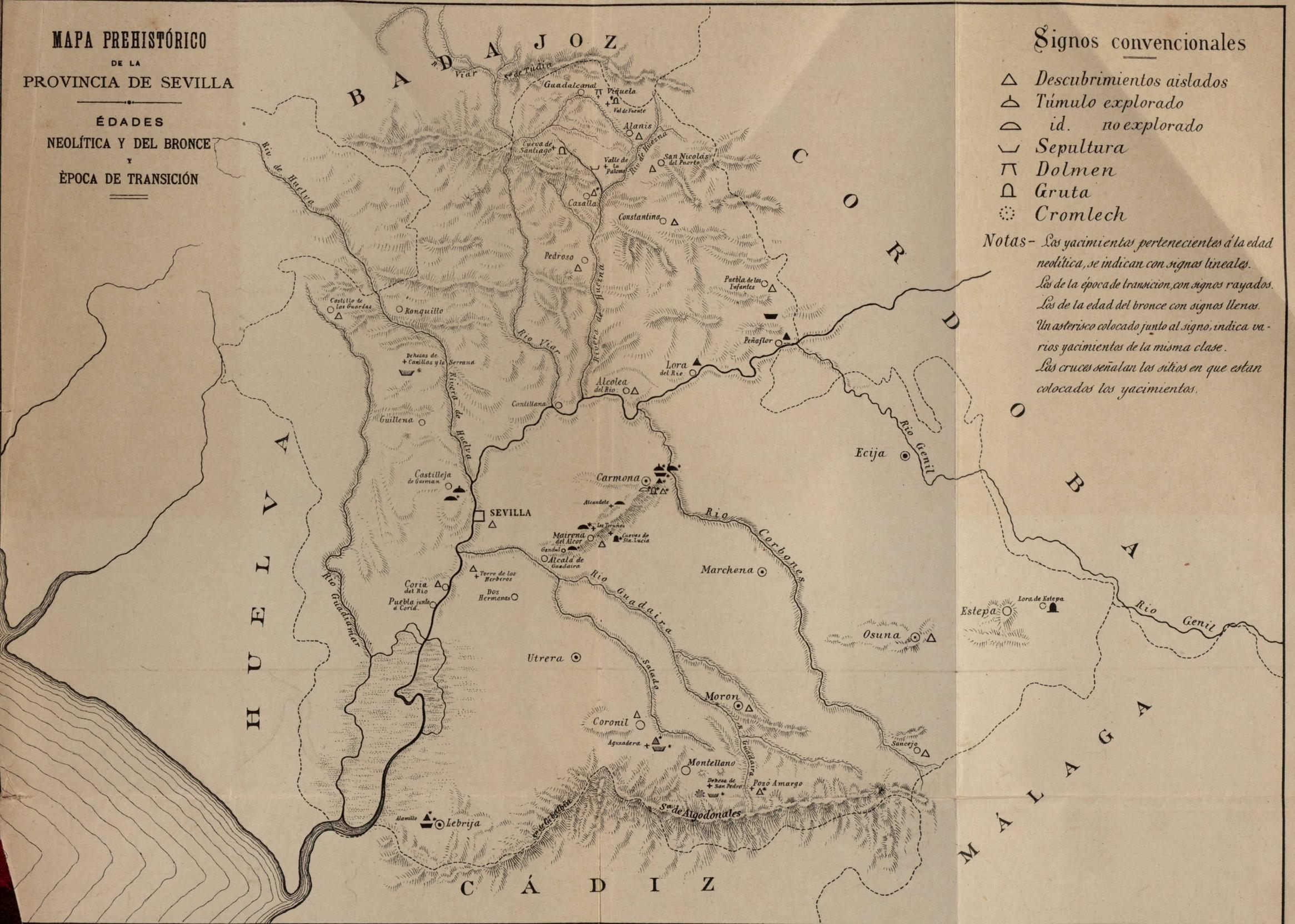
MAPA PREHISTÓRICO
DE LA
PROVINCIA DE SEVILLA

ÉDADES
NEOLÍTICA Y DEL BRONCE
Y
ÉPOCA DE TRANSICIÓN

Signos convencionales

- △ Descubrimientos aislados
- ◡ Túmulo explorado
- ◡ id. no explorado
- ∩ Sepultura
- ∩ Dolmen
- ◡ Gruta
- ⊙ Cromlech

Notas- Las yacimientos pertenecientes a la edad neolítica, se indican con signos lineales. Los de la época de transición, con signos rayados. Los de la edad del bronce con signos llenos. Un asterisco colocado junto al signo, indica varios yacimientos de la misma clase. Las cruces señalan los sitios en que están colocadas las yacimientos.



ÍNDICE

Páginas.

ADVERTENCIA.	7
INTRODUCCIÓN.	9
Impropiedad de la palabra Protohistoria	11
Límites de la Prehistoria	15
Plan y Método.	23
PARTE DESCRIPTIVA.	27
1.ª REGIÓN.—Valle del Guadalquivir.	29
Lebrija	29
Torre de los Herberos.	31
Coria del Río.	32
Sevilla.	32
Castilleja de Guzmán.	33
Cantillana	41
Alcolea del Río.	42
Lora del Río.	42
Peñaflor.	43
2.ª REGIÓN—Las Vegas.	45
Carmona.	45
Alcaudete.	74
Mairena del Alcor.	74
Gandul.	84
Alcalá de Guadaira.	85
Morón.	85
Coronil.	88
Saucejo.	103
Osuna.	103
Lora de Estepa.	104

	<u>Páginas.</u>
3. ^a REGIÓN.—Cuenca de la Rivera de Huelva.	106
Guillena.	106
Ronquillo.	107
Castillo de las Guardas.	109
4. ^a REGIÓN.—Cuenca de la Rivera de Huezna.	111
Puebla de los Infantes.	111
Pedroso.	112
Constantina.	112
Cazalla de la Sierra.	112
Guadalcanal.	115
Alanís.	120
San Nicolás del Puerto.	120
Cuadros sinópticos.	122
PARTE CRÍTICA.	131
Topografía prehistórica de la provincia.	132
Razas prehistóricas que habitaron esta región	134
Primeros pobladores de España.	136
La industria de Carmona y la raza de Cro-Magnón.	169
Diversos caracteres de las tribus	172
La edad del cobre.	176
La época cuaternaria en la provincia de Sevilla.	180
Organización social	184
Organización política	191
Organización social y política de las tribus de Cro-Magnón	194
Creencias religiosas	198
CONCLUSIONES.	215

Este libro se halla de venta en Madrid, librería de D. Victoriano Suarez, Preciados 48, y en Sevilla en la de D. Tomás Sanz, Sierpes 90 y 92.

GB L 36

Sig.: G.B. L. 36
Tít.: Prehistoria de la provincia de
Aut.: Candau y Pizarro, Feliciano
Cód.: 1008127



" En la Cuenca del Rio Biar
re han descubiertos cuevas
con inscripciones y sepul-
turas desconocidas -

Machado - Revista de
Etnografía, Literatura y Cien-
cias de Sevilla - Tomo. I -

- Decían que en la confluencia del
Viar con el Guadalquivir, á poca
distancia de Cantallana, existían restos
de un palafitte - agregándose que en una
cueva muy conocida en el lugar, y dis-
tante dos leguas de él, se observan resia-
los de haber sido habitada por el hom-
bre, y aún se veían algunas líneas
grabadas en sus paredes, como signos
de un alfabeto primitivo - ... Con
ánimo de confirmar tan interesante
dato arqueológico, se llevó á cabo una
excursión por el ilustrado catedra-
tico de esta Universidad (Sevilla) D.
Salvador Calderón y por varias entre-
vistas personas, y aunque la época era
la más apropiada para observar los

restos mas insignificantes que hubieran
quedado del supposito Paleolito, pues
era en pleno verano y el Vias
estaba casi seco, nada pudieron
ver y ninguna de las excavaciones
que practicaron dio resultado -
Otro tanto ocurrio con el examen que
hicieron de la quinta referida,
pues esta era bueramente una
caverna abierta en la roca arenisca
habitada recientemente por
los portos, y no existian en ella
caracteres de escritura ni signos algunos,
que despues de todo, aun en el caso
de que hubieran sido vistos por el
Sr. Machado, mas naturalmente
pudieron haber sido atribuidos
a los moradores actuales, que a
los primitivos, muy problemáticos,
puesto que la quinta, segun todas
las señales, es de formacion reciente.

= F. Candau - Prehistoria
de la Provincia de Sevilla
Madrid 1894 p. 41